

Antología

SANTAFESINAS QUE INSPIRAN

Concurso Literario Provincial
de Relatos Cortos «Eufrasia Cabral»





**Ministerio de Igualdad y Desarrollo Humano
Secretaría de Mujeres, Género y Diversidad**

Antología santafesinas que inspiran / Valentina Zapico ... [et al].
- 2a ed. - Santa Fe:
Ministerio de Igualdad y Desarrollo Humano de Santa Fe, 2025.
142 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-90796-1-6

1. Perspectiva de Género. I. Zapico, Valentina
CDD A861

Maximiliano Pullaro
Gobernador de la Provincia de Santa Fe

María Victoria Tejada
Ministra de Igualdad y Desarrollo Humano

Alicia Ester Tate
Secretaria de Mujeres, Género y Diversidad

Antología
**SANTAFESINAS
QUE INSPIRAN**

Concurso Literario Provincial
de Relatos Cortos «Eufrasia Cabral»

Índice

Prólogo Alicia Tate	11
Prólogo Alicia Barberis, Claudia Montenegro y Beatriz Vignoli	13

LAS PROTAGONISTAS

La niña de las mariposas Valentina Zapico, <i>Las Rosas</i>	17
Doña Manuela Ana Claudia Reyna, <i>Rosario</i>	24
La Piedad Susana Bergandi, <i>Santo Tomé</i>	29
Clara Chilcano Graciela Guadalupe Ribles, <i>Santo Tomé</i>	36
Madre todo terreno Marta Raquel Giaj, <i>Sastre</i>	42
Una faraona en el norte de Santa Fe María Gloria Fernández Apud, <i>Reconquista</i>	46
Jardines de superación y esperanza Olga Ester Grimado, <i>Villa Ocampo</i>	49

Una vida de compromiso con el desarrollo humano	59
María Nélica Pedernera, <i>Reconquista</i>	
Marta es una gran mujer	67
Maximiliano Ariel Depetris, <i>Ramona</i>	
María y el grito de Alcorta	69
Ana María Balestreri, <i>Chovet</i>	
Una voz, mil voces	72
Vanesa Tejeda Costa, <i>Firmat</i>	

HEROÍNAS COLECTIVAS

Las panaderas de la Colonia	77
Liliana Beatriz Álvarez, <i>Chovet</i>	
Narrar nuestras memorias es transformar	84
María Marta Muro, <i>Rosario</i>	
La madre de todo	96
Pamela Montserrat Swind, <i>Santa Fe</i>	
Mujeres, cuatro generaciones y una lucha interminable	104
Claudia María Truchet, <i>Santo Tomé</i>	

Gringas santafesinas. Las fundadoras de lo invisible 108
Laura Irene Ludueña, *Rafaela*

VOCES ANÓNIMAS

La curandera 117
Lidia Ocampo Romero, *Firmat*

Los sueños de la tía Marta 120
Ana Vera, *Avellaneda*

Las vidas que contamos: dejando la piel 122
María José Platini, *Ramona*

Una flor rosa 135
Mariano Crippa, *Elisa*



Prólogo

Este libro reúne las veinte obras ganadoras del **II Concurso Literario Provincial de Relatos Cortos “Eufrasia Cabral”**, un espacio que nació para reconocer, desde la palabra escrita, la fuerza, la creatividad y las memorias de las mujeres y diversidades de nuestra provincia. La escritura es también un acto político: al narrar sus vidas, sus luchas, sus amores y sus sueños, las autoras inscriben en la historia aquello que tantas veces ha sido silenciado.

Los relatos que aquí se presentan son diversos en formas y en voces, pero todos comparten un mismo pulso: la inspiración que provocan las santafesinas que desafían mandatos, que sostienen la vida en contextos adversos, que abren caminos en el arte, en la educación, en la militancia, en la ciencia, en la memoria y en el cuidado. Mujeres visibles y también anónimas, pioneras y contemporáneas, campesinas e indígenas, obreras y artistas, docentes, curanderas y militantes trans, todas ellas componen un mosaico vital que amplía los límites de lo posible.

En estas páginas encontraremos historias de resistencia frente a la dictadura, de lucha sindical y campesina, de comunidades indígenas que reclaman sus derechos, de mujeres rurales que sostienen con sus manos la soberanía alimentaria, de migrantes que forjaron colonias invisibilizadas por la historia oficial, y de jóvenes y adultas que hoy, con coraje, rompen silencios sobre violencias que nos duelen como sociedad.

Veremos también la ternura y la fortaleza de quienes hicieron del cuidado un proyecto de vida, la resiliencia de quienes transformaron la adversidad en motor de superación, y la libertad de quienes abrazan su identidad plena, aún contra todos los prejuicios.

Cada relato es un acto de justicia. Allí donde los manuales de historia omitieron nombres de mujeres, esta antología las rescata; donde las biografías oficiales callaron la voz de las diversidades, este concurso las amplifica; donde la vida cotidiana de las trabajadoras parecía destinada al anonimato, estos textos las convierten en referentes de inspiración.

La literatura nos ofrece así un doble regalo: por un lado, la belleza y la emoción de las palabras; por otro, la potencia transformadora de narrar nuestras experiencias con perspectiva de género. Esa mirada no es un añadido, sino la llave para comprender cómo se teje la vida real en nuestros pueblos y ciudades.

Que este libro circule en escuelas, bibliotecas, espacios culturales y en cada hogar, es una invitación a reconocernos en esas mujeres y diversidades que nos precedieron y nos acompañan. Porque al leerlas, descubrimos que la inspiración no es un acto excepcional, sino una trama cotidiana, silenciosa y colectiva que sostiene a Santa Fe.

Con este prólogo quiero rendir homenaje a todas las **Santafesinas que inspiran**. Que sus palabras nos conmuevan, nos muevan a la acción y nos recuerden que la igualdad se escribe también en primera persona.

Alicia Tate
Secretaria de Mujeres, Género y Diversidad
Santa Fe de la Vera Cruz, Santa Fe
Septiembre 2025

Prólogo

La Secretaría de Mujeres, Género y Diversidad del Gobierno de la Provincia de Santa Fe ha impulsado para 2025 el “**II Concurso literario Provincial de relatos cortos Eufrosia Cabral**”. Este certamen pretende –a través de su nombre– rendir homenaje a la figura de esta destacada escritora y periodista que ha sido una de las precursoras de la militancia feminista y luchó por los derechos civiles y políticos en nuestro país. Y, a la vez, busca visibilizar el rol protagónico de las mujeres santafesinas en diversos procesos sociales, culturales, políticos, científicos y deportivos desde una perspectiva de género.

El movimiento de mujeres con toda su diversidad, desde hace muchísimo tiempo, trabaja para transformar esta sociedad patriarcal. Somos conscientes de que la ola con que representamos al feminismo a veces avanza y otras retrocede. Sabemos también que el mayor triunfo del patriarcado ha sido naturalizar e invisibilizar el sometimiento y las violencias, entre las estrategias utilizadas encontramos la de silenciar la voz de las mujeres y de todas las personas que no coincidan con el modelo heteronormativo. Por eso con este Concurso se pretende poner en presente las voces calladas, las historias de vida, las luchas individuales y colectivas. Nombrar, contar, es un hecho político. Lo biográfico recupera y desnuda un mundo que ha acallado las discriminaciones y las violencias.

Los cuentos y relatos que han sido seleccionados reflejan los dolores y sometimientos padecidos por muchas mujeres y el deseo e intento

de romper con los mandatos impuestos, pero –además– la sororidad y la lucha por la igualdad de derechos, las pequeñas y grandes conquistas, como así también la transmisión de valores éticos, espirituales y afectivos de diversas generaciones. Se desarrollan en distintas épocas y contextos: urbanos, rurales y de comunidades indígenas; en algunos la figura es anónima, en otros tiene nombre y apellido, o bien se hace referencia a un colectivo femenino.

Tal vez en algunos relatos o en algún fragmento de ellos, pueden aparecer sutiles mandatos naturalizados. Quienes integramos este jurado al elegirlos, coincidimos en decir que no hacen otra cosa que reflejar lo que les tocó y nos toca vivir a muchas mujeres cuando las sutilezas no son develadas.

Sentimos que este conjunto de obras contribuirá sin duda alguna a repensar el modelo de sociedad que deseamos construir. Felicitamos a quienes han participado de este certamen y renovamos nuestro compromiso para construir una sociedad justa e inclusiva.

Alicia Barberis, Arroyo Leyes
Claudia Montenegro, Santa Fe
Beatriz Vignoli, Rosario

Las Protagonistas

La niña de las mariposas

Valentina Zapico

Las Rosas

1978, Rosario: Una nena de tres años anda en triciclo por los recovecos del taller de escultura de su mamá. Mientras tanto, la mamá ordena.

Cuando salen a la vereda, ya es de noche. La nena le cuenta algo a la mamá, pero ella no le presta mucha atención. Está cansada. Caminan media cuadra. La mamá nota que un Falcon verde estaciona frente al taller. Se da vuelta disimuladamente. Un hombre vestido de civil tira la puerta abajo de una patada. Ella aprieta la mano de su hija y apura el paso.

—¡Mamá! ¡Me olvidé el triciclo!—dice la nena.

—Mañana lo buscamos—dice la mamá, caminando cada vez más rápido.

—¡Mamá! ¡Quiero mi triciclo!

—Se hace tarde. Mañana lo buscamos.

La nena se larga a llorar. La mamá le hace upa con un brazo y empieza a correr. Con el otro brazo le hace señas a un colectivo que se acerca despacio.

2010, Las Rosas: Sábado al mediodía. Almuerzo en la casa de mi abuela Elba, las dos solas. Mi abuela me da una invitación para una amiga suya que vive en Rosario. Es para un evento que se haría en Las Rosas, un reencuentro de ex alumnas de la escuela de monjas.

Aunque es una invitación, hay que pagar tarjeta.

—Ella da clases en Bellas Artes, preguntá en la facultad—dice mi abuela.

—Pero yo estudio Filosofía—explico.

—Ahí te van a saber decir—insiste ella.

1975, Rosario: Arminda sostiene a su bebé en brazos y le sonrío. Ya sabe que se llamará Valeria, aquella que es valerosa y sana. Arminda quiere darle ese regalo a su hija.

El papá las mira desde la ventana de la sala del hospital con poco interés.

2008, Las Rosas: Estoy en cuarto año de la secundaria y almuerzo en la casa de mi abuela. Tengo puesto el uniforme de la Dante.

Creo que es la primera vez que mi abuela me nombra a “la gorda Ulloa”, una de sus mejores amigas de la infancia. Me dice que nace en Salta, pero desde chica vive en la provincia de Santa Fe porque al padre lo trasladan como gerente de banco.

Mi abuela me cuenta que Arminda, nombre de pila de la gorda Ulloa, estudia primero Educación Física y después Bellas Artes. Me dice que Arminda no quiere tener 40 años y seguir dando gimnasia, que por eso elige Bellas Artes.

También me cuenta que la hermana de Arminda se llama Ilda sin hache y que son muy unidas y muy diferentes entre sí.

2010, Rosario: Salgo de cursar Problemática Antropológica y pregunto en Secretaría dónde puedo encontrar a Arminda Ulloa. Me dicen que no da clases en el edificio de Entre Ríos. Anoto la dirección indicada en el celular.

2018, Capilla del Monte: Empiezo el año muy cerca del Uritorco, en la casa de un amigo. Tengo una copia prestada de la Divina Comedia. En la Dante nunca lo leo completo. Ahora es el momento de hacerlo por una movida de lectura colectiva organizada en Twitter: #Dante2018

2010, Rosario: El aula tiene una mesa larga y angosta de madera. Alumnos parados a los costados manipulan arcilla. En la cabecera, una señora con el pelo teñido de rojo furioso les da instrucciones. Me acerco y espero a un costado para no interrumpir. Cuando me mira, me presento.

—Mi abuela me dio esta invitación para usted. Me dijo que su hermana también puede ir.

Ella agarra la invitación y los ojos se le ponen llorosos. No entiendo qué dije mal.

—Disculpame. Mi hermana falleció el año pasado. La extraño mucho—me dice. Algunos alumnos levantan la vista para espiar la escena.

Arminda me explica que no tiene plata para pagarme la tarjeta en ese momento. Me pregunta si puedo pasar por su casa más tarde. Le digo que sí y anoto la dirección en el celular.

1960, San Jorge: Arminda visita a su hermana Ilda, recién mudada a esta ciudad después de haberse casado. Arminda lleva algunos textos para que la hermana los revise. Tienen errores de ortografía y le da vergüenza mostrarlos.

2010, Rosario: Arminda me hace pasar a su casa y me ofrece café. Le agradezco, pero le digo que ya me tengo que ir. Me sorprende la cantidad de cuadros y de esculturas que hay en cada espacio disponible. Me da la plata en un sobre y me voy.

1961, Rosario: Arminda ve a alguien que le gusta en el patio de la facultad. Le pregunta a una amiga si lo conoce.

—Creo que el apellido es Alvarez, pero no sé cómo se llama. Estudia Psicología—contesta la amiga.

2014, Rosario: Valeria Alvarez es la única hija de Arminda. La llamo un día de las vacaciones de invierno para preguntarle si podíamos charlar un poco sobre su mamá. Me dice que sí y me recibe en la casa donde vive, que es la casa donde vivía Arminda. Esa casa que conocí hace unos años se mantiene igual: las paredes están cubiertas de cuadros y hay esculturas en cada uno de los rincones.

1978, Rosario: Unos días después del allanamiento ilegal, Arminda vuelve a su taller. El triciclo sigue ahí. Todo lo demás está destrozado. Arminda se dispone a trabajar en una nueva serie.

2014, Rosario: Mientras tomamos café, le digo a Valeria que quiero escribir un texto sobre su mamá y que, si ella está de acuerdo, me gustaría que me cuente cosas sobre Arminda. Lo que quiera. Yo no sé qué tipo de relación habían tenido.

—Tuve una relación intensa, de 40 años, con mi mamá. Siento un profundo agradecimiento hacia ella—me dice.

1988, Rosario: Valeria empieza la secundaria en la Dante Alighieri.

2014, Rosario: Mi abuela me había dicho que Arminda había estudiado Bellas Artes porque no quería dar Educación Física a los 40 años. Valeria me corrige. Arminda estudia Educación Física porque quería estudiar Bellas Artes. Necesitaba mantenerse, y una carrera terciaria, corta y con salida laboral relativamente rápida le servía para vivir en Rosario y estudiar lo que quería estudiar.

1957, Rosario: Arminda ingresa a la Escuela de Bellas Artes. Piensa que se va a dedicar al dibujo y a la pintura. Pero no es así. Al poco tiempo descubre una disciplina que no conoce y que la acompañará siempre: la escultura.

2014, Rosario: Valeria es arquitecta y artista. También es docente de Escenografía en la carrera de Bellas Artes. Trabajó a la par de su mamá en el grupo de arte “El árbol” y en el proyecto “Un monumento de paz”.

- Nunca nos interesó cortarnos solas o hacer plata—me dice Valeria.

Popis y Sarita eran sus álter egos. Popis era la doble de Arminda y Sarita la doble de Valeria.

1997, Rosario: Se inaugura la Casa del Artista Plástico en la bajada Sargento Cabral, muy cerca del río y en una construcción de mediados del siglo XIX que fue almacén y pulpería. Arminda Ulloa es la impulsora de esta institución junto a otros artistas. También es su primera presidenta.

2014, Rosario: Valeria me dice que Arminda vivía de la docencia. Pasaba muchas horas en la facultad, donde estaba a cargo de varias cátedras de escultura. Además, le gustaba organizar muestras, componer series y enviar obras a bienales.

Valeria me explica que su mamá vivía de la docencia porque no creía en el arte como mercancía. Una sola vez vende una obra suya y después de hacerlo la llora mucho. Nunca más repite una transacción así. Tampoco compra obras. Solamente una. El único cuadro que compra lo adquiere cuando es estudiante y lo paga en cuotas.

2011, Rosario: Arminda muere el 31 de agosto. Valeria encuentra a su mamá, descompuesta, sobre una de las esculturas que estaba preparando. Pasa 28 días en coma antes de morir.

Arminda estaba trabajando en la muestra “La niña de las mariposas”. Valeria expone esta muestra como homenaje póstumo. Y esa niña, la protagonista de un cuento escrito por Arminda, y que Ilda ya no puede corregir, no se sabe quién es. Puede ser Arminda, puede ser Valeria, pueden ser Popis o Sarita, puede ser Ilda. Pueden ser todas.

2014, Rosario: Le pregunto a Valeria si Arminda tenía un tema recurrente en sus obras. Me dice que no. Cuando le interesaba algo, lo que fuera, hacía una serie de esculturas con esa temática. En el momento en que se interesaba por otra cosa, hacía una nueva serie, y así compuso un cuerpo de trabajo heterogéneo.

Cuando Valeria tiene que leer la Divina comedia en la escuela, su mamá la ve tan entusiasmada, que también lee la obra de Dante. Después, hace una serie de esculturas inspiradas en ese texto.

Valeria estudia japonés cuando es adolescente. Entonces, Arminda trabaja en una serie atravesada por la cultura de Japón.

2004, Las Rosas: El área de cultura de la municipalidad organiza una muestra de obras de Arminda Ulloa. Piensan que no va a asistir ahora que es “famosa”. Incluso hacen ese comentario en el acto inaugural. Arminda no solo asiste, si no que dice que siempre odió el individualismo y a los que querían crear para hacerse famosos. Después del acto, se va a cenar con Elba y su hermana Ilda a la casa de Elba.

1970, Rosario: Arminda renuncia a las últimas horas que tiene como docente de Educación Física. Siente alivio. Para festejar, se autoregala una esteca de acero inoxidable.

2014, Rosario: Terminamos el café y Valeria me invita a recorrer la casa. Me explica la concepción y el sentido de los distintos objetos que habitan cada cuarto. Me muestra la serie de la Divina comedia, las esculturas inspiradas en Japón, otras de madera que se basan en mitos salteños. Una serie es particularmente oscura y opresiva.

—Esta las hizo durante la dictadura, después de que le rompieron todo el taller—me explica.

En una de las esculturas alcanzo a ver una rueda que parece ser de un triciclo.

1987, Rosario: Se diluye la unión matrimonial entre Ulloa y Álvarez gracias a la ley de divorcio vincular. Ya hace casi una década que están separados.

2014, Rosario: Valeria me cuenta que las cenizas de Arminda están en la casa. Ella quiere esparcir las cenizas en los lugares que fueron importantes para su mamá. Un puñado en Metán, donde nace. Otro poco en Las Rosas, donde pasa su infancia y adolescencia. Otro tanto en Rosario, donde vive desde los 18 años hasta su muerte. También en San Jorge, donde vivía su hermana Ilda. Arminda admiraba a Ilda porque según ella era la hermana inteligente, la que no tenía errores ortográficos y por eso había estudiado lengua y literatura. Algunas cenizas también en el mar.

Valeria lee que alguna cultura, no se acuerda cuál, guarda las cenizas durante 10 años y recién en ese momento las esparce. Todavía no se puede desprender. Por eso cree que va a respetar la creencia de esa cultura que no recuerda cómo se llama.

1942, Las Rosas: Arminda, Elba y otras nenas juegan en la plaza. Una de ellas tiene una tiza robada de la escuela de monjas y dibuja un tejo enorme en las baldosas opacas. Arminda juega unos minutos y después dice que se va a su casa, que le duele la panza. Miente. Quiere encerrarse en su cuarto a dibujar, sola.

2021, Rosario: Se cumplen 10 años de la muerte de Arminda. Me pregunto si Valeria pudo esparcir las cenizas.

Doña Manuela

Ana Claudia Reyna

Rosario

Se ha puesto el sol en Rosario, un perro le ladra a la luna y los mosquitos caen junto al rocío; la vereda de la calle 24 de Septiembre sostiene una silla de madera donde la abuela descansa. Mira hacia la escuela que está enfrente, pero no la ve, sus ojos se remontan muchas décadas atrás donde solo había baldíos, humildes casillas de chapa, madera y adobe. Un lugar invisible para la parte burguesa de la ciudad.

Como un mantra murmura entre dientes:

Sangre y azúcar, rojo pasión, blanco pureza...

Su mirada se pierde en esa mezcla de añiles oscuros que pintan el cielo. Aún recuerda, siente el dolor en su carne arrugada que late al ritmo calmo de su corazón.

Quedan sus palabras en el aire, pausas eternas que chorrean nostalgia.

Yo la espero, vuelvo a cebar el mate, deslizo mi mano por su larga trenza blanca y ella sonríe.

¿Sabés?, en aquel tiempo pensaba que todo era dulce, estaba enamorada, y Manuela me ayudó.

Contame abuela, ¿ella era tu amiga?

Ella era más que eso, Manuela era una luchadora, mi cómplice, mi mamá postiza.

Me habla de doña Manuela, una mujer que siendo viuda del dueño de la curtiembre, en el Matadero de la zona sur de Rosario, alquilaba las casitas que tenían el nombre de cada una de las provincias argentinas y eran catorce, aquella valiente mujer, sin proponérselo, dio nombre a la villa miseria que después se llamaría Villa Manuelita. La abuela creció allí, huérfana, entre las montañas de basura y los restos de las faenas de los animales.

Me cuenta que las moscas eran tan grandes que las confundían con mariposas, y que el olor a podredumbre les atrofiaba el olfato para los perfumes.

Recuerda que, los pibes y pibas, sin divisiones sexistas, escarbaban en la basura, les llamaban topos, chararreaban, o vendían las tripas y grasa que se desechaban. Tan despojados de infancia, que sonreír era un privilegio que duraba unos segundos. De todas maneras, las mujeres, hombres y niños, no querían lástima, querían justicia, y enfrentaban con valor estoico los avatares de la realidad sociopolítica del momento.

Por orden de la Municipalidad, pasando la Avenida 27 de Febrero hacia el sur, además del Matadero, estaban ubicados los Asilos de Mendigos y Dementes, el de Mujeres y Niñas, y el de Ancianos. El barrio tomó el nombre de Tablada debido a los corrales de madera donde llegaban en ferrocarril los animales para ser sacrificados en el Matadero, Villa Manuelita era un brazo de Tablada.

De ese mismo material estaba hecha la silla que Elsa conservaba como un tesoro, bajita, de amplio respaldo, con la primera letra de su nombre grabada a cuchillo enlazada con una D misteriosa que simulaba un nido de hornero, pero que si observabas bien, no lo era.

Abuela, ¿alguna vez me contarás sobre el grabado en la madera de tu silla preferida?

Me miré en sus ojos buscando su alma, me tomó las manos, sabía que

al fin me lo diría, y ahora que el momento había llegado, no sabía si estaba preparada para escuchar.

Mi mente trajo recuerdos del abuelo, trabajador de la CAP, fallecido en una querrela de guapos con los mismos cuchillos que usaban en la faena, nunca supe porque mamá se enojó tanto con la abuela cuando ocurrió aquella desgracia, resonaban en mi cabeza sus palabras:

¡Fue tu culpa, fue por defenderte, nunca lo quisiste!

Desde ese día nadie habló más de eso, así se nombraban los hechos, eso, y eso era un secreto que mamá y papá sabían, pero yo era muy chica, y no me contaron.

Ahora Elsa, esta mujer de noventa y pico de años abrirá las puertas que tanto tiempo han sido selladas y un malestar irrumpe mi paz de mate amargo y torta frita.

Besó mis dedos, acomodó mis cabellos, y con la simplicidad con que se dicen las cosas más puras y sencillas me dijo:

Yo amaba a la Dani, Manuela nos había visto juntas seleccionando los huesos para refinar el azúcar, apenas teníamos catorce o quince años, pero ya sabíamos que sentir así, en medio de una sociedad perversa y miserable sería un calvario. Ella nos maternó, nos daba charla, nos abría los ojos, era una gran mujer. Enfrentaba sola a los matarifes, obreros y reos, siempre listos con las cuchillas y sus chairas para devolver el filo al acero y armar carroñas. Daba de comer a los más necesitados, cocinaba puchero de rabo y asaba las vísceras de las vacas para evitar que garronearan basura.

¿Entonces Manuela era una heroína?, nunca me contaste, comprendo que sobrevivir en un lugar tan sangriento, entre huesos y pobreza, no debe haber sido fácil, ni para ella, ni para vos y tu novia.

Era una guerrera, un honor que el barrio lleve su nombre: Villa Manuelita. Ayudaba siempre con sus consejos, y ahora que ya casi me

estoy yendo quería decirte que pelees por tu amor. Tus padres tal vez no entiendan, pero sepultar una vida por miedo y falta de valor, destruye a muchas personas, viví, sé que amás a esa chica de la que no te separás ni un segundo.

Asentí con los ojos llenos de lágrimas, esa anciana mujer acababa de construir para mí, un puente hacia la libertad. Necesité saber, preguntar, y así lo hice.

¿Qué ocurrió después?

Daniela era hija de Cabecitas negras, así le decían a los llegados del interior del país, disfrutamos dos años de cariño intenso, exploramos nuestros cuerpos vírgenes de amor, entregamos el corazón una a la otra, pero cuando nos descubrieron, se la llevaron a su pueblo, en Salta. Nunca más la vi, salvo en la pintura de Berni.

¿Qué pintura?

A unas cuadras de donde vivíamos, Berni, el pintor, comenzó con sus primeros trabajos, inventó a Juanito Laguna y a Ramona Montiel, también pintó otro cuadro, Manos de azúcar. En esa obra capturó con su talento las miradas y las manos enlazadas de Daniela con las mías, se nos ve trepadas sobre una torre de huesos blancos. A un costado, Manuela, arremangada y secándose las manos en el delantal sucio de sangre, parada junto a la olla popular del puchero. Esa pintura no se exhibió nunca, la compró ella con sus ahorros y está escondida en un lugar secreto. A vos, Clarita, te lo voy a decir.

Pero abuela, ¿nunca más viste a tu novia?, te casaste con Pedro, mi abuelo. ¿Por qué no la buscaste? ¿Qué fue de ella?

Los tiempos eran otros, nos mandábamos cartas a través de doña Manuela, ella siempre fue una librepensadora, después de que murió, perdí el contacto, supe que mi amada también se había casado obligada, no tuvo hijos. Yo me encariñé con Pedro, era buen chico y yo

estaba muy sola, pensé que tener una familia me ayudaría a olvidar, pero él se volvió violento, tomaba mucho.

No la olvidaste, ¿verdad?

Nunca, ni a ella ni a Manuela, a veces las mujeres debemos unirnos, formar una gran red de contención, ser combativas, amor es amor, y nadie debe decirte a quién amar. Eso me enseñó ella, y esas mismas palabras quiero dejarte para cuando me toque partir, vos y Marcela tienen derecho a ser felices.

La abuela falleció al mes siguiente, era primavera, y con mi novia fuimos a la vieja casona de Tablada a buscar el cuadro, estaba envuelto en varias capas de paño y bolsas impermeables, medía más o menos un metro cuadrado, efectivamente lo firmaba Berni.

Las tres mujeres de la pintura estaban unidas por un infinito amor, cada mirada expresaba un sentir diferente perpetuado en un momento de infinita gracia. El talento de Antonio para capturar lo excluido, lo que duele, la descarnada sociedad que condena, y al mismo tiempo la pureza del despertar a un sentimiento, estaba plasmada en cada pincelada.

Era una obra única, observamos emocionadas a una madre cuidando a dos jóvenes que trabajaban sobre una montaña de huesos al sol. Pudimos oler, tocar, sentir el calor de aquellas manos de azúcar enamoradas, conmovernos con la cercanía de una mujer cuidando de sus cachorros, viajar en el tiempo y comprender. Amar es un acto transformador y revolucionario.

Hoy, en una pared de nuestra casa de Villa Manuelita, desde el mural, ellas nos acompañan, puedo jurar, que en las noches silenciosas, escucho a doña Manuela decirles a las chicas que ríen y cuchichean:

¡Sean libres!

La piedad

Susana Bergandi

Santo Tomé

Abro el portón del jardín en el frente, y me siento llegar a las entrañables casas de mi niñez. Los bancos, las glorietas, los árboles hablándome con trinos, mucha paz.

Estoy entrando a un lugar donde la gente, supuestamente, viene a morir y sin embargo me invade una sensación de resguardo, de lugar seguro.

Estoy en la ciudad de Esperanza, en la provincia de Santa Fe, Argentina, y el lugar se llama *Hospice La Piedad*.

Qué palabra extraña *Hospice*. Queda entre Hospicio, hospital y hospedaje. Así pensaría alguien que aún no sabe, no conoce, los increíbles logros de este lugar.

¿Qué ocurre aquí? Acompañan a morir como Dios manda.

Perdón por la síntesis, pero si todos supiéramos lo que se necesita para morir “como Dios manda” reconoceríamos más a estos lugares que nos ayudan a despedirnos con dignidad del tren de la vida.

El *Hospice* está dedicado a la acogida, atención y acompañamiento al enfermo oncológico (¡Y a la familia!...Cuando la hay) en la etapa final de su vida. Esto es cuando la medicina confiesa que ya no tiene cómo ayudar a esa persona.

Hice el ejercicio de imaginarme en esa situación y no pude más que desear tener a este equipo ocupándose de mí.

Cuando llega la hora de confiar, soltar y dejar atrás este cruce de espacio tiempo que llamamos nuestra vida, mejor que estemos acompañados por seres humanos, muy humanos.

Agnósticos, Católicos Apostólicos Romanos practicantes, Judíos, Testigos de Jehová, Budistas, Cristianos Ortodoxos, Evangelistas, Adventistas de Puígari, Protestantes... Más de 500 personas eligieron, en los últimos 15 años, pasar en el *Hospis La Piedad* sus últimos días. A veces solos, a veces con familia, a veces con familia y mascota incluida.

No se les llama enfermos ni pacientes. Son huéspedes.

No cobran por su servicio.

No tienen ninguna subvención gubernamental.

Las obras sociales tampoco los incluyen.

Necesité las mayúsculas para destacar de la manera más notable esta titánica tarea.

En 2016, el *Hospice* fue distinguido entre más de 400 instituciones postulantes de todo el país con el Primer Premio Argentina Solidaria.

Y es que, contra viento y marea, los profesionales y los voluntarios se han esforzado para que esta obra continúe. No abandonaron el barco ni aún en pandemia.

Claramente, este bendecido lugar tiene que contar con un alma mater.

La fundadora, inspiradora y guía, la que soñó con determinación y plasmó este lugar tan necesario como poco conocido se llama Alicia Nora Felix.

Hace 40 años que se consagró como Religiosa de la congregación Misioneras Siervas del Espíritu Santo y además es Médica especialista en cuidados paliativos.

La veo moverse, con su hábito gris y su sonrisa siempre presente. Distribuye tareas, saludos, bromas y recomendaciones con el mismo entusiasmo. Todo parece fácil a su paso, todo tiene un sentido para el equipo que ella guía e inspira día tras día, sin descanso. Conoce a cada familiar y tiene el trato humano que necesitamos siempre pero, imagino, se triplica cuando uno sabe que cada día, cada hora, cada minuto cuentan, porque son los últimos de ese ser querido.

Recorro pasillos y habitaciones pensando que veré escenas dolorosas. Para mi asombro no es así. Hay mucha paz, manos amorosas generando conexiones profundas, mucho de aprovechar y compartir tecitos, cosas dulces y palabras que abrazan. Todo parece ponerse en eje con lo que realmente importa.

Transito habitaciones luminosas y saludo a un viejito que sonríe y cree que me conoce. Su hija no le aclara. Sólo me levanta la mano y la sonrisa cómplice.

Un huésped sin familia alguna llegó de Rafaela esta mañana y está descansando en su habitación.

Alguien ayuda a una mujer a recorrer el hermoso parque y cosechan unos ramitos de cedrón.

En la habitación siguiente otra mujer está en la cama, vestida y resolviendo un crucigrama. No parece enferma. Me recibe con simpatía, le pregunto por la canasta llena de ovillos de lana y me cuenta cuánto le gusta tejer y con qué colores va a terminar esa labor. La saludo y me voy pensando quién será el destinatario de esa bufanda y cuánto guardé yo aquella mañanita tejida por mi nona María.

Al lado, una jovencita sostiene en silencio y a media luz la mano de su abuelo? tío? que está sostenido apenas por una vía de hidratación.

Al final del pasillo, un joven de 21 años con parálisis cerebral después de un accidente de moto.

La enfermera lo está ayudando con sus necesidades. La hermana Alicia pasa y lo nombra, sin esperar nada, sólo lo nombra, y él pestañea diferente. ¿Quién sabrá cuántas conexiones mueve el amor en ese estado?

Todo está tan limpio, tan impecable, tan cuidadosamente dispuesto que le repito a la Hermana Alicia una pregunta que ya le hice, pero cuya respuesta no puedo acreditar por cierta: Cada familia aporta lo que puede? Realmente no hay una tarifa por esa estadía, por esos cuidados?

La hermana me confirma por segunda vez que eso es así.

Repito mi cara de asombro y vuelvo a preguntar ¡¿Cómo sobreviven?!

La respuesta esta vez es más concreta: *por la gracia divina*. Y agrega ¿Sabes las veces que estamos cerca de fin de mes y no tenemos ni para el sueldo de las enfermeras? Hace el gesto de levantar los brazos y mirar al cielo. Yo no dudo que la escuchan. Que algún ángel moverá tu voluntad o la mía y el milagro de multiplicar volverá a generarse.

Le digo que esas más de quinientas almas que se fueron de allí, seguramente estarán rogando por el Hospice agradecidos por lo recibido. Ella asiente con la cabeza y dice que sí, que a ellos también les pide ayuda cuando las tuercas aprietan.

Cada familia agradecida colabora por algún tiempo con la institución.

Otros trabajan como voluntarios. Se venden bonos. Se propicia que haya socios que mensual o bimensual, o semestralmente, o cuando puedan se acuerden de esta obra y colaboren.

Una empresa ayuda con los costos de la limpieza. Y también están las coronas ¿Las coronas?

Me explica que en vez de enviar flores a los fallecidos, se propicia que se celebre una misa por el difunto y se done el costo de ese arreglo floral.

Vamos caminando juntas por el parque hacia un salón de usos múltiples que antes era un galpón. Veo la huerta y pienso en toda esa vida brotando. Tengo curiosidad por saber la historia de esta mujer. Cuando me la cuenta mi admiración crece mucho más.

Dice que, desde muy pequeña, tenía una marcada inclinación por la medicina. Ella soñaba con ejercer en las islas del Paraná.

La misionera precoz consigue el objetivo e ingresa a la Facultad de Medicina.

Dos años después dice que siente un llamado, una fuerte convicción de que su destino estaba en el ámbito de lo religioso.

Por esos días, las autoridades eclesiásticas que consulta le recomiendan que antes de entrar a un convento, ya que su intención era misionar,

mejor termine su carrera de medicina para estar mejor preparada.

Así lo hace. Mientras tanto visita el Convento de las Misioneras Siervas del Espíritu Santo y encuentra allí su lugar. El carisma de la Congregación es eminentemente misionero y Ad Gentes (Que pueden salir del país).

También me quiso explicar algo sobre la espiritualidad trinitaria cuya fe la conmovía tanto pero se ve que me hacen falta varias encarnaciones para poder interpretarlo. Se sonrió la hermana Alicia, con mucha misericordia hacia mis limitaciones.

Volviendo a su biografía me cuenta que una vez recibida la destinan al Hospital de Rafaela, luego al Domingo Funes, en Bialeto Massé, exclusivo para tuberculosos en aquellos años. Finalmente en 1986 le llega su destino misionero en el exterior...En Ghana, África.

Previamente la congregación la prepara seis meses en el idioma inglés (lengua de habla mayoritaria en Ghana) y para eso debe viajar a Irlanda. También se capacita con un Master en medicina tropical para aplicar en el hospital que la Congregación había montado en África.

Una vez instalada, era el año 87, con sólo 26 años, trabaja como médico a cargo y luego la necesitan en Damongo, casi al límite con Costa de Marfil, por lo cual también atienden a los nómades de la zona que se acercan confiados de encontrar medicina con estas hermanas misioneras.

Ella contaba todo esto con una maravillosa naturalidad, pero la historia se pondría muy brava.

Teniendo la posibilidad de quedarse para siempre misionando en Ghana con ese Puesto hospitalario a su cargo, sólo tenía que regresar a Argentina unos meses para tomar los votos definitivos. Estando en esos preparativos sufre un desprendimiento de retina con perforación y hemorragia. No había quien la atendiera allí, no veía, así que con la ayuda de otra hermana la trasladan a Alemania.

En Alemania le hacen tres cirugías. Queda con la visión muy disminuida y la retina tan debilitada que le prohíben volver a Ghana.

Durante dos años no pudo leer ni escribir.

Cuando estuvo recuperada, la destinan al Protomédico de Recreo donde permanece por 18 años. Allí se atendían y se mantenían aislados de la sociedad a los enfermos de lepra. Una enfermedad actualmente controlada pero que antes era muy estigmatizante para los enfermos y sus familias.

La vista vuelve a marcar su camino. Pide traslado al Hospital de Esperanza y a los dos años puede jubilarse.

¿Qué hubiera hecho yo en esas condiciones y después de tanto esfuerzo? La respuesta es obvia: ¡Descansar!

Esa es la diferencia. Ella siguió ayudando a más gente. Cuenta que “casualmente” encontró el librito del *Hospice San Camilo*. (Ese era el primer y único *Hospice* en Argentina en ese entonces. Ahora ya hay 19) La hermana Alicia se inspiró en aquellos propósitos y fundó el *Hospice La Piedad*. Y aun con ese ojito que no la dejaba ver bien, tuvo luz suficiente para trabajar durante 15 años hoy, y seguir adelante con una obra maravillosa que da respuestas donde nadie las da.

No estoy sola, me dijo. Mi equipo es imprescindible. Siete enfermeras especializadas en cuidados paliativos, una psicóloga, una asistente social y yo. Las nombro y pienso que esas mujeres, invisibles para tantos, sostienen heroicamente a personas que necesitan más que cualquier otro. Ellas asisten a los que ya no tienen tiempo, sólo la oportunidad de transitar con calidad de vida, un corto viaje con boleto de ida.

A la hermana la comienzan a reclamar y yo no quiero hacerle perder más tiempo, pero no me puedo ir sin preguntarle por la muerte. Esa señora que en tantos lugares caros huele tan mal, y aquí de pronto sabe a consuelo, a reencuentro, a perdones sinceros, a confesiones a tiempo.

Alicia ¿Cuál es la tarea posible más allá de la medicina y los cuidados paliativos?

Se habla de la muerte con los moribundos?

La respuesta es tan sencilla como obvia: Depende de cada uno.

Hay gente que lo necesita, que se prepara, que pide acompañamientos especiales. Y hay quien elige partir en silencio.

Lo más importante, me aclara, es saber escuchar. Algo que en la Facultad no te enseñan.

El tiempo que se les ofrece, al enfermo y a la familia (cuando dice *familia* lo remarca con la voz) es fundamental. Saber dar un diagnóstico de modo que la persona no se quiebre prematuramente. Que comprenda que en el *Hospice* no se va a curar pero se puede sanar. Dar una mano a los que han cuidado mucho tiempo y claudican porque ya no pueden con la realidad terminal de una persona querida. Eso se puede hacer, además de los cuidados paliativos específicos con las medicinas que hagan falta para evitar el dolor.

Finalmente, la hermana Alicia me recuerda que todo sería más fácil si practicáramos más el desapego. Las cosas nos tienen atados de tal manera que para muchos, soltarlas resulta desgarrador. Olvidamos que nada es nuestro de verdad, y que todo puede cambiar de un momento a otro y podríamos ser nosotros (¿Por qué NO nosotros?) los que suframos un ACV, una enfermedad invalidante, un accidente... Vivir con menos apego nos vendría muy bien para preparar el camino de regreso. La muerte es como un parto.

Alicia me mira, y aunque me dijo que desde hace 3 años ve con un solo ojo, su mirada vale por todas las que me faltaron cada vez que fui a un médico y me trataron el pedazo de cuerpo afectado.

Eso, seguramente eso, es lo que da paz en el *Hospice La Piedad*. Que te miran, como hace mucho, quizás como cuando éramos niños, nos miraron alguna vez.

Clara Chilcano

Graciela Guadalupe Ribles

Santo Tomé

El 21 de abril de 1904, en la localidad de San Javier, provincia de Santa Fe, tuvo lugar la última rebelión Mocoví. Este levantamiento fue la expresión de un pueblo indígena libre y soberano, pero luego marginado por el avance criollo y europeo. El despojo de sus tierras, la explotación como mano de obra barata y múltiples situaciones de injusticia, sumado a la fragmentación interna, los sumergió en un estado de desnutrición, enfermedad y desesperanza. Ante esta situación, la mayor parte del pueblo Mocoví decidió reclamar sus derechos.

Impulsados por la esperanza de recuperar el territorio ancestral, los mocovíes emprendieron un levantamiento con lanzas y boleadoras, avanzando hacia los centros de poder. Sin embargo, fueron duramente reprimidos: hubo muertos, heridos y prisioneros.

Esta rebelión no fue un episodio aislado, sino el último eco de una larga historia de resistencia indígena en defensa de la tierra y la dignidad.

Hoy, el Pueblo Mocoví sigue de pie y vivo. Preexiste, existe, resiste y es parte del presente y de la historia de Santa Fe.

La historia de vida de una mujer Mocoví, santafesina, dueña de estas tierras antes de que se convirtieran en lo que conocemos me inspiró a escribir sobre ella.

En su rostro veo la rebeldía asomada a la comisura de los labios, a la humedad de los ojos, a las aristas de la cara, con la rabia adentro, agarrada al corazón.

Determinada a lograr un cambio, carga con la impotencia de una tristeza honda, cuántas veces las lágrimas ensuciaron su garganta, taponaron su nariz, alcanzaron la frontera de los ojos.

Sabe que sus disidencias no son un capricho sino una necesidad que surge del desprecio y la inferioridad.

La rebeldía no es una postura, es una respuesta sentida a una necesidad de su pueblo, impulsada por la convicción y el dolor compartido, es la marca visible de una resolución inquebrantable.

Clara Chilcano nació en Colonia Dolores, el 8 de mayo de 1958, hija de madre y padre Mocoví, ambos artesanos y recolectores.

A los 10 años emigró hacia el sur de la provincia, a la comunidad de Alcorta, en el departamento Constitución.

Este hecho marcó el inicio del desmembramiento de su familia, el desarraigo de su tierra y de su comunidad.

En carne propia experimentó la discriminación, por el color de la piel, por no hablar el idioma, por ese aislamiento forzoso al que son sometidos aquellos tildados de “diferentes”.

El choque de culturas fuera del ámbito de la comunidad indígena, siempre fue en desprestigio del más débil.

La adaptación de Clara dentro del ámbito escolar, resultó una experiencia con carencias de todo tipo, soportó burlas, llamados de atención y desinterés por parte de quienes tenían la obligación de intentar una integración que nunca llegó.

Lejos de quedar atrapada en esta situación, que siempre padecieron los pueblos originarios, Clara comenzó a gestar en su corazón un proyecto de lucha que años más adelante llevaría a cabo.

No era una pelea hacia afuera, había que comenzar por revalorizar al pueblo abatido desde el tiempo de los colonizadores.

Con la memoria intacta, su labor se centró en la lucha por la identidad,

la reivindicación y la reparación histórica de su comunidad.

Clara, entregó su tiempo y su vida, convirtiéndose en una referente de la comunidad, desde la resistencia, sostuvo con sus palabras y sus acciones la identidad de los pueblos originarios que siguen en la lucha hasta hoy.

El deseo de Clara es que los jóvenes despierten, recuerden las enseñanzas de sus ancestros y las pongan en práctica, que puedan tener oportunidades en todos los ámbitos sin sentirse postergados.

Los pueblos originarios sufren distintos procesos, algunas veces son relocalizados, y en otras situaciones extraídos, generando una creciente urbanización y modificación de sus formas de vida.

Estos avances sobre los territorios y sus derechos no son consultados, por el contrario son avasallados y sus hábitos culturales ignorados al imponerles un modo de vida diferente.

El territorio, según la concepción de los pueblos indígenas, es una totalidad, va más allá de una connotación económica, tiene un sentido espiritual y cultural vinculado a lo ancestral y tradicional.

En este sentido, Clara Chilcano es consciente de que no puede desconocerse su convivencia con la biodiversidad que los atraviesa y forma parte de su identidad.

La administración del patrimonio natural debe permanecer en manos de los pueblos originarios y así saldar con ellos la deuda de inequidad respecto a la propiedad de la tierra.

Clara pertenece a la Organización Provincial Aborigen y desde 1982 trabaja en la lucha por los derechos de su comunidad, que sabe están en la Constitución.

En 1993 trabajó en la elaboración del proyecto de ley indígena de la Provincia de Santa Fe, que se convirtió en la Ley 11.078.

Integró la Organización de Comunidades Aborígenes de Santa Fe (OCASTAFE).

Con el impulso del reconocimiento obtenido por la Constitución Nacional de 1994, Clara fue pilar fundamental en la reintegración y reivindicación de comunidades en la provincia.

En el 2002 fue promotora de los debates e integrante en calidad de asesora de la comisión redactora de la Ley 12.086 de tierras indígenas como reparación histórica a las comunidades de la provincia de Santa Fe.

En 2009, participó activamente en la creación del Registro de Comunidades Aborígenes de Santa Fe, que fue creado por decreto Nº 1175.

Trabajó para mejorar las condiciones de vida de sus comunidades e impulsó la creación de programas de educación, salud, seguridad social, ambiental y derecho de acceso al territorio.

Clara Chilcano, vive en carne propia los sentimientos de quienes han pagado ya los otros plazos del dolor, atravesada por calamidades, muy viejas y muy fuertes, nunca abandonó la lucha, por el contrario centra su visión en la necesidad de la mujer indígena, creando dentro de su comunidad el movimiento femenino.

Los feminismos indígenas deben ser interpretados como una corriente feminista en la que prima el pensamiento colectivo y se diferencia del pensamiento feminista occidental, que parte del individuo y su exclusión.

Las mujeres indígenas enfrentan una triple opresión por ser mujeres, indígenas y a veces trabajadoras o campesinas.

El movimiento se enfoca en la defensa de los territorios indígenas, especialmente ante la amenaza del extractivismo y la pérdida de sus tierras, denuncia la violencia contra las mujeres indígenas, incluyendo la violencia doméstica, el "chineo" (práctica de abuso sexual), y la violencia espiritual.

En las comunidades indígenas, la mujer padece un cruce de

desigualdades, a la discriminación por motivos de género, se le suman otros factores, como el origen étnico, la religión o las creencias, la salud, el estatus, la edad, la clase, la orientación sexual y la identidad de género.

La superposición de varias capas de discriminación, potencia una forma de discriminación agravada.

Clara pone el ejemplo de las mujeres wichí que eligen tener partos en sus hogares porque en los centros de salud no hablan sus lenguas y padecen la vulneración del derecho a la información sobre las diversas formas de dar a luz.

El rol de la mujer indígena es el cuidado de la casa, sus hijos, las tareas rurales, la caza, la pesca, la cosecha. No hay otro ámbito, solo dedicarse a la crianza de los hijos y al cuidado del hombre.

Clara Chilcano llega con sus ideas feministas para transformar este concepto, con sus palabras levanta la autoestima de estas mujeres, les enseña que la comunicación es una herramienta, que el espíritu militante nace de adentro, que la dignidad se trabaja, que la lucha por situarse al mismo nivel del hombre es posible, que existe un espacio fuera de las actividades domésticas en donde se pueden hacer múltiples actividades.

Clara Chilcano sueña con una sociedad en donde los derechos de los pueblos originarios sean reconocidos, su corazón abraza la bandera mocoví.

La franja negra le recuerda la etapa de oscuridad, que comienza con la invasión.

El rojo es la sangre derramada en el choque con el hombre blanco.

El celeste las heridas que van calmando, el sol ubicado en esta franja ilumina y hace cambiar los pensamientos de hostilidad.

El blanco por la bandera argentina.

El verde representa la naturaleza en estado puro.

Crepita la leña, una guitarra desgaja la noche, la voz mocoví llora penas por los que fueron, por los que son y los que serán.

Cuando silba el indio cortando pajales
y a la correntada su chiflido entrega,
cuando silba el indio robando panales
o de aguas abajo mirando una estrella,
es porque anda triste, cabresteando ariscos,
y porque anda solo boyereando penas.

Yo sé bien que él sabe lo que da dolores,
yo sé bien que él sabe lo que es su condena:
tener en el pecho miel y canto y flores,
y andar por la vida con lanza ´e rencores
con la vista al suelo, cáida la melena.

Por soñar en barro, gredosas las manos,
por mirar tan lejos, chiquitos los ojos;
así arranca espinas de chiflido largo,
el mocoví triste que hicieron amargo
sobre una esperanza sembrada de abrojos.

¡Qué sabrá el que es ciego lo que el indio mira!
¡Qué sabrán los sordos lo que el indio siente
cuando desenrolla su silbido largo,
cuando enciende un fuego su achatada frente!
¡Déjenlo que sangre por la llaga viva,
que busque a silbidos lo que el indio quiera,
y que no se vaya con la vista arriba
y que abajo a silbos, esperando muera!

Cuando chifla el indio, le chifla a la muerte pa´ ver si lo lleva.
(Orlando Vera Cruz)

Madre todo terreno

Marta Raquel Giai

Sastre

Mi madre ingresó al mundo del trabajo con trece años, apenas finalizada su escolaridad primaria. La familia necesitaba algún ingreso extra y ella comenzó como ayudante en la única pero floreciente farmacia del pueblo.

Zenón Pereyra es una pequeña población del Departamento Castellanos y en la década del '40 tenía poca variedad de comercios y servicios; un solo médico, una sola zapatería, una sola ferretería y obviamente, una sola farmacia. Con una fama bien ganada, el farmacéutico y su asistente fabricaban cremas, grageas, jarabes y hasta un delicioso licor, que por supuesto no estaba a la vista ni a la venta.

El escribano de la localidad era asiduo cliente de la misma y se sintió atraído por la bella y prolija caligrafía de aquella adolescente que escribía recetas detrás del mostrador. Fue así que un día le ofreció trabajo en su escribanía, ya que por aquellos años el protocolo de las escrituras se escribía a mano, en un enorme y prolijo libro.

El sueldo era muy tentador y entonces, Blanca, con un abrazo y dos furtivas lágrimas se despidió del querido farmacéutico y cambió jarabes y ungüentos por papeles, sellos y enormes estantes repletos de documentación notarial.

Fueron muchos años transcurridos allí, trabajando codo a codo con otros empleados varones; ella, la única mujer, llegó a ser la mano derecha del Escribano Prigioni, a quien apreciaba como a un padre bonachón y sabio que le enseñó mucho más que a redactar

documentos. El afecto era mutuo y Don Rodolfo fue una persona que caló hondamente en el corazón de mi madre.

Simultáneamente, dedicaba algunas tarde a ser la custodia de la enorme cantidad de información que prolijamente aguardaba en las altísimas estanterías de la Biblioteca Popular y como bibliotecaria fue experta guía de niños y adultos que buscaban datos para las tareas escolares o algo de distracción en una época en la que los libros eran casi el único modo de conectarse con el saber. Adquirió el hábito de la lectura y aunque nunca había podido tener acceso a una educación superior, ese diario contacto con los libros fue una gran bendición en su vida.

Otra costumbre cotidiana era aguardar la hora de cierre, ya que su novio, el joven que luego sería mi padre, invariablemente y sin importar las condiciones climáticas, la esperaba en la puerta para acompañarla hasta su casa.

Los años pasaron, Blanca y Tomás se casaron y ella entró a la Iglesia del brazo de Don Rodolfo. Poco después nació yo y el imponente estudio jurídico fue, en mi niñez, mi segunda casa. En medio del papelerío, en aquella inmensa casona vivían mis muñecas y juguetes y yo era la pequeña mimada del abuelo postizo que la vida me había regalado.

Como frecuentemente sucede, a veces las desgracias nos sorprenden y en un minuto la vida cambia para siempre. Una fría y fatídica noche de invierno, en medio de una reunión, el escribano sintió un dolor en el pecho, se desplomó y en pocos minutos, la muerte se lo llevó, dejando a mi madre sumida en una enorme tristeza.

Algún tiempo después, Blanca no conforme con su rol de ama de casa, madre y esposa, volvió a la vida pública. Aún en una época en la que la enorme mayoría de las mujeres se dedicaba solamente a las labores hogareñas, ella ya tenía décadas de experiencia en el fascinante mundo del trabajo. Decidida y terca, seguía rompiendo prejuicios y normas sociales y apuntalada por un esposo bueno y comprensivo, ingresó en

la administración pública como secretaria de la Comuna local.

Desde ese lugar fomentó la obra pública, la ayuda a las instituciones, el arreglo y mantención de caminos y veredas, luminarias, la construcción de pavimento y mucho más. Se reunía con el párroco, con el médico, con el Juez de Paz, con los hombres de campo, con los comerciantes, con los colaboradores de las escuelas y todos la trataban con respeto y consideración.

Llegó el golpe de estado del '76 y Blanca tuvo que dejar su cargo cuando se formalizó la intervención en todas las reparticiones y en esa etapa negra y oscura de nuestra historia, no existían gremios o asociaciones que abogaran por el injusto despido de empleados y funcionarios. Fue un duro golpe, pero nada la detuvo. Siguió con distintos trabajos y por muchos años fue miembro activa de casi todas las instituciones del pueblo: cooperadoras escolares, hogar de ancianos, comisiones de festejos, etc.

Cuando ya casi se resignaba a que sus días en el ámbito público habían concluido, un grupo de vecinos la vino a buscar para ofrecerle el cargo de gerente de la Cooperativa Telefónica y allá fue mi madre, una vez más, a emprender otro desafío.

Amable y comprensiva con empleados y clientes, ostentaba sin embargo, un carácter firme y resuelto; sus decisiones rara vez se discutían. Yo siempre le decía que era demasiado obstinada, pero ella retrucaba afirmando que sólo era tenaz. En fin...

En un momento le llegó la jubilación, pero se negó terminantemente a dejar de trabajar. Siempre prometía que sólo un poco más y luego ya daría un paso al costado. Iba postergando y postergando aquella promesa, buscando excusas, estirando tiempos... especialmente cuando mi padre falleció y la casa quedó demasiado silenciosa y vacía, su refugio fue la oficina de la Cooperativa, donde se sentía feliz y útil; charlaba con clientes y compañeros de trabajo y trataba de asegurarse que todo el pueblo tuviera un buen servicio. Aún no se hablaba de

internet o celulares y la enorme mayoría de la gente poseía un teléfono fijo como el medio más moderno y sencillo de comunicación. Nadie quedaba “aislado” por más de algunas pocas horas, luego de algún temporal que hubiera arrasado con cables y postes; Blanca hacía lo imposible para que cada aparatito reviviera prontamente, diera alivio a sus dueños y los comunicara nuevamente con el mundo.

Fue solamente cuando, ya pasados los ochenta, su mente cansada y su físico deteriorado la obligaron a retirarse. Falleció a los ochenta y tres años y haciendo un rápido cálculo matemático sumó casi setenta años de trabajo ininterrumpido en diversos ámbitos.

Imposible encasillarla en una sola profesión; solamente con un título de sexto grado bajo el brazo fue ayudante de farmacia, secretaria de escribanía, bibliotecaria, contadora sin título, colaboradora ad honorem de las instituciones, secretaria comunal, gerente de la cooperativa telefónica, y como si no fuese suficiente, hija ejemplar, gran amiga, esposa fiel, madre cariñosa y abuela amorosa. Sin duda una partícipe activa, valiosa y vital de su comunidad y el pilar de nuestra familia.

Aún hoy cuando regreso a mi pueblo natal, casi todos me conocen como la hija de...y muchos me cuentan anécdotas que invariablemente incluyen alguna ayuda, favor o asistencia que mi madre les brindó en algún momento.

Me legó muchas enseñanzas, pero su enorme afición al trabajo y la solidaridad que practicaba sin mezquindades, fue su mayor herencia. Era una eterna convencida de que todo en esta vida te vuelve multiplicado y se sentía feliz ayudando y colaborando con cualquiera que tuviera una necesidad y golpear a nuestra puerta.

Ojalá sea siempre digna de que me nombren cariñosamente como la hija de Doña Blanca.

In memoriam de Blanca Nieve Lisa de Giai (1930-2014)

Una faraona en el norte de Santa Fe

María Gloria Fernández Apud

Reconquista

Se llamaba Siria Argentina Apud. Su padre, don Abdala Salim le había puesto ese nombre porque era la primera hija nacida en este país y su nombre la definía, marcaba su trayectoria en el mundo. Hija de inmigrantes árabes, había nacido un 24 de septiembre de 1931, en la Ciudad de Reconquista. Aunque su padre, como era la usanza, la anotó un día después. Tenía rasgos de faraona. Parecía la estatua viviente de la reina egipcia, Nefertiti. Fue la primera cosmetóloga profesional de la ciudad de Reconquista, Santa Fe. Había estudiado en el instituto de belleza Magda Klein, de Buenos Aires. Se casó con un militar, Mario César Fernández de la Torre, un hombre de la Capital, que se despojó del segundo apellido y con quien vivió un tiempo en la gran ciudad. A su salón, concurrían las mujeres del lugar para mejorar su aspecto y para que Siria las escuchara y las aconsejara. Excelente y avanzada en su tarea, las clientas solicitaban permanentemente turnos. Su aparatología y sus técnicas eran de vanguardia. Los apellidos más célebres y los más característicos de la zona pasaron por sus manos.

Los secretos más diversos circularon en ese lugar, pero ella tenía fama, además de ser excelente profesional, de ser "una tumba" con lo que le contaban. Era dueña de los oídos más fieles. Poseía la capacidad mediadora del Rey Salomón y la determinación de mando de su raza. Sus manos eran dueñas de arte y magia. Las clientas salían renovadas.

"Siria, la turca", como todos la nombraban con cariño, poseía una inteligencia múltiple, todo lo hacía bien. Leía libros de medicina ayurvédica, tan en boga hoy. En su biblioteca se encontraban autores

como Deepak Chopra, Khalil Gibran, Confucio, “el I Ching”, “El Gran libro de la medicina china” y otros de literatura, medicina general, historia, filosofía. Sabía de puntos de la acupuntura y conocía las propiedades de las plantas medicinales. Amaba la historia y la filosofía. Era muy innovadora en la cocina, agregaba su magia a los platos tradicionales y pintaba sobre tela. Había estudiado magisterio, pero no ejercía. Era así, creativa, emprendedora, fuerte, combativa, pero también melancólica. Había mamado la angustia del desprendimiento de su progenitora que añoraba su tierra natal. La abuela María, durante el embarazo de Siria, sólo había comido naranjas que tenían el gusto a su lugar de origen. Había partido de su pueblo, con tan sólo 15 años. Creció con las ansias de conocimiento de su padre y los míticos y religiosos propios de los árabes. Estaba en todo y para todos. Mujer de carácter firme, pero de acciones generosas.

Tuvo tres hijas a las que puso como primer nombre: María, como las tres marías, constelación que siempre miraba. Nombres elegidos con ilusiones pero que las convirtieron en “NN”. Cada vez que llegaba el cartero preguntando por María Fernández, las tres preguntaban si trataba de María Ester, María Gloria o María de los Ángeles. Además, tuvo 6 nietos a los que mimaba y adoraba.

Los años pasaron. Vivió reveses fuertes del destino, Pero siempre permaneció de pie, con firmeza. Y al final, después de dos quebraduras de caderas y 4 operaciones, terminó postrada. No obstante, desde su cama, desde su Trono, daba órdenes, manejaba su dinero, enseñaba a cocinar comidas árabes, preparaba distintas materias con sus cuidadoras estudiantes para que pudieran rendir. Apenas se despertaba y se higienizaba; comenzaba el ritual de belleza. La vida le dio bastantes fuerzas en los brazos hasta casi el final. Entonces, tomaba un espejo esplendoroso y con 90 años, se peinaba con ayuda, se ponía un aceite facial y se pintaba los labios. Les había hecho prometer a sus hijas que nunca sus nietos la verían sin dientes, así de esteticista era la mujer.

Contaré una situación puntual para que la imaginen. Salía de una cuarta operación de caderas, la más peligrosa. Los médicos comentaban a sus hijas cuáles eran los cuidados y sobre la medicación que debían proporcionarle. Ella, la paciente en riesgo, la recién operada, emitía sonidos de todo tipo y sus grandes y expresivos ojos con los que manejaba el mundo parecían dos bolas de fuego a punto de lanzar. ¡Quería la dentadura!

—Ya te va a poner la dentadura, tu hija, mi Lady, pero sos hermosa de todas formas. No tenés ninguna arruga. Nunca vi piel igual, más quisieran tus hijas tener tu cutis —le decía el traumatólogo.

Su hija le puso la dentadura y siguió escuchando al médico.

Toda la noche la cuidaron. Durmió tranquila con los dientes puestos “por si venía alguien”. Al otro día, una de las hermanas avisó a la que quedaba cuidándola que salía a hacer trámites. Cuando Siria la vio, le pareció de aspecto poco elegante e hizo un gesto de desaprobación y ya, sin el efecto de la anestesia, le dijo:

—¿Así vas a salir a la calle?

—Mamá ¿cómo querés que esté si pasé la noche en vela?

— Andá a buscar mi neceser de la cartera, pintate que no se note esa cara de destruida y pasámelo. ¿Cómo vas a salir así de desastrosa? Sos una docente, Directora. Ninguna de las tres había heredado su porte y su sentido estético. Medio apagadas las Marías.

Ni el nombre lo logró. Estuvo lúcida de toda lucidez, hasta casi el final. Y un 8 de marzo de 2021 se fue de este mundo. La historia de Reconquista le debe un lugar. Fue pionera en lo suyo. Y nosotras, las tres Marías, no dejamos de llorarla...

Jardines de superación y esperanza

Olga Ester Grimado

Villa Ocampo

“Porque entre tanta incertidumbre, tengo la certeza que la escritura es un don sagrado que nos permite inmortalizar el portafolio de memorias que portamos en nuestro interior”.

Era una muchacha de esas... muy particular, por cierto. Esa muchacha con corazón de tiza tal como lo expresa la poética de un virtuoso músico argentino, que en el cada día, en el encuentro al pasar, en el encuentro espontáneo, algunas veces detenido, algunas veces fugaz, compartiendo el espacio laboral fui conociéndola y fue transformándose para mí en esa respetable mujer, trabajadora incansable, profundamente implicada con el instante y con el largo plazo de los entornos con los que convivía, con voluntad y principios indestructibles.

Era ella quien aquel 12 de mayo de 1954 hizo que la familia de don Giuseppe Brotto y doña Ermelinda Bernardis estuviera de parto por tercera vez. El matrimonio celebraba el nacimiento de su tercer hijo. En este caso la niña Liliana Mabel pues así la filiaron.

Don Giuseppe era italiano. Nació en el año 1895 en la comuna de Fontaniva, Provincia de Padova (Padua). Liliana guarda en su memoria las memorias de su padre. Mi padre -relata- tenía sólo un hermano vivo si bien su madre gestó varios niños, pero cuando nacían se morían no sabiendo la causa. Él supo de hambrunas y de guerras en Europa. Aquel contexto animó a Juan (su hermano) a emprender viaje hacia América y llegó a la Argentina. José continuó viviendo junto a sus padres hasta la muerte de su madre. Su padre se vuelve a casar y él no logra establecer vínculo con su madrastra por lo que a los 15 años escapa a Suiza. A los 19 años regresa a su país y participa de la Primera Guerra Mundial, llamada la Gran Guerra.

En el año 1921, con 26 años también emigra rumbo a la Argentina. Estaciona en la ciudad de Santa Fe donde ya estaba radicado Juan. Allí trabajó de conductor de tranvía, vendedor de leche, y nunca entendí, como llegó a tener un parque de diversiones con el que llegó a Villa Ocampo, donde aparcó para quedarse pues fue el lugar donde conoció a la joven Ermelinda de 29 años con quien, a sus 55 años, se casó y tuvo 6 hijos. Trabajó en la Papelera Ebro llamada así en sus inicios allá por el 1941 la cual dejó de funcionar luego de atravesar un proceso de quiebra, en el 2016 llamándose Norpapel. De mi madre no conocí tanto pues era una mujer introvertida. Pude saber que tenía 7 hermanos. A los 3 años fallece su mamá y su crianza, la de su hermana de 2 años y sus cuatro hermanos varones la vivió junto a su padre. Su hermana mayor a los 12 años quedó embarazada, motivo por el cual su padre la echó de la casa. Fue a la escuela hasta 2º grado y más allá del escaso tiempo de escolarización tenía un brillante desempeño con los números y las letras.

Liliana vivió su primera infancia libre y feliz. Un tiempo pleno de juegos, risas y travesuras junto a sus hermanos. Si bien casi no tenían juguetes, correteaban en la calle con los demás niños del barrio. Los días de lluvia la greda se convertía en plastilina con la que construían graciosas figuras. Jugaban al carnaval con el agua de la cuneta. Cuando iban al campo, mateaban junto a sus primas o bien disfrutaban de colaborar en quehaceres propios de la casa de sus tíos. Fue a la misma escuela a la que concurrió su madre.

La Escuela Nacional N° 6110, así conocida en el pueblo. Transcurrió su escolaridad con cierta normalidad encontrando obstáculos estando en 7º grado por lo que no pudo promover y dar por finalizado en nivel primario.

Cuando tenía 6 años su padre se jubila. Comienza a cobrar una jubilación “miserable” que se la pagaban cada dos meses, situación que trajo aparejada un tiempo donde las necesidades básicas no se podían satisfacer. Ante esa realidad don Giuseppe comienza a

realizar diversos trabajos: arreglo de cocina, de bicicletas, fabricación de jabones, de velas... Esta circunstancia lleva a Liliana a empezar a trabajar para aportar a la familia. Comenzó como niñera. Luego trabajó colaborando con unas mujeres peluqueras que eran de Villa Guillermina -una localidad vecina-. También se desempeñó como empleada doméstica en la casa de una familia adinerada del pueblo donde aprendió a limpiar pisos de mosaico ya que en su hogar sólo tenía piso de cemento.

Cumplidos los 12 años, en la casa de esta adolescente ya no alcanzaba ni para comer. Surgió la posibilidad que junto a su hermana que tenía 14 años fueran a la ciudad de Santa Fe a trabajar como empleadas en casas de familia. Era costumbre en esa época que jóvenes de 17 o 18 años emigraran a Buenos Aires Rosario, Córdoba, en busca de trabajo para ayudar a sus familias. La historia de estas dos jovencitas tomaba también este camino. El 1º de marzo de 1967 partieron hacia Santa Fe. Se había presentado un día lluvioso. Se dirigieron a la Ruta 11, a las 6 a.m., a tomar el ómnibus que las transportaría a aquella ciudad que no conocían. Fue la primera vez -recuerda Liliana- que su padre las abrazó, les dio un beso y les dijo: “si les sucediera una desgracia, vuelvan a su casa que será el mejor lugar para estar”. En ese momento “la desgracia” era quedar embarazada, si bien la niña de 12 años no tenía ni idea de cómo una mujer quedaba embarazada.

Las viajeras llegaron a la ciudad destino a las 13 horas. Los “patrones” fueron a buscar a sus empleadas. Cuando Liliana llega a la casa donde trabajaría lo primero que divisó fue una montaña de vajilla que ya la esperaba para que limpiara. El cuarto de los “cachivaches” era el que acomodaron para destinar a la habitación de la flamante empleada doméstica. Habían corrido los bártulos que allí había, colocaron una cortina de junco en la puerta y una chapa de cinc, por afuera de la ventana sujeta con un palo. Pusieron una cama de una plaza y una silla para que allí acomodara la valija la recién llegada. Y así fue; allí encontró lugar la valija de cartón prensado y madera venida de Italia

con Giuseppe. Impensable en aquel lugarcito un ventilador para el agobiante verano o un calefactor para hacer frente a la crudeza del invierno.

Lejos de su familia, de su casa, de su barrio, continuó la vida de Liliana. Es que la única consigna era continuar. Un buen día “se hizo señorita”, experiencia de la que nada sabía. Por suerte, en esta casa a la que llegó para trabajar encontró un libro escrito por los médicos Eva Giberti y Florencio Escardó donde, luego de su lectura, obtuvo información clara y muy buena.

Tuvo la oportunidad de que en una escuela nocturna la recibieran y así encontró la posibilidad de terminar el 7º grado que había repetido. Tal vez aquel traspie en su escolaridad estuvo relacionado con la decisión de trasladarse a la ciudad, tan pequeña aun, para trabajar y ayudar a sus padres. Es que su decisión era irrevocable pues ya no soportaba ver a su madre llorar porque no alcanzaba ni para comer. En sus largos relatos comenta que nunca supo cómo fue que la recibieron en aquella institución educativa cuando ella no tenía la edad establecida.

Mensualmente cobraba su sueldo. También su hermana. Con el sueldo en mano, inmediatamente efectuaban el giro de dinero para sus padres. Además, destinaban un poquito de lo que ganaban para ir al cine -salida que la hacían una vez por mes-, comprarse alguna ropa necesaria y los útiles escolares. Los demás fines de semana había que conformarse con una caminata por la Costanera y muchas veces se guardaban las ganas de adquirir algo para comer a fin de ahorrar y lograr llegar al nuevo cobro.

Veía a sus padres una vez por año. Las fiestas de fin de año indicaban que se aproximaba el momento para el reencuentro con la familia. Con su hermana regresaban a Villa Ocampo con regalos para los afectos que las esperaban. Usualmente los obsequios eran camisas para los varones y algún calzado o telas para doña Ermelinda. Además, era la única ocasión del año en que de comida se compartía

sándwiches de miga.

Cuando las primeras vacaciones marcaron su fin, como era esperable, tuvo que volver a la gran ciudad. Al regresar, la familia donde trabajaba le comunicó que necesitaba una persona más grande y con más fuerza pues la abuela que allí vivía sufrió un accidente y se fracturó la cadera. Allí necesitó comenzar un nuevo trabajo. En esta nueva experiencia ella sólo pedía le permitan un tiempo libre, el cual lo necesitaba para ir a clases y cursar el nivel secundario. Esta condición era “todo un problema” pues los dueños de casa la necesitaban para que hiciera todas las tareas relacionadas con el momento de la cena. Además, era una época donde, en la sociedad, estaba instituida la idea de que la escolaridad secundaria era para la clase media y alta donde, por supuesto las “sirvientas” no estaban incluidas.

En esos andares donde trabajar era la prioridad, trabajó también en una mueblería, en una cerrajería, en un laboratorio donde fabricaban suplementos dietarios para animales.

Una anécdota distintiva en su vida como empleada doméstica le sucedió allá por febrero de 1975. Era una noche de sábado donde la jovencita se estaba preparando para ir a disfrutar de los cursos puesto que en esa ocasión se exhibía una comparsa de Corrientes. En medio de su preparativo tocan el timbre. La dueña de la casa se acerca velozmente a ella para solicitar su ayuda. Necesitaba arrojar una caja que contenía armas a un terreno vecino. Allanaron la casa. De Liliana, se llevaron unos apuntes porque contenían conceptos de Taylor y Fayol y según ellos tenían tinte político. Esa noche, en un auto Ford Falcon verde la llevaron junto a la señora de la casa y a su hija menor a un lugar de detención transitoria. El suceso estaba vinculado a que el esposo y otra de las hijas eran sindicalistas y participaban de la guerrilla. El día lunes, cerca de la medianoche, recobraron la libertad las tres, gracias a que un yerno del matrimonio era exseminarista y pidió la intervención del obispo.

Siempre abrigó el sueño de ser maestra si bien en su cabeza resonaba los ecos de los reiterados decires de su padre “no hay que estudiar para maestro...lo maestros son mal pagos y encima los mandan a trabajar a cualquier lugar”. Tal vez esas expresiones que fue subjetivando la direccionó a comenzar la Carrera en Ciencias Económicas. La cursó durante un año. Luego debido a cambios de horario en la Facultad, el compromiso laboral a lo que se sumó una enfermedad la abandonó. Esas circunstancias la condujeron a comenzar a materializar su sueño de ser maestra. Se inscribió en el Profesorado de Educación Inicial y a los dos años y medio, tiempo que duraba la Carrera, ya estaba con el título en mano. Logra alcanzar su objetivo con un esfuerzo inquebrantable. Trabajaba durante la mañana, realizaba sus prácticas docentes a la siesta y luego continuaba la cursada en el Profesorado. Comía poco y caminaba mucho puesto que no tenía dinero para el ómnibus.

Apenas recibida decidió volver a su Villa Ocampo a trabajar. Sus sueños la acompañaban con una fidelidad sin par. El único deseo que la animaba era hacer realidad lo soñado: desempeñarse como maestra. Y así fue. En ese momento, la entidad patrocinante de la Escuela N° 150, una institución educativa pública de gestión privada, logra por parte del Ministerio de Educación, la creación de un cargo docente para dar apertura al Nivel Inicial denominada en aquel tiempo como educación preescolar que funcionaría bajo la dirección del nivel primario.

El 1º de marzo de 1977, es convocada por la Patronal para proponerle el cargo el cual fue aceptado inmediatamente. Los preparativos para este comienzo eran urgentes. Había que preparar la sala. Sólo contaba con mesitas y sillitas recién pintadas que fueron preparadas para este gran proyecto. Doña Ermelinda apareció en escena también para ayudar. Restauró una camita y confeccionó un colchoncito para ir nutriendo los rincones. La muñeca de la flamante seño se sumó al Jardín. El objetivo era ambientar la sala para recibir los niños el día en

que debían comenzar las clases. Como estaba previsto, el 7 de marzo se abrió un espacio que abrigaría a tantas infancias. Ese lunes estaba allí la Señora Liliana constituyéndose en la primera maestra jardinera de lo que hoy, a casi 50 años, es el Jardín de Infantes Particular Incorporado N° 1529 “General Manuel Obligado”.

Ya en aquel inicio, los padres no dudaron en hacerse presentes. Con ellos organizó el primer beneficio donde vendieron doscientas docenas de pastelitos logrando una importante recaudación. Con ese dinero la señorita Liliana viajó a Buenos Aires a comprar los primeros juguetes

El apoyo de las familias se tornó incondicional.

La guía y el acompañamiento de la directora era permanente. En forma conjunta pensaron en gestionar el parque para los niños. Se obtuvo el apoyo de la Papelera cuyos empleados con caños usados fabricaron las estructuras de las hamacas. Con alegría, se disfrutaba de los logros mirando con satisfacción cómo el jardincito, poco a poco, iba tornándose un espacio acogedor para los suyos y sus familias, estableciendo vínculos con los demás Jardines que funcionaban en la ciudad. En total ahora eran cinco instituciones que ofrecían educación preescolar. Liliana recuerda la buena relación que fueron logrando entre las escuelas. De sus memorias trae aquella fecha en que la ciudad cumplía cien años y en forma conjunta todos los niños desfilaron con atuendos similares sin marcar diferencias entre las salas que participaron.

Con el tiempo, el jardín de infantes se convirtió en un lugar emblemático de la comunidad, reconocido por su enfoque innovador y su compromiso con una educación de calidad.

Indiscutiblemente, Liliana fue una docente ejemplar signada por un espíritu de superación permanente. Su paso por la Facultad de Ciencias Económicas no fue en vano. Los saberes construidos en ella le permitieron dar clases de Contabilidad en dos Colegios de

educación secundaria. Fue Preceptora trabajando ad honorem en este rol. En el año 1981 participa de un Concurso para cargos directivos en el Nivel Inicial de gestión oficial y en 1983 titulariza como directora. Convencida que un buen docente se nutre con formación permanente en el año dos mil cursó un Postítulo en Gestión escolar.

También el tiempo que acompañaba los pasos de esta muchachita la comprometió desde edad muy breve, con problemáticas que atravesaban los lugares que habitaba. A los 14 años, en una de sus vacaciones en su tierra natal, se produjo una “revuelta” por el posible cierre del Ingenio Arno. Se armó una olla popular en terreno contiguo donde estaba situado el Banco de la Nación Argentina. Todas las tardes, se unía a la multitud que con cacerolas llegaba hasta la Ruta Nacional Nº 11 donde detenía a los vehículos y entregaba folletos para hacer saber la gravedad de la situación que estaban atravesando los trabajadores azucareros. Por la noche también participaba de los actos que se realizaban en la plaza San Martín ubicada justo frente a la casa monetaria. Aquella vez, concluida sus vacaciones regresó a Santa Fe y en abril pudo saber que los reclamos de los que participó terminaron en lo que se conoció como el Ocampazo, el primer “azo” de todos los ocurridos en el país.

Alimentando el espíritu ciudadano comprometido y siempre empático que la caracterizaba lideró incansablemente, junto con otras mujeres -algunas reconocidas a nivel nacional-, el reclamo de justicia por el atroz asesinato de una joven que conmovió a toda la ciudad. Participó en manifestaciones, reuniones con autoridades y acciones de sensibilización para exigir que se investigara el caso y se llegara a la verdad. “La muerte de Carmen nos dolió a todos”, recuerda con la mirada puesta en el infinito. Y continúa: "...pero también nos hizo reflexionar sobre la violencia de género y la necesidad de trabajar juntos para prevenirla". En esos andares Liliana se convirtió en un ejemplo de empoderamiento, resistencia y

esperanza.

Coherente con sus principios integró la Comisión directiva de la Cooperativa de servicios de agua y telefonía, formó parte del grupo de vecinos que trabajaron haciendo realidad la construcción de la Capilla del barrio donde vivía, asumió la responsabilidad de tener en guarda a una niña hasta que logró la mayoría de edad. Allí donde era necesario sumar un grano de arena era casi una certeza que se la encontraría a ella.

Fue una mujer con guardapolvo de jardinera que comprendía perfectamente el significado que tenía un accionar ético político, encarnando la participación, aportando al bien común, con una postura siempre a favor del sostenimiento de las instituciones, así como del bienestar, la justicia y la dignidad de las personas.

Hoy con 71 años, vive sus días con mansedumbre, abrazando con amorosidad cada uno de los días que la vida le fue brindando. Los buenos y los de los otros que no son poco. Cuando comparte las experiencias que fueron tejiendo su subjetividad, manifiesta con claridad y lucidez cuánto aprendió. Aprendió el sentido de los buenos momentos y el valor de los afectos, así como la dignidad que otorga la educación y el trabajo. Asimismo, aprendió lo que supone la lucha sostenida para alcanzar la meta a la que se aspira, con el corazón explotado de esperanza y la gratitud a flor de piel que le permite agradecer a pesar de todo la soledad angustiante, la enfermedad amenazante, la pérdida irreversible de seres queridos, el dolor de una madre a la que siente que nunca fue feliz, la dureza de un padre poco afectuoso, chinchudo y malhumorado siempre, el maltrato de su hermano mayor hacia su madre, su hermano menor y hacia ella. Estas vivencias muchas veces la ponen muy triste y la inundan de ganas incontenibles de llorar. Siente que se encuentra en un trance donde está logrando comprender que cada uno es y da lo que tiene y del modo en que puede. Este entendimiento que va construyendo le permite ir superando el enojo y correrse del lugar del reclamo y el

rechazo para mirar con amor, ternura y compasión a su niña de 12 años que le puso rostro, cuerpo y corazón a la vida. A esa niña la honra con gratitud infinita porque tuvo el coraje de tomar las riendas, dar un volantazo y tomar el camino que la estacionó en este presente: jubilada, con un bienestar económico, con un compañero con quien viven un amor de otoño, plantada en un jardín donde el afecto de sus hijos y nietos, así como el reconocimiento de amigos, alumnos, instituciones donde prestó servicios le otorgan plenitud y mucha alegría.

“Hoy estoy donde quiero estar”, expresa convencida Liliana.

Y concluye con un pensamiento casi célebre: “...el pasado es sólo eso, pasado. No puedes cambiar lo que sucedió, pero sí puedes aprender de ello y usarlo para ser una persona fuerte y resiliente”.

Aquella joven, de sangre italiana, taurina, con carácter fuerte, decidida, justa, empática, que con decisión se animó a los desafíos que la vida le fue ofreciendo se convirtió en una mujer resiliente, ejemplo inspirador para tantos que tienen el honor de conocerla.

Muchacha con corazón de tizas... también de témperas y rincones llenos de juguetes y niños... tu historia es un faro, un mojón, un punto de referencia para tus afectos más cercanos, en los espacios que habitaste, las infancias que abrazaste, la comunidad que protagonizaste... para todos con quienes te implicaste entera, sin dobleces.

Y una vez más la escritura, ese don sagrado, pinta la voz con los colores del lenguaje otorgando la posibilidad a muchos de leer una historia ejemplar.

Una vida de compromiso con el desarrollo humano

María Nélica Pedernera
Reconquista

Siempre al tanto de lo que sucede en el país y en el mundo, locuaz cuando se entusiasma con algún tema, Marta Fernández transita sus ochenta y seis años con una vitalidad que sorprende. Es una mujer rica en experiencias, firme en sus convicciones y sostiene, con coherencia, una madurez lúcida y comprometida.

Compartimos esa tarde, cuando le pedí que me contara su historia, una charla sin urgencias.

Me sorprende con los datos de su infancia en Colonia Dolores, donde nació el 29 de octubre de 1939:

Fui a la escuela primaria del pueblo hasta completar el tercer grado. La mayoría de mis compañeras y compañeros de escuela pertenecían al pueblo originario mocoví. Esta colonia de mocovíes había sido creada en 1872. En 1994, fue declarada comuna, la primera comuna con autoridades pertenecientes a esta etnia. Convivir con una mayoría de compañeros y vecinos mocovíes nos definió a mí y a mis hermanos contra el racismo, por la actitud de mis padres y por simple amistad. Mi padre tenía un almacén y la estafeta postal. Ahí llegaban para Navidad pan dulce y sidra para las familias y en Reyes, juguetes para los niños. Eran tiempos del primer peronismo. Habían construido una escuela con salones amplios, baños bien puestos, juegos, un lujito.

Habla con orgullo de su tránsito por la educación pública. Como si la estuviera defendiendo de un ataque descalificador:

Después, nos mudamos a la ciudad de Santa Fe y completé la primaria

en el año 1951, en la escuela pública. De 1952 a 1956 cursé la secundario en la Escuela Nacional de Comercio. En 1957, ingresé a la Facultad de Ingeniería Química. Como era la sexta de ocho hermanos tuve el privilegio de ser la primera en ingresar a la universidad sin tener que trabajar al mismo tiempo. Por supuesto, gracias a la universidad pública, gratuita, que, además, estaba en la ciudad donde vivía mi familia. Mientras cursaba, fui ayudante de cátedra y terminé en 1962. Ese mismo año me casé con Guillermo Stahringer, con quien habíamos compartido los seis años de estudio. Mi compañero consiguió el primer trabajo en una fábrica en Buenos Aires. Allí nace Germán, nuestro primer hijo. En 1964 le ofrecen trabajo en Tucumán, en un ingenio. Fue una experiencia que nos marcó profundamente. Estuvimos mitad del año 64 y todo el 65.

La situación en los Ingenios tucumanos era muy dura. Había en ese momento veintisiete ingenios en la provincia. En la mayoría, los obreros soportaban atrasos de sueldo. Ocurrían tomas de ingenios por parte de los obreros. También los cañeros eran víctimas de los atrasos de pago. En realidad, toda la provincia dependía de la producción de azúcar y la situación económico social era un caos... Conversamos sobre la muestra de arte que se realizó en esos años en Rosario, "Tucumán Arde", que reflejaba ese conflicto social.

Mientras Guillermo trabajaba en el ingenio, yo accedí por concurso en la Universidad de Tucumán, a un cargo de jefe de trabajos prácticos en la carrera de Ingeniería Química.

La violencia desatada a raíz de la situación económica, las luchas de los distintos agrupamientos sindicales y políticos buscando una solución, la falta de respuesta del gobierno provincial y nacional, para nosotros, haciendo nuestras primeras experiencias profesionales, resultó un caos difícil de abordar. Teníamos 25 años. El resto del país, no tenía conciencia de lo que allí ocurría; en ocasiones que regresábamos a Rosario o Santa Fe, no entendían de lo que hablábamos, de la FOTIA, del MRP o los Uturuncos...

La gota que rebalsó el vaso fue lo que pasó a pocos días de Navidad: los obreros zafrero santiagueños no podían volver a su pago porque el Ingenio no les pagaba el trabajo realizado y en un entredicho entre los delegados del sindicato de obreros permanentes y los zafreros, terminan peleando entre ellos... A las puertas de la Navidad se llegan los obreros transportando el féretro del compañero caído hasta la casa de gobierno. Nadie los atiende...

Toda esa situación, sumada a la pérdida de un segundo hijo, les hizo tomar la decisión de mudarse a Rosario, donde los sorprende el golpe militar de 1966.

El 28 de junio de ese año se produce el golpe de estado, la Revolución Argentina encabezado por Onganía. Uno de los motivos fue la situación de Tucumán. En Rosario, Guillermo trabajaba en una industria química y recibe una propuesta para hacerse cargo de la gerencia técnica de un ingenio en Villa Ocampo. Así fue que fuimos a parar a Villa Ocampo, en el segundo trimestre de 1967. En ese tiempo Villa Ocampo, no tenía acceso de asfalto desde la ruta. Allí Guillermo tomó la responsabilidad de gerenciar el aspecto técnico de la fabricación de azúcar. Me ofrecieron y acepté la responsabilidad del laboratorio de control de calidad en la papelera que producía papel a partir del bagazo, residuo de la fabricación de azúcar.

La crisis de la Industria azucarera afectaba a todas las zonas productoras. El golpe de Onganía tenía el respaldo de la gran industria azucarera, actividad que en ese momento estaba en crisis. Se producía más azúcar de la que se podía consumir en el mercado interno, el precio internacional caía y, ante la presión de las grandes el gobierno de Onganía decide cerrar once ingenios en Tucumán, limitar los cupos de producción a todos y considerar a la zona del norte de Santa Fe poco viable para la producción de azúcar. Esta situación atrajo la gran crisis también al norte santafesino. El gobierno de Santa Fe compra el Ingenio Tacuarendí y lo cierra. La compañía propietaria del Ingenio Arno de Villa Ocampo no puede pagar deudas a obreros y cañeros.

La situación económica y social se agrava. A ello hay que sumar la situación de los ex pueblos forestales Villa Guillermina y La Gallareta, lo cual se vuelve un motivo de unión no solo de los trabajadores sino de toda la población. El Ocampazo, en abril de 1969, marca un hito de resistencia y lucha social que precede otros movimientos similares en el país.

¿Y nosotros? Nuestro rol de técnicos, nos ponía en una situación de representantes de la empresa...Comenzamos a buscar interlocutores en el pueblo primero y luego en la zona para analizar y buscar con otros. Comenzamos a sumarnos a convocatorias que se realizaban en Reconquista como para abrir la mirada...

En el año 1970, renuncié a mi trabajo en la papelera, motivada entre otras cosas por el despido de dos trabajadores sin causa justificada, a dos días de fin de año.

Me piden de la escuela secundaria, a cargo de las hermanas de la congregación Virgen Niña, que asuma las cátedras de Matemática, Física y Química en 4to y 5to año. Acepto. En esta experiencia como profesora en la escuela secundaria, notaba que las alumnas provenientes del medio rural aparecían como pasivas o indolentes, frente a las “puebleras”. Pero cuando, en mi modo de comenzar la clase, hacía preguntas sobre hechos o situaciones cotidianas, cuyas respuestas podían dar lugar a despertar interés por el tema, (la etapa de la “motivación”, que no debería faltar), las alumnas provenientes del medio rural, se interesaban y arriesgaban respuestas...y entrábamos en tema...Se hacía muy evidente que la relación con el medio en que vivían las hacía más observadoras de procesos que se dan en la naturaleza. Me preguntaba si la escuela les estaba dando posibilidades de aprender a partir de su realidad. Observaba también que muchas alumnas de ese medio no aprobaban ¡Biología! La Biología de los libros les resultaba árida con un lenguaje científico que en general parte de leyes generales elaboradas a lo largo de muchos años y no del conocimiento concreto y cotidiano, aprendido de la

observación. Esta experiencia fue muy importante para abordar unos años después la pedagogía de las Escuelas de la Familia Agrícola.

Seguía el gobierno militar, las actividades políticas estaban suspendidas, las demandas sociales insatisfechas aumentaban los conflictos.

Comenzábamos a buscar algunas alternativas de participación, salidas para situaciones muy agobiantes que vivían muchos sectores. Nos invitaron a participar en un Seminario sobre Desarrollo, que se realizó en Reconquista, con charlas que ponían el centro sobre el desarrollo local en manos de la comunidad. Eran convocados por militantes cristianos, sacerdotes y algunas personas pertenecientes a espacios políticos vinculados al desarrollismo, aunque no había para la acción política.

A través de estas reuniones conocimos el Instituto de Cultura Popular (INCUPO) que comenzaba su programa de alfabetización de adultos a través de la radio. Nos comprometimos a buscar personas que estuviesen dispuestas a officiar de animadores y alfabetizadores en la zona de Villa Ocampo. Logramos que comenzara un primer grupo de alfabetización y a sumar personas que siguieran el programa radial de INCUPO.

También nos enteramos de una novedosa propuesta educativa para jóvenes del medio rural, las EFAs.

Las Escuelas de la Familia Agrícola, enfatizan el “de”, aclarando que no son “para” la familia agrícola. O sea que son escuelas donde las familias ocupan un rol central. Desarrollan la enseñanza a partir de la vida de la familia, de la comunidad, de la acción cotidiana, para reflexionar sobre los procesos y los resultados. La tarea es analizar, investigar, sacar conclusiones con otros y poner en acción nuevos aprendizajes. “La vida educa y enseña”.

A partir de los contactos con estas experiencias, fuimos descubriendo un modo de participar y aportar para el desarrollo económico-social-comunitario. Eran épocas de mucha efervescencia política.

Muchos jóvenes se jugaban la vida en la lucha por cambiar la realidad de marginación, y opresión que vivían los trabajadores, los campesinos, los sin tierra... Efervescencia también al interior de la Iglesia Católica.

El Concilio Vaticano II (1963.-65) había traído un viento fuerte que abría las puertas al mundo y reclamaba a los cristianos construir un mundo más justo, más humano. Reclamaba una opción preferencial por los pobres, sobre todo en Latinoamérica, en la conferencia episcopal de Medellín. Surge entonces el movimiento de sacerdotes del tercer mundo.

A principios de 1972, fuimos convocados a sumarnos a estos dos nuevos proyectos. Y aceptamos. A Guillermo lo convocaron a sumarse a INCUPO y a mí me propusieron participar en la formación de los monitores (profesores) para las EFAs. Viví esta etapa de mi trabajo, como una oportunidad única de formación y crecimiento personal y podría escribir un libro completo con lo que aprendí y compartí. Trabajé en la experiencia EFA hasta el año 1978 inclusive.

En el año 1979 asumí la tarea de “promoción humana”, que me propuso el obispo Iriarte. Una fundación de ayuda alemana (Misereor) le había aprobado un proyecto de promoción de la comunidad en la cuña boscosa (parroquias de Intiyaco y Fortín Olmos) y necesitaba quien pudiera acompañarla. Lo aprendido como metodología de trabajo, de partir de la escucha de los propios actores, de sus sueños, desafíos, necesidades, provocar la reflexión y buscar junto salidas o soluciones a sus propios problemas, fue el bagaje que me dio confianza para asumir este nuevo desafío.

Eran años de la dictadura cívico-militar. Se trabajaba con cautela en las reuniones con los vecinos. Las intervenciones se asociaban siempre a las fiestas religiosas que son motivo de encuentro en los pueblos. Se promovían costureros comunitarios, botiquín comunitario, grupos de hacheros para conseguir monte donde hacer leña y su venta, grupos

para hacer carbón y su venta. A medida que se mecanizaba la cosecha de algodón y luego la de caña de azúcar, el trabajo para los cosecheros comenzaba a escasear cada vez más...

Nuestras propuestas de la pesca o hacer techitos de paja, o cría de aves, o hacer huerta para vender su producción, no se las consideraba trabajo, sino solo rebusques. La gente considera trabajo, aquello que no le implica a ellos conseguir el dinero, sino aquello por lo que reciben remuneración. Eso es seguro...Lo otro, tienen que salir a “rebuscarlo” cada vez que tienen algo para vender.

Mucho hubo que luchar, acordar, el qué, cómo, quién, dónde, gestionar un lote de tierra para radicarse. Mucho tiempo, muchas dudas, desconfianzas mutuas, hubo que superar para organizarse y gestionar con municipios y comunas.

En 1993, surge el Programa Social Agropecuario, de la Secretaría de Agricultura dependiente del Ministerio de Economía de la Nación para apoyar el desarrollo de pequeños productores rurales. La coordinación del programa, en la Provincia de Santa Fe, se radica en Reconquista.

Asumí la coordinación con recelo, dado que el ministro había expresado en alguna ocasión que había Provincias inviables y productores inviables. Se trató de un programa de crédito para minifundistas o pequeños productores, los “pobres” del campo, los que nunca recibieron apoyo alguno del gobierno. Un programa focalizado, con todo lo que conlleva de discusión. Acertado resultó, porque cuando es “paratodos”, acceden primero los más informados y formados. Y los fondos son siempre limitados. Se trataba de un crédito de \$1200 (o 1200 dólares en ese momento), al que accedían los productores conformando un grupo de no menos de seis productores que elaboraban un proyecto con la asistencia de un técnico asignado por el programa. Los plazos de devolución eran acorde con la producción que se encarara. Si para siembra, se devolvía a cosecha. Si para cría de vacunos, hasta cinco años, con un año de gracia.

El compromiso de pago por parte de los productores resultaba exitoso cuando se lo trabajaba bien. Las devoluciones en cada provincia, quedaba en la misma provincia para volver a dar crédito. En muchas provincias los porcentajes de devolución superaron la media de otras iniciativas similares. Resumiendo, lo más importante de mi experiencia, fue que es posible manejar los fondos con total transparencia y ecuanimidad y con participación tanto de los destinatarios, como de los técnicos que trabajábamos en él.

Agotamos el agua del termo para los mates y el tiempo que disponíamos. Toda una vida de trabajo social comprometido se había hecho presente durante nuestra charla.

Me jubilé en octubre de 2005. Desde entonces, participo en experiencias con grupos de trabajo que tengan como objetivo la promoción humana y la defensa de los derechos humanos, sobre todo de los más pobres y desprotegidos. Ahora son mis nietas las que me acompañan en las reuniones o en las marchas. Disfruto de la vida y confío en que entre todos podamos construir un mundo más justo y solidario.

Marta Fernández de Stahringer es reconocida por su trabajo en el norte santafesino.

El registro escrito de nuestro encuentro es mi manera de darle las gracias.

Marta es una gran mujer

Maximiliano Ariel Depetris

Ramona

Marta es una gran mujer que nació en nuestro pueblo y creció en uno de los bares más tradicionales de aquellos tiempos, un emprendimiento familiar, atendido por sus padres. En ese lugar, entre juguetes y sueños de niña, conoció infinidad de historias, costumbres y personajes característicos, protagonistas de gran parte de las grandes anécdotas que moldearon el ser ramonense. Ese mismo sitio fue el que le inculcó el amor por la gastronomía, su gran pasión, en la que se destaca como pocas con sabores inigualables. Resulta casi imposible encontrar un ramonense que no haya probado alguno de sus manjares inigualables.

Marta es una gran mujer que, siendo joven, asumió la crianza de su hijo Maxi, acompañándolo en cada uno de sus pasos, cortitos de bebé, más largos cuando fue adolescente. En ese camino, no esquivó ningún desafío que la vida de ambos le iba planteando. Fue parte del Club de Madres de la Escuela Primaria e integrante de la Subcomisión de Fútbol Infantil, escoltando a “Pato” en su educación y práctica deportiva. Del mismo modo, con mucho esfuerzo, “bancó los trapos” en la etapa secundaria en la Escuela de Oficios de la ciudad de San Francisco.

Marta es gran una mujer que, mientras esa vida transcurría y sin saberlo, se hacía una referencia de la disputa femenina en el ámbito laboral, siendo, durante muchos años, la única mujer del sector de producción de la principal empresa láctea de nuestra localidad. Fueron 23 años de jornadas nocturnas, que puntualmente iniciaban a las

2:15 hs. de la madrugada. Marta, montada en su bicicleta recorría los 3 kms. que la separaban de su lugar trabajo sin importar las condiciones climáticas.

Marta es una gran mujer, que en la senda que la vida le trazaba, cuidó de su mamá Rosa hasta los últimos días de su existencia. Hija ejemplar, madre comprometida y presente, y abuela compinche y cómplice. Su bar fue testigo fiel de incontables comilonas de amigos. Hoy, su hijo y nietos, siguen utilizando como sede de sus asados con amigos el patio de su casa/bar.

Marta es una gran mujer que merecidamente jubilada, lejos de relajar, asumió un rol fundamental en la trayectoria de diferentes instituciones. Actualmente, es Presidenta de la Comisión Directiva de la Asociación Civil Renacimiento y pieza clave de Turismo Rural Ramona, en el que, caracterizada como bolichera oficia de dueña de la “Fonda Doña Ramona”, sala del Museo Histórico Comunal que recrea ese típico sitio y recibe, cada año, cantidad de visitantes en un espacio lleno de aromas, sabores, y costumbres de antaño.

Marta, una mujer que calza tacos altos y viste de overol.

Marta, una mujer simple con una vida compleja.

Por todo eso, Marta es la **gran mujer ramonense**.

María y el grito de Alcorta

Ana María Balestreri

Chovet

Hay una historia contada que enmascara realidades omitiendo el rol de actores claves como lo son las mujeres y los oprimidos. Y otra, la que hoy reivindicamos, que ha insistido en trabajar rescatando el lugar que ocuparon las mujeres en diferentes órdenes a través del tiempo. La que saca a relucir acciones y emociones guardadas pero que pudieron manifestarse sin ser reprimidas.

María Robotti o María Bulzani como también se la llamaba por ser la esposa de don Francisco Bulzani, con la tenacidad como arraigado hábito y la decisión firme que lleva al desafío, aquel 25 de junio 1912, tiró el delantal sobre la mesa ya cansada de esa miseria a la que estaban empujados a vivir los chacareros por la presión de los terratenientes hacia la producción de sus tierras y dijo: “no sé ustedes, pero yo ya mismo empiezo con la huelga de los chacareros”, ¡viva la huelga! No imaginó siquiera el lugar que le daría al género al que pertenecía, con ese accionar que emprendió junto a otras mujeres para el sostén de las demandas en la subsistencia de las familias agrarias.

Y todo tenía su justificada explicación. Al romántico y dulcificado relato que prometía a los que bajaban de los barcos en los primeros tiempos de la inmigración que les iría muy bien en estas tierras, lo borró la cruda y fría realidad de un existir duro e implacable. La tierra virgen y fértil se ofrecía para dar sus frutos, aunque sin el chacarero el milagro no se lograría. Pero el darlo todo no fue suficiente. Tuvieron que sufrir en carne propia los efectos de la exclusión e irracionalidad de grandes terratenientes para los que trabajaban la tierra como

arrendatarios o aparceros enfrentándose con condiciones de trabajo precarias y contratos que en nada los favorecían. Todo fue entonces obra de la causalidad.

La pobreza y la miseria se esbozaron en los rostros y cuerpo agobiados de hombres y mujeres que, cansados de tanta afrenta, decidieron rebelarse. Y junto al hombre, las nobles campesinas prestaron una inmensa, incondicional ayuda. Y ahí estuvo ella: María.

Su sola existencia ya la señala como vencedora porque afrontó los rigores de la vida en el medio rural que la vio luchar sin descanso a la par de su marido. Le tocó el rol de ser la esposa de un militante en el reclamo agrario. “Aguantaba todo” dijo su hija Magdalena. En ese recuerdo de fortaleza estoica, cabe el relato de detalles que la pintan como tal. Un parto por la mañana, el del nacimiento de su hijo Pedro y una intrépida, osada escalada a la parva de pastos por la tarde para alimentar a los caballos. No había nadie que la ayudara porque don Francisco andaba en “eso de la política”.

Comprendió el sentido de la lucha, porque estaba enraizada en su vida diaria. Sin el gozo de momentos distendidos. Desde la madrugada hasta altas horas de la noche. La atención en los quehaceres de la humilde casa, de los niños. Tareas de peón, reemplazo del marido cuando éste estaba ausente. Y un tanto a la deriva cuando estaba enferma. No podía doblegarse porque no podía cuidarse. Su tiempo valía oro. La sobrepasaba. Tal vez sin un vértigo solitario para encontrarse a sí misma. Mientras un mundo desasido, sin rostro, la contemplaba. Cuando todo parecía darle la espalda y se presentaba como irremediable y grotesca la pobreza, se acrecentaban sus fuerzas para vencerla.

En esa plenitud silenciosa pero activa se gestó el Grito de los campesinos. Y María con la increíble capacidad de lucha y apoyo solidario que la caracterizó, fue el empuje movilizador para las demás mujeres, quienes la apoyaban comulgando con su trabajo e ideas. Las empoderó, sin saberlo. María no vacilo y dio impulso a la acción. No fue

tarea fácil concientizar y alentar, bregando para la continuación de ese Grito. Pero unió todas sus fuerzas, arengó, contagió, se sumergió en una tarea específica pero valiosa. No solo dio apoyo moral sino económico a través de recursos materiales, necesarios para llevar adelante el plan propuesto. Con su chata de cuatro ruedas tirada a caballo, proveía de harina, pan y fideos a los agricultores para que no trabajasen de noche y permanecieran en la movilización. También repartía las mercancías para que el resto de la gente pudiera comer. Sus ahorros se fueron diezmando. Y la miseria continuó. Y lo que dio se transformó en olvido momentáneo.

La memoria, que siempre sueña con renacer y al fin lo logra, fluyó en el tiempo y en su latido volvió a desnudar su nombre. María, como tantas otras mujeres, permanece y perdura en la evocación colectiva honrando la vida como demostración de generosidad, empatía y dignidad humana. En todas ellas se cumplen de manera admirable esas condiciones porque fueron partícipes de una valiosa y asombrosa realidad que traspasa la frontera de la diversidad.

Una voz, mil voces

Vanesa Tejeda Costa

Firmat

Virginia Bolten aún extrañaba el aire puntano de su provincia natal, cuando caminaba por las calles del barrio Refinería, todas las mañanas, camino a su trabajo. La añoranza de su terruño hacía más complicada la adaptación a la nueva ciudad.

El trabajo en la Refinería Azucarera Argentina colmaba sus días de un sabor agridulce. La entrada de dinero que le otorgaba aquel trabajo sostenía a duras penas, la precaria economía familiar. Pero lo que más atormentaba a Virginia eran las condiciones de trabajo a las que estaban sometidos los operarios, sobre todo las mujeres. La explotación y la falta de derechos eran moneda corriente y ella sentía que no podía quedarse callada ante tanto avasallamiento. La firmeza de sus convicciones la sostenían en pie cuando la jornada se hacía eterna, cuando la voz del capataz tronaba en el espacio de la refinería, cuando sentía que se venía abajo como un castillo de naipes soplado por la más leve de las brisas. El germen anarquista latía en su interior, con latidos cada vez más fuertes y sonoros. Era imposible desoír aquel latido cargado de amor universal, solidaridad y libertad.

Aquella mañana, igual a tantas otras, y sin embargo tan distinta, amaneció entre nieblas. Los pequeños cristales de hielo suspendidos en el aire bailoteaban al son de una canción imaginaria y conferían a la ciudad un aspecto fantasmal. Entre el gris del paisaje, la figura de Virginia se abría paso por las veredas al ritmo acelerado de su andar. En su cabeza se agolpaban las palabras, se armaban y se desarmaban oraciones, la voz tomaba cuerpo, se palpaba en el discurso que iba

formándose con el compás de la marcha segura hacia el lugar de destino.

Esa jornada decidió esperar a sus compañeros y abordarlos antes que entrasen a la Refinería. Los panfletos que llevaba encima promulgaban la organización de los trabajadores, hacerse escuchar mediante huelgas y marchas. Hacerle frente a la miseria, a el dolor y a la impotencia eran cuestiones que no podían hacerse esperar.

Los corazones se empezaron a agitar, las voces fueron subiendo de tono al calor del discurso que acompañaba a los papeles que circulaban de mano en mano. Había esperanzas renovadas, había una mujer que trinaba como un pájaro libre y esparcía su canto entre los que la quisieran oír. Por más que el alboroto llamase la atención de la policía, como tantas otras veces, la represión y la intimidación no callarían a aquella voz que era una y mil voces al mismo tiempo.

Heroínas Colectivas

Las panaderas de la Colonia

Liliana Beatriz Álvarez

Chovet

“Con pan y vino se anda el camino”, dice un refrán popular. El pan y el vino constituían una peculiaridad santafesina en los albores de la ciudad. Formaban parte de la dieta y, por lo tanto, eran indispensables en la mesa familiar. La fabricación y la venta de pan estaban autorizadas y reguladas por el Cabildo, que era el órgano gubernamental instituido por la monarquía española en tierras americanas.

Al igual que el vino producido en la ciudad y el importado, que se traía cuando se acababa el elaborado por manos locales. Ambos productos, por decisión del Cabildo, se podían fabricar en los hogares. El pan, tan necesario para lo básico como la alimentación; y el vino, para alegrar el espíritu.

Desde el primer sitio fundacional hasta la Santa Fe de la Vera Cruz en los últimos años coloniales fueron las mujeres quienes tuvieron el monopolio de la producción de pan, aunque por esos tiempos no era considerado un oficio ni un trabajo. Apenas una corta ocupación.

El pan de cada día fue elaborado en las casas por las manos de las mujeres de los sectores más humildes, mientras desempeñaban los quehaceres diarios y atendían a los niños. De ellas se perdieron sus apodos, sus nombres, sus rostros, sus apellidos y, si los tuvieron, muchas fueron “la hija de”, “la esposa de” o “las mujeres”.

Durante el período colonial, las decisiones sobre todo lo que le

interesaba a la comunidad se tomaban en el ámbito del Cabildo. Los temas que allí se trataban eran considerados asuntos “del común”. Cuando se defendían los intereses de la ciudad por encima de otros se decía buscar el bien de toda la “república”, ya que ese término hacía alusión a “la cosa pública”.

De este dispositivo salían las medidas importantes que afectaban no solo a los locales, sino incluso la vida de quienes solamente estaban de paso.

Entre las tareas del Cabildo, la de fijar precios, aranceles o equivalencias entre valores no era la menor. Las tasaciones establecían los aranceles máximos que el Cabildo autorizaba a cobrar a los artesanos y oficiales por su trabajo. Además otorgaba las licencias y los permisos relacionados con las actividades de los vecinos.

Las panaderas de Santa Fe no fueron mujeres titulares de una licencia de panadería -como sí lo fueron otras mujeres que tuvieron, por ejemplo, licencia de pulpería-, aunque las autorizadas consiguieron muchas veces la requerida papeleta por herencia de sus maridos difuntos. Indicadas para esa corta ocupación, se las mantenía en la condición jurídica de “persona miserable”, sujetas a la protección de las autoridades, y exentas de las cargas y gravámenes a su producción.

El trigo era un cereal que escaseaba frecuentemente. Las buenas o malas cosechas marcaban el costo del trigo y del pan. El precio del pan variaba con la disponibilidad o la indisponibilidad del producto, que era imprescindible para la alimentación y el consumo cotidiano.

Los ánimos se removían con especial ardor cuando se tocaban los precios del pan, de la carne, del vino. Este tema tan añejo y tan afectivamente ligado a las necesidades diarias era un punto sensible de la economía en la ciudad vieja.

La producción de pan estaba asociada al costo y a la ganancia. Aunque todas las instancias de abaratamiento del producto estaban habilitadas si quienes lo elaboraban eran mujeres. Los varones no producían en esas condiciones y se dedicaban a otras actividades más rentables.

En los albores de 1772 llegaron al Cabildo de Santa Fe varias solicitudes para abrir nuevas panaderías. La sequía de la temporada había dificultado la producción agraria y la disminución en la provisión de alimentos en la economía local. Las cosechas ese año fueron flacas. “No hay trigo para proveer a los pobres”, se escuchó. Los rezos fueron insuficientes. Los vaivenes de las cosechas alteraron el sensible termómetro de los precios calibrados por el Cabildo.

Hubo personas que intentaron nuevas empresas para garantizarse el sustento y otras defendieron el trabajo que tenían desde hacía tiempo. Así aparecieron en escena unos panaderos franceses recién llegados a Buenos Aires con la promesa de fabricar para la ciudad santafesina un pan de buena calidad, buen tamaño y buen peso. Para ello necesitaban obtener la licencia que otorgaba el Cabildo.

Parecía un trámite normal a gestionar, pero terminó siendo un problema judicial que requirió la consulta en las Leyes de Indias y hasta al mismísimo gobernador Juan José de Vértiz.

El rumor y los avisos que daba el Cabildo voceados en la plaza pública por el pregonero mantenían a la población informada. Había que estar atentos a lo que se decía en la plaza, estar comunicados. La voz se corría y el rumor se llevaba y se traía, y las informaciones se transformaban en más de una ocasión en sabrosos chismes.

La escena que aconteció en la incipiente ciudad de Santa Fe fue disruptiva por el lado del que se la mire. En un contexto colonial la llegada intempestiva de los varones franceses ya conformaba una escena dantesca, pero más perturbadora fue la irrupción de las

panaderas, que no protestaron por el aumento del precio del pan sino que manifestaron la preocupación puntal frente a la posibilidad de que se los autorizara a los extranjeros a instalar panaderías.

Como un grupo homogéneo se opusieron a la llegada de los panificadores franceses porque percibían que con sus delicados y variados panes se transformarían en un escollo para el trabajo que ellas realizaban en la diaria. No les quedaba otra que manifestarse ante la posible instalación sin orden y sin medida de panaderías por toda la colonia. Era una lucha sin cuartel contra el extranjero que venía -en resumen- a ocupar lugares, pero sin medida también arremetían contra el patriarcado santafesino instaurado en el Cabildo. La piedra en el río estaba tirada. Ahora tenían que esperar el rebotar de las aguas.

Decididas pidieron el amparo de los cabildantes. Para ello elaboraron El Memorial de las Mujeres. Un petitorio que presentaron en el Cabildo, en el que solicitaban a los capitulares la expulsión de los panaderos franceses. Así sin más vueltas.

Las voces pronto se hicieron oír. Algunas en apoyo de las “desvalidas” mujeres santafesinas y otras que deseaban concederles la licencia para trabajar a los hombres franceses, justamente porque tenían a su favor “el ser reconocidos en su oficio” y ser expertos en ese arte frente a la supuesta mala calidad del pan y el perjuicio que esto en teoría causaba en la salud pública. Está de más decir que nadie se había enfermado, a nadie le había sentado mal, ni se había oído decir que alguien se hubiera muerto por comer pan.

Las panaderas de Santa Fe, mujeres aparentemente intrascendentes e invisibles, desafiaron los reglamentos hechos por los hombres para defender su fuente de trabajo. Si los panaderos franceses conseguían la licencia, abrirían locales al público, la competencia sería feroz a través de la rebaja de los precios y se les achicaría el único ingreso con el que contaban para sostener a los hijos, a la

familia. Sabían que la disputa no sería de igual a igual. Había dos cosas que las desfavorecían: los panaderos franceses tenían fama de ser muy calificados en el oficio y eran varones.

Rápidamente advirtieron que la situación de precariedad en la ocupación en la que se desenvolvían iba a incidir directamente en la economía familiar, atravesándola en todos sus aspectos y, como mujeres que eran, tenían las de perder. Este primer arrojó de organizarse sirvió para demostrar quiénes eran.

El calor era agobiante, la humedad lo trastornaba todo y el aire gomoso parecía palpable. Tan palpable como lo que se estaba gestando. Febrero se puso movido. Las panaderas, que en su fuero más íntimo se sentían “pobres” de recursos y de derechos, rompieron la calma del ardoroso mes. Hasta lograron que se ocasionara un enfrentamiento en el ámbito del Cabildo. “Divide y reinarás”, nunca tan certero y tan necesario el refrán.

A los franceses los protegió el Alférez real José de Vera Mujica invocando las Leyes Recopiladas para Indias sobre la expulsión de extranjeros. Decía que el oficio de panadero era “útil”, por lo tanto protegía a los varones franceses y el mismo oficio los convertía en “personas útiles”. Poniendo por delante que una de las funciones del Cabildo era buscar el bien de toda la república y el interés de todos sus habitantes, alegaba que a partir de ese momento se les debía dar a los visitantes libertad para comerciar.

El Regidor decano y el Fiel ejecutor se opusieron a esa argumentación, apoyaron el pedido de las mujeres y tuvieron en cuenta que era una tradición en la sociedad colonial el rol que ocupaban las panaderas, ya que eran conocidas y aceptadas debido a la noble tarea que realizaban diariamente. El Regidor decano propuso la expulsión de los panaderos y que se anoticiara de forma inmediata al Gobernador Vértiz sobre lo que ocurría. El Fiel ejecutor, en cambio, consideraba que estaba bien negarles la licencia a los extranjeros,

pero objetaba su expulsión porque -como hombre de derecho- consideraba que las leyes los protegían.

Entre tantos “dimes y diretes”, el Gobernador quedó a cargo de la resolución del conflicto. “A río revuelto, ganancia de pescadores”, dice el adagio. El mandamás obró en favor de las panaderas.

El paso del tiempo dejó a la vista que siguieron siendo estas mujeres las personas relacionadas con la producción y la venta de pan por varios años.

Para esa época era inviable hablar de gremialismo, pero la lucha de estas trabajadoras fue una forma incipiente de organización social que buscó promover y proteger los derechos y el bienestar de un grupo de personas para mejorar la calidad de su trabajo y la competitividad de su sector.

“El clamor de las mujeres” representó un grito que llevaron adelante las panaderas santafesinas, que implicó la exigencia de igualdad de derechos, la lucha contra cualquier forma de violencia y la visibilización de la mujer. Una expresión de la voz colectiva de mujeres.

Circulaba por las calles de la ciudad colonial que los cabildantes les habían dejado el monopolio del pan y que habían salido en defensa de ellas porque eran conscientes de que se beneficiaban como consumidores, porque se preservaban como varones cabeza de familia y porque así evitaban que las panaderas ingresaran en la vida política de la comunidad. Una habladuría.

“Sea como fuera, el hecho sucedió”. Esas mujeres anónimas pero con mucho temperamento y coraje para romper moldes fueron parte de la historia de la Provincia, hacedoras del día a día. Al notar que iban a perder sus fuentes de trabajo solo había una salida y una utopía que terminó por ser una realidad.

Sin saberlo, las panaderas coloniales santafesinas estaban aceitando los mecanismos para lo que se vendría en décadas. “Nada ni nadie puede detener la fuerza incontenible de la historia”.

Quizás para algunos no fue una epopeya, no hubo ninguna heroína entre quienes tuvieron la honesta tarea de amasar y cocer el pan que alimentaba a toda una población. Lo que no está en discusión es que las panaderas coloniales se convirtieron, aunque sea en forma fugaz, en protagonistas de un tiempo y un espacio.

“Había que barajar, dar de nuevo y asumirse como agente de los nuevos tiempos o perecer en el intento”.

Narrar nuestras memorias es transformar

María Marta Muro

Rosario

icen que el tiempo avanza recto y obediente, pero hay vidas que se vieron obligadas a caminar de lado, torciendo relojes y desordenando almanaques a cada paso. En la provincia de Santa Fe, en pensiones donde se pagaba el doble por el derecho a existir, un puñado de travestis tejió su propia línea temporal. Era un tiempo breve y oximorónico, cargado de ausencias y deseos. Allí, cada cumpleaños era más que una celebración: una fuga, una grieta, un instante robado a la cronología oficial.

Las fiestas no se improvisaban, se planificaban minuciosamente. El vestuario, los peinados, la música de fondo, todo estaba programado con anticipación. El ritual comenzaba días antes, entre mates compartidos y agujas que cosían lentejuelas a fuerza de ilusiones. Cada año sobrevivido era una victoria y debía celebrarse por todo lo alto. El punctum de la fiesta era la torta, pero no cualquier torta, una gigante, de tres pisos, similar a las de las bodas; una torta reluciente que daba vida a la única fotografía que se tomaba en esa noche. Se trataba de un postre de utilería. Era la figura sagrada de la foto como una virgen en el altar. La precariedad travesti solo permitía una torta pequeña y poco vistosa que nadie se esforzaba por hacer pasar a la historia.

En una de esas imágenes, rescatada años después por el Archivo de la Memoria Travesti-Trans de la provincia de Santa Fe, institución que se empeña en recordar lo que tantos quisieron silenciar, se ve a una

travesti en primer plano llamando al resto para posar. Nadie está quieta. Nadie consigue “estar lista” al momento del disparo. El cuerpo principal se desentiende de la pose, la cumpleañera acomoda la torta, otras charlan o ríen. Es una imagen viva, indisciplinada, sin eje. Cada una está en su fiesta. Y todas juntas, en otra temporalidad. La puerta abierta al fondo y los vestidos cortos son testigos mudos de una noche cálida. El cigarrillo en primer plano delata una época donde fumar adentro era parte de la cotidianidad. La escena rebalsa de un goce clandestino.

Esa fiesta no fue pensada para ser vista desde afuera. Era una escena privada, una noche donde sus cuerpos bañados en purpurina se volvían agentes de un placer sin amo ni patrón. En ese gesto —el de la torta que posa sin poder comerse— latía una estética del lujo precario, de belleza rabiosa hecha con lo que se tiene. Las travestis, como las vírgenes populares de los pueblos, se sacaban del ropero una vez al año para brillar, para ser adoradas por quienes sabían lo que ese brillo costaba.

Durante décadas, esa imagen no tuvo lugar en el álbum nacional. La democracia prometía luz, pero no para todas. Algunas siguieron habitando la sombra, exiliadas en su propio país y en otros, criminalizadas y patologizadas por vivir. No había espacio en la postal familiar para quienes no encajaban. Pero ellas insistieron. Se agruparon, resistieron, celebraron, tejieron, archivaron. Alzaron sus voces en un grito colectivo y al gritar torcieron el mapa de lo visible.

Hoy, el Archivo de la Memoria Travesti-Trans de Santa Fe guarda esos fragmentos como quien protege brasas bajo la ceniza. No son solo fotos: son latidos. Son des/acuerdos estéticos, políticos, amorosos. Cada imagen conserva una historia contada con otra gramática, en otra lengua, en otro tiempo. Como esa torta decorada que reluce sin derretirse, cada archivo contiene preguntas abiertas: ¿quién merece habitar la memoria colectiva?

¿Quién tiene derecho al goce, al deseo, a la fiesta?

Las travestis de los ochenta vivieron a espaldas del tiempo oficial. No fueron adultas ni niñas como mandaba el libreto. Su adultez llegó temprano, su juventud tal vez nunca. Las fiestas privadas de cumpleaños fueron su máquina del tiempo, el loop donde podían existir sin deberse a nadie. Bailaron sin futuro, sin permisos, sin certezas. Y aun así, con cada risa, con cada pose, con cada trazo de delineador en el rostro de una compañera, inventaron otra historia. Y esa historia, por suerte, hoy se cuenta.

Esta es la historia de un grupo de personas dispuestas a reencontrarse con su pasado, sus trayectorias de vida y poder abrazarlas, compartirlas y hacerlas valer en eso que llamamos memoria colectiva. No solo para que la sociedad las conozca sino también para que el espanto no se vuelva a repetir.

Estas son sus historias, relatos en primera persona, de mujeres santafesinas que sin lugar a dudas inspiran, inspiran orgullo, lucha y un grito que no olvida.

MARZIA

Mi nombre es Marzia Echenique, soy de la ciudad de Rosario, Santa Fe. A los 15 años me inscribo en un taller de teatro en el estadio de News Old Boys, el club de la ciudad de Rosario. Mi familia pensaba que me inscribía en las inferiores de fútbol y sin embargo fue en el taller de teatro. Conocí a una de las compañeras que actualmente hace parte del Archivo de la Memoria a través de la provincia de Santa Fe: Carolina. A los 16 años comienza, de cierta forma, mi transición, como todo adolescente, empiezan los cambios en el cuerpo y a mí también surge esta necesidad de mi cambio de identidad. Y es ahí cuando comienzan los problemas en la escuela, en

el secundario donde iba yo, donde llamaron a mis padres, porque habían comenzado todos estos problemas de discriminación, de aislamiento, de exclusión. A los 17 años sufrí mi primera detención por mi identidad de género. Y luego de esa primera detención sucesivamente empiezan todas las detenciones más sistemáticas. ¿Y por qué?

Desde el año 1979 hasta el último día antes de irme de Argentina, exiliada, las persecuciones siempre fueron más arduas. Lógicamente que incluye el periodo de la dictadura y el del post-dictadura. En un momento dado, las compañeras de aquellos años, la única salida que veíamos factible para seguir viviendo era exiliarnos del país. A los 27 años me exilié y me fui a vivir a Europa.

Me fui a vivir tres años a Francia y luego me radiqué en Italia. En Italia comencé a vivir una vida dentro de todo más libre, más democrática, empecé a estudiar algunas cositas y a organizarme y planificarme un futuro que era muy incierto en Argentina.

En el año 2006 volví a la Argentina cuando las cosas ya habían empezado a cambiar, las leyes todavía no habían cambiado, pero todo empezaba a cambiar. Cambiaron en el 2010 con la derogación de los códigos contravencionales pero antes ya igualmente luego de la muerte de una trabajadora sexual empezó a cambiar un poco y ya no eran tan fuertes las persecuciones.

Finalmente fuimos reconocidas como perseguidas políticas por nuestra identidad de género y en ese momento me doy cuenta también de que las únicas que estábamos sobrevividas de aquellos años éramos solo aquellas que nos habíamos exiliado. Luego vino un reconocimiento de esa persecución sistemática y simbólicamente una reparación. En ese momento yo pensé que todo lo que nosotros habíamos pasado, que nuestras compañeras que se habían quedado por una cuestión del destino en Argentina sin poder irse y que ya no

estaban más, había que reivindicar o había que dejarlo acentuado en una memoria, en una memoria que sea constructiva, que sea una herramienta en defensa de los derechos humanos, que justamente fue eso lo que a nosotros nos privaron. Y surgió la idea de crear un Archivo de la Memoria Travesti Trans aquí de la provincia de Santa Fe, que es lo que estamos haciendo ahora.

Luego de la identidad de género, en el 2012, pasamos a convertirnos en sujetas de derecho. Y es ahí donde empieza a cambiar nuestra vida. La disputa entre si somos mujeres biológicas o no somos mujeres biológicas, no pasa por ahí, lo nuestro o lo mío. Lo mío pasaba en convertirme en una persona con derechos o sujetas de derecho. Y ahí comenzaron las luchas.

Esto para demostrar un poquito que mi vida fue truncada después de los 15 años cuando me inscribí en ese taller de teatro y comenzaron los problemas y ahora de adulta pude retomar otra vez lo que fue mi pasión: el teatro. Estoy también en una columna en la radio de la Universidad Nacional de Rosario que me parece fundamental que nuestras voces también ocupen ciertos espacios y poder hacer todo lo que no hice cuando en realidad tenía 16 años.

CAROL

Mi nombre es Carolina Boetti, soy de la ciudad de Rosario, tengo 60 años y soy una mujer trans. Comencé mi transición al inicio de los años 80, en una época infame, donde por esos años existían códigos contravencionales que nos condenaban hasta 120 días de arresto, por nuestra identidad o por ser quienes queríamos ser. Llevé una vida vivida a contra pelo. Fui trabajadora sexual, performance, actriz y activista. En el año 2018 me convertí en la primera mujer trans de la historia en Latinoamérica por recibir de parte del Estado santafesino una reparación histórica por haber sido una presa política. En el año

2020 fui fundadora junto a otras compañeras del Archivo de Memoria Travesti Trans de la provincia de Santa Fe. También escribí mi autobiografía que se titula “Ese es tu nombre”. Creo que mi testimonio de vida puede servir para las nuevas generaciones para que puedan gritar bien alto un “¡nunca más!”.

YANINA

Mi nombre es Yanina Saucedo, me autopercibo como travesti trans. En mi comienzo, yo vengo del año 86, 87 ya, y hermanadas con las compañeras del archivo. Ya nos conocíamos de esa época. Yo era menor y sufrí junto a ellas todas las persecuciones sistemáticas que tuvimos durante décadas el colectivo travesti trans. Y nuestras cuerpas ya son políticas desde este momento, desde todos los momentos. Estoy activando para una cooperativa Juntas Unidas de mujeres trans también activé para la mesa y la milité a la mesa de reparación histórica por la lucha por nuestros derechos siempre que fueron esto especialmente la época de la post dictadura y lo logramos hasta que llegamos a ella y por eso digo que nuestros cuerpos ya son políticas. Ahora orgullosa de que mis compañeras me hayan convocado para formar parte también del archivo travesti trans de la memoria de la provincia de Santa Fe. Ahí estaremos activando, trabajando poniéndole las cuerpas poniéndole lo que tengamos que ponerle.

El archivo tiene mucho que ver en nuestra vida porque es necesario, porque es una herramienta fundamental en todas nuestras organizaciones en todas nuestras vidas porque nuestras vidas son políticas y por ello es que estoy activando y me encanta contar, decir, actuar de manera independiente en el archivo de la memoria travesti trans de Santa Fe. Y el haber militado junto a mis compañeras, la historia, porque hice, quedamos historia, ya hicimos historia con

lograr la reparación histórica post dictadura. Reparar no nos van a reparar nada como dice mi compañera Marzia, la presidenta del archivo. No nos van a reparar nada, pero ese acto simbólico que tiene el Estado para nosotras también. Es una herramienta fundamental para nuestras vidas, para llegar a tener una vida más tranquila, una vida más digna.

CLAUDIA

Mi nombre es Claudia María Naranjo, tengo 49 años, soy una mujer trans. Creo que mi vida destacó momentos duros que he vivido y que hemos vivido la mayoría de las chicas cuando éramos apresadas, perseguidas por el sistema de este estado, que lograba eso, buscarnos y perseguirnos. Y destacar también los momentos bellos que hemos vivido como colectivo junto a compañeras que éramos nuestro único refugio o cuidarnos unas a otras. Esa unión, esa hermandad que siempre existió más allá del salvajismo de la calle, más allá de lo que nos separaba la distancia de lo que significa lo territorial, la noche.

Recuerdo que fui una vez con un grupo de amigas a trabajar por la zona de Godoy yo siempre andaba pegada con una amiga casi hermana Karina Vilches.

Estuvimos en la zona toda la noche trabajando y cuando terminábamos mayormente los fines de semana íbamos a un bar que estaba por calle Pellegrini, cerca de la zona y ahí nos juntábamos a tomar algo y terminábamos la noche para ir a dormir. Y ese día habíamos trabajado y al día siguiente sería la marcha del orgullo, esto fue en el año 1998 y nos miramos y dijimos ¿por qué no vamos a la marcha? y bueno de ahí mismo de trabajar sin dormir sin nada nos dimos viaje hasta Buenos Aires y fuimos a la marcha del orgullo. Y nos gustó tanto estar allá que yo, quedé durante casi cinco meses en la

zona de Palermo. Y fue hermosa experiencia. Conocí muchas chicas, fue hermosa experiencia.

Una mala experiencia que tuve en Buenos Aires, aparte la inconsciencia de la juventud. Yo tenía 22 años y Karina tenía creo 15 o 16 era muy jovencita las chicas en Buenos Aires se pasaban los datos de lo que pasaba, cómo se trabajaba y las chicas me dijeron “no vayas a los bosques” con los clientes. Y yo nunca fui una chica miedosa, pero porque no reaccionaba en el mundo en el que vivía de la noche. Entonces a veces subestimaba la noche ¿Y qué fue lo primero que hice? Fui a los bosques con un cliente. Lo que pasa es que me pareció un chico muy joven muy lindo, el prejuicio de que con ciertas características quizás no me robe. Y fui a los bosques y resultó que, en la parte de atrás, había otro chico que me agarra del cuello y entre los dos, mientras el chico adelante me sacaba la cartera y el saco, el otro chico me sostenía. Hasta que el chico que conducía abre la puerta mía, estira el brazo mientras yo estaba sostenida por el otro chico, y arrancan el auto y me empujan y caigo rodando en los bosques sin mi cartera y sin mi sin mi saco, un saco divino largo que me habían prestado encima. Quedé muy triste y como asustada en lugar que no conocía y no sabía cómo hacer para volverme sin plata, sin documentación, sin nada. Así que empecé a caminar por una avenida inmensa que había cerca de ahí, y justo venía un auto, le hice dedo y me paró, era un taxi. Porque en esa época también los taxistas siempre eran como cómplices de nosotras, y nos llevaban a todos lados, así eran re buena onda con las chicas de la noche. Le dije, mira me robaron recién así que me llevo de nuevo a donde yo estaba trabajando porque tenía que trabajar porque me habían robado todo y había quedado sin plata.

Tuve que volver a quedarme unas dos o tres horas más hasta que amaneció para poder recuperar algo de lo que me habían robado.

Es tan importante pertenecer al archivo porque yo creo que la memoria y el contar nuestras historias y el buscar nuestra identidad y el construir una memoria colectiva nos va nos va a seguir perpetuando en el tiempo y no va a hacer que se olviden de lo que vivimos y construir algo que la sociedad se encargó de borrar, que es nuestra memoria.

ALEX

Mi nombre es Alex, elegí ese nombre seis años atrás, cuando al fin me animé a reconocermelo como una persona trans-masc NB (esto quiere decir que me identifico como transmasculino no binario, es decir que no soy un hombre trans, ni quiero serlo).

Tengo 31 años, nací en un pueblo en el interior del interior de la provincia de Santa Fe, del cual me exilié a los 18 para no volver. Tuve la posibilidad de estudiar Psicología en la Universidad Nacional de Rosario y hoy me dedico a trabajar en el ámbito clínico con la comunidad LGBTIQA+ y también practico la docencia universitaria.

En marzo del año 2023, mientras comenzaba a colaborar voluntariamente en el Archivo de la Memoria Travesti-Trans de la Provincia de Santa Fe, me notificaron desde mi obra social que había sido aprobada la toracoplastia masculinizante. Sin dudas, esos dos eventos ocurridos en paralelo se fusionaron para fortalecerme y permitirme enfrentar mi nueva realidad desde un lugar de plena consciencia y con mayor perspectiva política. Junto a “las chicas” del Archivo (así las llamo yo a las maravillosas travestis históricas que lo fundaron) conocí una parte de la historia de mi comunidad que nunca nadie me había contado, ni había visto en ninguna película o libro. Las chicas me tomaron de la mano y me llevaron a explorar un pasado tenebroso de calabozos y violencias, pero también me enseñaron que tejer redes afectivas y trabajar comunitariamente con un

objetivo común - quizás el de sobrevivir para contarlo- resultó en una potencia escandalosa que les permitió sobreponerse a la hostilidad del sistema y de la sociedad. Luchar por el derecho a existir, algo que parece básico para la mayoría, pero no para una comunidad tan bastardeada como la travesti trans, resulta un acto de autovalidación y amor propio sin igual, que inspira y cobija a quienes no tuvimos la oportunidad de replegarnos en el regazo familiar para descansar de la violencia. Gracias a la existencia del Archivo, al resguardo y la construcción de una memoria colectiva dolorosa, pero también amorosa, hoy somos muchxs más lxs que estamos vivxs y de pie, sabiendo que nuestras vidas valen, que tenemos una voz que puede ser escuchada y mucho más que un hombro donde caer cuando la tormenta se avecina.

ORNELLA

Mi nombre es Ornella Avedikian, tengo 38 años y hace 18 años vivo en Rosario. Me autopercibo como ARTivista, una mezcla de artista y activista. Soy fotógrafa, y hace más de 12 años que utilizo la cámara como una herramienta para contar las historias que muchas veces quedan fuera de las narrativas oficiales. Soy egresada en la carrera de fotografía en el ISET 18.

Desde mis inicios, fui parte de colectivos como Línea F y La Hoguera, y desarrollé proyectos documentales sobre identidades disidentes, como “Las otras identidades”, sobre la escena drag en Rosario. También hago fotoperiodismo feminista y LGTB, y trabajo en prensa institucional. Pero lo que más me transformó fue llegar al Archivo de la Memoria Travesti Trans de Santa Fe.

Mi vínculo con el colectivo LGBTIQ+ empezó mucho antes de que pudiera ponerle palabras. Cuando era chica, en mi pueblo, conocí a una chica trans. Le decían el 'puto volpini', con ese tono despectivo

de los pueblos chicos. Pero yo no lo viví así. Para mí fue todo lo contrario. La vi y me pareció hermosa. Me despertó algo que no entendía, pero que me emocionaba. Sentí que quería ser su amiga, compartir mi vida con ella. Y así fue: hoy somos amigas, cada vez que vuelvo al pueblo la voy a ver.

Esa experiencia me marcó. Me abrió una sensibilidad que se fue profundizando con los años. Cuando llegué a Rosario a estudiar, conocí a las maricas, mis amigas hasta el día de hoy. Me llevaron a los boliches gay y fue como ver colores nuevos en mi vida. Todo eso me conmovió, me transformó y me comprometió.

Después, desde la fotografía, empecé a registrar las marchas, los cuerpos en lucha, las historias que la sociedad muchas veces quiere borrar. Y ahí fue que llegué al Archivo de la Memoria Trans. No fue casualidad. Karla Ojeda me busco y me ofreció ser parte y ni lo dude hace 5 años que estoy.

Seguramente me lo propusieron por mi trabajo, pero también por todo lo que saben de mí, por lo que yo hago, por el compromiso que tengo con ellas y con su historia. Para mí fue un gesto enorme de confianza y amor. Y estar hoy en el Archivo es una forma de devolver, de cuidar, de visibilizar, de hacer justicia con las imágenes.

Me acercó a una genealogía de vidas que resistieron el olvido, la violencia y la exclusión, y que hoy nos dan fuerza para seguir creando memoria desde el presente.

Mi historia está atravesada por búsquedas, silencios, momentos difíciles, pero también por encuentros. Uno de esos momentos fue cuando entendí que narrar nuestras memorias no es solo sanar: es también transformar. El archivo me dio palabras, herramientas, y un espacio donde mi voz es escuchada y cuidada.

Participar en la construcción colectiva del archivo me hizo ver que no estamos solas, que nuestras historias importan, y que tenemos derecho a dejar huella. Y eso, para mí, ya es un acto de inspiración.

Estos testimonios de muchas de las integrantes de esta asociación inspiraron a relatar este texto porque justamente son sin lugar a dudas, mujeres santafesinas que inspiran. Que inspiran con su lucha y con su incansable defensa de la identidad.

El Archivo de la memoria travesti trans de Santa Fe nació en el año 2020 con el afán de reconstruir un patrimonio que ayude, posibilite, implore no olvidar. Fotos, quizás una única testigo de una noche de cumpleaños, vestidos, collares, cartas, periódicos, todo lo que traiga un recuerdo de los años compartidos con las que están y con las que ya no.

La voluntad de hacer un archivo provincial reside no solo en los lazos que vinculan a sus integrantes, sino en la especificidad de la provincia, cuyas políticas públicas permitieron que muchas compañeras obtengan la reparación histórica como víctimas de la violencia estatal por la dictadura y postdictadura, un símbolo de reconocimiento, entre tanto dolor e injusticia.

La madre de todo

Pamela Montserrat Swind

Santa Fe

Falta poco para la primavera y el litoral está ardiendo. Hace rato hay sequía pero los incendios que nos devoran no son accidentales, al menos así lo confirma el grupo que trabaja por la recuperación del Paraná.

Me sueno por vigesimotercera vez la nariz en lo que va de la mañana mientras manejo de vuelta a Santa Fe después de pasar unos días en Victoria, uno de los puntos en los que hubo concentración y acampe para exigir la sanción de la postergada Ley de Humedales. La ruta huele a asfalto mojado porque por suerte ayer llovió lo suficiente para apagar los incendios. Voy a la velocidad mínima permitida y aun así veo animales muertos a la orilla de la ruta, atropellados seguramente en la huida frenética de los incendios. Comadrejas, zorros, lagartos, tortugas, carpinchos y hasta algunas aves. En la radio escucho que el equipo de investigación de Limnología y Ambiente concluyó que las pérdidas de flora y fauna silvestre son incalculables. Pienso, mientras tanto, que mientras le sigamos dando a la carne estamos contribuyendo directa o indirectamente a la provocación de quemas para los campos de pastura. Pienso también en la clase que tengo que sostener esta tarde con 4to B con esta catarata alérgica que no se me termina de ir. Quizás sea un buen momento para hablar de las autoras que vienen por el lado de la ecoficción ¿Schwebelin? ¿Massuh, quizás? Creo que antes que nada es mejor arrancar por lo que también conozco de cerca, Mariela Leiva y la escuela 44, la batalla perdida contra la instalación de Botnia (¡Sí a la vida! ¡No a las pasteras!).

Ay, cuándo parará mi nariz. Un colega amigo amante de la literatura anglófona me dice que él siempre vuelve a Thoreau. Tampoco está mal, el quid es movilizar la pregunta, la reflexión y en el mejor de los casos, la acción.

Pensar que toda la movida por los humedales se reactivó en los medios pretendidamente nacionales por la llegada de unos carpinchos a un barrio caté en el norte del Delta. ¡Ah, el horror! No termino de entender cómo dicen querer venirse a vivir a la costa si después se asustan cuando un zorro entra a un edificio y desesperados, le tiran agua para espantarlo —esto también fue tristemente noticia—. Tampoco entiendo por qué cuando van a recorrer el ejido visitando ciertos monumentos o museos se llevan, no una, sino tres o cuatro bolsas repletas de osamenta que encuentran en las excursiones. ¿Cómo insisten en venir a vivir para este lado si se ahuyentan con un zorro? No me quiero imaginar qué harían ante una yará o un pobre cururú.

Estoy llegando al túnel, así que calculo que voy bien de hora. Lo que es bueno, porque en un rato quedé en acompañar a una colega del departamento de sociología que está haciendo unas entrevistas cerca de la Vuelta del Paraguay y me ofrecí para darle una mano con la toma de notas. Hace rato que no trabajamos juntas y su proyecto sobre mujeres productoras que llevan adelante huertas comunitarias me parece imprescindible en este contexto.

Ni bien llego a casa bajo los pertrechos del caso, tiro la mochila en la cama, agarro la que uso para la escuela, meto las cosas que creo me van a hacer falta y me voy a tomar el 13 que me deja en la parada donde me espera Julia.

—¡Hola Pamelita! Gracias por venir —me saluda al tiempo que me ayuda a bajar el equipo de mate— ¿cómo te fue por allá? ¿acampaste? Yo no me pude organizar con los chicos al final y bueno...

—Y... Estuvo, qué se yo. Vamos a ver qué pasa en el congreso.

—Bueno, mirá, de camino te voy contando un poco más lo de la entrevista de hoy. Me costó conseguirla porque Ana cuando no está trabajando en las huertas está resolviendo alguna cosa en el barrio porque es una de las referentes. Es hija de una familia que se dedicaba a la pesca. Tiene unos cuarenta, cuarentaipico y vive con sus hijos—dice—. Mirá, allá en esa casa queda.

La casa que señala Julia está cubierta de plantas, madreSelva y enredaderas. Tras echarle un vistazo a las casas aledañas es evidente que, a pesar de la falta de obras, el barrio se sostiene.

Una mujer sale de la casa a recibirnos, adivino que se trata de Ana.

—Buenas tardes Ana —saluda mi colega—¿cómo estás? Antes que nada, muchas gracias por recibirnos.

—Buenas, ¿cómo están? —nos saluda con un beso—, vengan, pasen adentro.

La seguimos hasta el interior de la casa. Hay más plantas, libros escolares distribuidos en una mesa más allá, unas rodajas de pan casero en una tabla y una jarra transpirada con agua, rodajas de limón y hojas de menta. Nos acomodamos en la silla frente a nuestra interlocutora mientras Julia prepara la grabadora de voz y yo saco mi libreta de anotaciones. Como Julia viene trabajando ya en el tema y se conocen con Ana, sobran las introducciones.

—Todavía extraño los cassettes— me dice con una media sonrisa Julia. Asiento. Por diferentes motivos, no siempre me siento cómoda con las nuevas tecnologías. Ahora todo minimiza el contacto, todo a un click o a un deslizamiento de índice sobre una pantalla. A veces las manos extrañan ese antiguo ritual casi automático de abrir una solapa, introducir un cassette, cerrar y tocar, recién ahí, el botón de reproducción.

—¿Te parece que arranquemos? —le pregunta Julia a Ana.

—Sí.

—Bueno, para comenzar ¿nos podrías contar hace cuánto tiempo vivís acá?

—Desde siempre, desde que tengo memoria. Toda mi familia, y te digo, al menos tres generaciones vivieron acá.

—Esta idea de la huerta comunitaria, ¿cómo surgió?

—Mirá, la idea ya venía circulando básicamente por dos cuestiones, una poder contar con alimentos frescos, sanos, al alcance de la mano, sin porquerías tóxicas, y otra para aliviar el bolsillo y generar una fuente de ingresos para las mujeres que trabajamos ahí.

—¿Y ya tenían conocimientos acerca de la siembra, el cuidado, la cosecha? ¿O fueron aprendiendo en el camino?

—Un poco de las dos, algunas ya traíamos algunos conocimientos y los fuimos compartiendo. El conocimiento es, si quieren, como una semilla, un viento a favor es suficiente para llevarla más allá, y así. Ahora ya somos unas cuantas que participamos, alrededor de treinta.

—¿Consideraron alguna vez agruparse bajo la figura de la cooperativa?

—Sí, pero no me acostumbro a que tenga que existir un registro para todo. Claro que entiendo muy bien la finalidad, lo que quiero decir es que sí o sí que pasar por una oficina para decir lo que una hace, lo que una al fin y al cabo es.

—Entiendo... ¿podrías contarnos un poco si se le fueron presentando desafíos a medida que avanzaban con el proyecto?

—Me gustaría decirte que el desafío más grande son las hormigas que cada tanto se hacen una comilona con las acelgas, pero desgraciadamente no es así. No solo nuestro proyecto corre peligro sino nuestra manera de vida. Sin entrar en detalles te diré que hay un hombre con conexiones inmobiliarias que pagó dinero por estas tierras poco antes de que se empiece a hablar del proyecto del puerto o el del

puede con Paraná.

—¿Te parece que el asunto de que la zona es considerada inundable por parte del Estado tiene que ver con esta situación? —pregunta Julia mientras siento que la cosa se pone picante.

—Sí. Acá hemos vivido desde siempre, ya con el río nos conocemos, es nuestro hogar con lo bueno y malo que puede tener. Como sabés bien, varias veces han intentado que nos vayamos de acá. Como también te podrás imaginar lo que iba a venir después: vía libre para atornillar puentes y rutas serpenteantes que veneran nomás al dios de la soja y del dólar.

Anoto todo lo más rápido que puedo. Mientras escucho a Ana siento que todo esto está conectado más allá de la red de infraestructura extractiva a la que solapadamente refiere, tal vez incluso más allá de la acumulación originaria. Percibo en ella un aire de guerra, un halo de enojo milenario que la excede y se desparrama a su alrededor. Mientras garabateo un poco en una hoja en blanco porque la lapicera empezó a fallar, entran corriendo dos gurisitos cortando la hora de la siesta con sus exclamaciones y pausando momentáneamente la entrevista.

—Cata y Javi —presenta dándoles un beso en la frente.

Nos saludan, se sirven dos vasos de limonada y tras la indicación de Ana se van a la habitación a seguir con la tarea.

—Nuestro futuro —dice con una sonrisa, aunque puedo notar como se ensombrecen sus facciones cuando Julia vuelve a agarrar el grabador.

—Entonces, ¿en dónde habíamos quedado? —me pregunta Julia tratando de echarle un vistazo a mis notas.

—En las inundaciones y la insistencia estatal para que se vayan.

—Bien. Seguimos entonces —determina cliqueando el grabador— volviendo al tema del grupo que se dedica a la huerta ¿participan

exclusivamente mujeres?

—En general sí, a veces vienen con las criaturas, a veces solas. De esa manera se fue generando un grupo de apoyo también, muchas sufrimos en algún momento violencia doméstica, tuvimos parejas que nos pegaban o nos maltrataban de alguna manera. Pero ya no, estamos eso sí estamos alertas para ayudar a otras mujeres que estén atravesando alguna situación por el estilo. Si no nos cuidamos entre nosotras...

—En general ¿son mujeres del barrio o se acercan de otros lugares también?

—Y... Mayormente somos casi todas de acá, por ahí vienen algunas chicas de Santa Fe que están con el bachillerato pero que igual ya forman parte del grupo. A ver... creo que si nos ponemos a hilar fino, todas en algún momento vinimos de otros lados, quizás nuestra familia hace varias generaciones, o mismo de esta. De las que sí llegaron hace unos pocos años está Carina por ejemplo que vino de Buenos Aires, Lili de Formosa y... y, ay no me acuerdo cuál ahora, pero una de las mellizas Zabala vino de Misiones después de que se separó porque acá tenía a la hermana.

Al escucharla se me pasa por la cabeza que estas mujeres horticultoras no se espantan con un zorro y tienen la más alta estima por los cururúes, grandes aliados de la huerta. Me sonrió mientras Julia sigue preguntando.

—¿Tenés conocimiento del nivel de escolarización que alcanzaron?

—La mayoría terminamos la secundaria, algunas la están terminando.

Todas sabemos leer y escribir. Mirá, sino me equivoco Rocío hizo el curso de corte y confección, ella fue la que hizo estas camisas tan frescas ahora que se viene el calor —comenta señalando la suya—, Sheila está estudiando el profesorado de Geografía acá enfrente y así cada una tiene alguna cosa que le interesa. A veces las condiciones lo

permiten, a veces no tanto. Siempre que podemos nos ayudamos, sobre todo con los chicos.

—Bueno Ana, para ir cerrando este primer encuentro y porque no queremos robarte más tiempo, si tuvieras que definir o caracterizar en dos o tres palabras el proyecto que llevan adelante ¿qué dirías?

—Superconvivencia —respira— unión— agrega con la mirada de quien está en pie de guerra—y soberanía.

La seguridad con que se expresa es arrolladora. Me siento frente a ella una nena que no sabe nada de la vida a pesar de que nuestras edades no son tan lejanas. Julia apaga el grabador y nos tomamos un vaso de limonada cada una. Afuera se levanta el vapor de la lluvia de ayer y las chicharras cantan enardecidas en la siesta de la ribera. Ana nos acompaña un trecho hasta cerca del camino y agradece por la entrevista, su hijo más grande está por volver de la escuela, nos dice en un tono maternal, y quiere estar ahí cuando llegue. Así que despacito vamos pegando la vuelta.

—¿Quéres que te alcance hasta la escuela? —me pregunta Julia mientras vamos caminando hacia el estacionamiento que queda todavía bastante lejos.

—No, gracias, tengo tiempo para ir caminando —le digo—prefiero estirar las piernas del viaje. Esta noche te paso bien transcritas las notas ¿te parece?

—Dale —¿nos vemos en estos días entonces?

—Sí —respondo mientras me despido con la mano y voy rumbeando hacia el puente colgante.

En la escuela, los ochenta minutos de clase se pasan como siempre volando.

Terminamos la clase hablando de cómo el arte puede dar cuenta de lo que está pasando y una de las chicas dice que para la próxima clase nos

va a compartir un rap que hizo hace un tiempo cuando se secó la laguna, otro, en el banco del fondo, que tiene mano para el dibujo y que estuvo en su mundo todita la clase da vuelta el cuaderno y nos muestra en lo que estuvo ocupado durante todo el módulo: una especie de princesa Mononoke de los humedales con una vincha de Colón en la cabeza.

Ya de vuelta en casa cuando por fin me siento a transcribir las cosas que anoté durante la entrevista a Ana, cansada, pero con la alergia por fin cediendo, veo con sorpresa que lo que garabateé en esa última hoja para tratar de hacer andar la birome tiene, si la miro de cierta manera, la forma de una mujer corpulenta que junto a una criatura, se encuentra de pie ante llamas que lamen una de sus piernas. De la otra parece que todavía salen enredaderas. Me pregunto por cuánto tiempo más.

Mientras tanto, transcribo.

Mujeres, cuatro generaciones y una lucha interminable

Claudia María Truchet

Santo Tomé

La abuela Tere decía de sí misma, con orgullo, que era pantalonera. Ni modista ni costurera, “pantalonera”. Con la Singer negra junto a la pared del comedor, había pedaleado kilómetros de pantalones para los hombres del pueblo. Claro que no había nacido pantalonera, y no sé dónde había aprendido el oficio.

Era del año 1907, apenas iniciado el siglo XX, cuando el fin del milenio no era siquiera una visión borrosa.

Hija de inmigrantes italianos, a los 20 años se casó con el hombre que le habían asignado sus padres para tal fin, que después fue mi abuelo. Se mudó al campo de su reciente esposo, donde vivían también otros dos hermanos con sus familias. Mi abuelo era un hombre bueno, llegó realmente a amarlo. A querer se aprende, decía, cuando contaba su historia.

En ese campo, la jornada de la abuela empezaba a las cuatro de la madrugada, que era la hora de ordeñar. Llenaba tres tachos de leche, uno para cada familia. De la parte que le correspondía, obtenía diariamente la crema y elaboraba además la manteca, el queso y la ricota, en un sótano de piso de tierra que hacía de cámara frigorífica. Después amasaba y horneaba el pan y se ocupaba de los trabajos de la casa. Cocinaba para la familia, lo que requería proveerse de lo necesario, como matar y desplumar alguna gallina o buscar verduras en la huerta. En tiempos de levantar la cosecha, se agrandaban la mesa y las ollas, para toda la peonada.

Parió y crió en ese campo cinco hijas. Como era un campo chico, que con el paso de los años resultó insuficiente para sostener a tres familias numerosas, finalmente se vendió y fueron todos a vivir al pueblo, donde mi abuelo y sus hermanos pusieron una carnicería que no prosperó.

Allí, en el pueblo, comenzó a ejercer su oficio de pantalonera. Paradójicamente, nunca vistió pantalones, ni siquiera en esos días en los que el pasto amanecía blanqueado de escarcha. Usaba los vestidos que ella misma cosía, como toda la ropa de la familia.

Yo llegué a imaginar que tenía el centímetro incorporado entre ojo y ojo, porque a veces, cuando iba a su casa, colocaba sobre la mesa alguna tela que sacaba del ropero, después me miraba atentamente, y sin tomar una medida ni hacer un solo molde, la cortaba y en un rato me hacía una blusa o una pollera. Me fascinaba la audacia de su tijera.

No recuerdo que me haya retado alguna vez. Tampoco recuerdo haber escuchado que se quejara o lamentara por algo, pero se notaba cuando estaba masticando una bronca o una amargura. Un día me dijo que le hubiera gustado ser violinista.

Era un bálsamo ir a verla en vacaciones. Comer su comida, tomar su café con leche, escuchar sus historias y sus consejos: “todo pasa, nena, esto también va a pasar...”

Enterró un esposo y dos hijas, una de ellas, mi madre.

Trabajó cada día de su vida pero no tuvo jubilación. Sólo una pensión por viudez.

El cáncer fue la última de todas sus luchas. Murió a los 84 años maltratada de igual modo por la enfermedad que por los tratamientos médicos.

Sus últimas palabras, cuando entraba por séptima vez al quirófano del que ya no volvió, fueron: “se pueden ir todos bien a la mierda”. Todavía hoy me pregunto el alcance de esas palabras.

De esas cinco hijas que parió en el campo, la tercera, la del medio, “La Pocho”, era mi madre. Sí, “La Pocho” era mi madre, y no se trata de un error de tipeo. Todos en la familia, excepto mi padre, la llamaban así.

A “La Pocho”, el siglo XXI también le quedó lejos. Nacida en el año 33 del siglo XX, transcurrió sus apenas 49 años de vida cumpliendo mandatos, como tantas otras mujeres anónimas de su tiempo.

En realidad, el primer mandato le había sido impuesto antes de nacer. En esa familia rural del interior de la provincia de Santa Fe, luego de dos advenimientos de niñas, se esperaba al hijo varón que acompañara a su padre en las tareas del campo y que además, hiciera perdurar el apellido. “La Pocho” nació mujer y se autopercibía mujer. Le asignaron un nombre femenino que lucía en la cédula de identidad, pero lo usó tan poco, que cuando fue grabado en su lápida parecía recién estrenado.

Tal vez, el apelativo masculino haya surgido en un principio como una broma para mi abuelo, pero como ese hijo varón nunca llegó, se perpetuó en el tiempo. Si pensamos que el nombre que portamos en parte nos define, ser “La Pocho” signó la vida de mi madre.

Junto a mi abuela y a mis tías, aprendió a cocinar, a coser, a bordar y a abrir la puerta para ir a jugar, tal como estaba mandado. Pero junto a mi abuelo, “La Pocho” también supo arar, sembrar, cosechar, arrear animales y ayudar en la yerra y las carneadas. Por supuesto que también sabía ordeñar, lo cual era lógico porque esa tarea sí le correspondía a la mujer.

Acompañaba siempre a su padre en el modesto campo de la familia, pero cuando llegaron los días de las vacas flacas, trabajó con él en campo ajeno, donde ante el asombro del patrón, encontró el modo

de identificar a los terneros recién nacidos y monitorear su crecimiento, a través del dibujo de las manchas de sus pelajes en un cuaderno de papel cuadriculado. Amaba el papel y el lápiz, mi madre. Creo que deseaba ser maestra.

Tenía una mente brillante y admiraba a las mujeres notables de su época que ya abrían caminos, pero a “La Pocho,” tan lejos como el siglo XXI, le quedaron también la escuela secundaria, la universidad, el mar que no llegó a conocer, y vaya a saber qué sueños que nunca confesó.

Trabajó unos años en la única librería del pueblo, que era de esas que vendían útiles, libros, rompecabezas y hasta juguetes. Aunque era un trabajo que en verdad le gustaba, renunció al casarse con mi padre, para dedicarse de lleno como estaba mandado, a las tareas del hogar.

Siempre pienso en ella con orgullo. Fue una madre amorosa. Pero también fue una mujer que pasó toda su vida cumpliendo deberes. Nunca le pregunté si era feliz. Quiero pensar que sí lo fue. Tal vez para ella, ser feliz era otro mandato inexcusable, en su rol de esposa y madre.

Mis hijas sólo la conocen a través de mis recuerdos entrañables y de unas pocas fotografías viejas. Imagino que sus hermosos ojos verdes se llenarían de luz, si pudiera ver que sus nietas, mujeres de este siglo, ocupan los espacios que a ella le resultaron inalcanzables.

Son ellas, las nietas de “Las Pochos”, las bisnietas de las abuelas Teres, quienes hoy alzan sus voces, sus necesarias voces, en esa lucha interminable contra las injusticias, los estereotipos y los mandatos sexistas; cuando todavía, a 120 años y cuatro generaciones desde el nacimiento de la abuela Tere, quedan demasiadas mujeres lejos, muy lejos, de ejercer sus derechos y cumplir sus deseos.

Gringas santafesinas. Las fundadoras de lo invisible

Laura Irene Ludueña

Rafaela

No están en estatuas ni en placas de bronce. No dan nombre a calles ni a escuelas. Sin embargo, sin ellas, la tierra de la pampa gringa habría sido apenas un horizonte. Hablamos de mujeres que llegaron junto a sus maridos o casadas por poder desde aldeas italianas, cantones suizos o alemanes, al centro-oeste de la provincia de Santa Fe. Con sus vestidos largos y cuerpos cansados, pero con los espíritus firmes, venían no solo a acompañar, sino a colonizar una tierra que prometía mucho a quien la trabajara con esfuerzo. Y ellas estaban dispuestas a hacerlo.

Aprendieron pronto que el suelo santafesino no perdonaba. Que los veranos ardían como brasas y los inviernos pelaban los huesos. Aprendieron a coser, a sembrar huertas con manos agrietadas, a atender partos, a amasar el pan y a levantar los ánimos cuando todo parecía hundirse. No había distinción, trabajaban a la par del hombre, y al regresar seguían trabajando bajo el techo de sus casas.

Fueron quienes sostuvieron el idioma, los rezos, los cuentos del pueblo del que venían, los sabores del hogar perdido. En sus cocinas se tradujeron costumbres: el risotto se volvió arroz con gallina, la polenta se mezcló con chorizo, el strudel se adaptó con la fruta que había o incluso con verduras. Y ante la abundancia de vacas, sumaron rápidamente la leche como un complemento esencial en la nutrición familiar.

En la Santa Fe de 1859, hay registros de que fueron los inmigrantes suizos quienes comenzaron a fabricar y consumir manteca. Pronto, esta práctica se propagó a los otros gringos y fueron las mujeres las que aprendieron a desnatar, a batir la crema y elaborar la manteca. La leche se impuso con tanta fuerza que un plato originario del Piemonte, la bagnacauda, sufrió un proceso de aclimatación: aquí, la crema de leche reemplazó al aceite de oliva.

Así fue como las gringas tejieron la argamasa cultural de las colonias agrícolas santafesinas, mezclando lo traído con lo encontrado, recreando o inventando una nueva manera de vivir sin perder su esencia europea.

Cuando el hombre enfermaba, era la mujer quien tomaba el arado. Cuando la sequía arrasaba, era ella quien contaba los porotos del guiso y se los daba primero a los hijos. Cuando nacía un nuevo niño, lo traían al mundo con la ayuda de otra gringa que oficiaba de partera por experiencia o instinto. Y cuando moría alguien, también eran ellas quienes lavaban el cuerpo y vestían al difunto, rezaban, consolaban a los vivos y preparaban la comida después del entierro.

Pero la historia las nombró poco, o apenas las ubicó en los márgenes de su relato. Se las conoce como “la esposa de”, “la madre de”, “la hija del gringo tal...”. Pocos recuerdan cómo resistieron plagas, desventuras o la violencia del desarraigo. Nadie anotó sus nombres en los censos del coraje y sin embargo, basta con mirar una vieja fotografía familiar, esas ajadas y en sepia, para verlas. Allí están, detrás del hombre, erguidas, orgullosas, con los ojos serenos, calladas, pero presentes.

Si escucháramos con atención, la pampa gringa santafesina aún hoy repite sus pasos en el perfume de una sopa, en una expresión con acento extranjero, en el canto de los gallos al alba, en las manos que tejen al caer la tarde... Por todo lo que hicieron por esta tierra, hoy les rendimos homenaje a través de la historia de Doménica...

La casa tenía olor a tierra mojada, humo y gallinas. No era una gran casa. No todavía. Pero Doménica Melano sabía que el hogar no era un lugar, sino algo que se construía con tiempo, manos y silencio.

La primera vez que escuchó su nombre en boca de otra mujer no fue en castellano, sino en un piamontés cadencioso.

—Sgnora Doménica? —preguntó la mujer cuando estaba por subir al carro. Doménica no la había visto llegar. Era una mujer mayor, envuelta en un chal grueso aunque el sol quemaba. Llevaba un cesto con plantas secas.

—lo sono Teresa Rizzo. Vivo un poco al sur de su propiedad, llegamos hace poco —señaló—. Escuché a su niña llorar y pensé que le vendrían bien estas hierbas curativas.

Doménica no contestó enseguida. Había notado la llegada de los nuevos colonos, pero con tanto trabajo no había tenido tiempo de acercarse a saludarlos. Miró a la mujer, y algo en sus ojos grises —tan parecidos a los de su abuela— la hizo asentir.

—Grazie... —murmuró—. Mi figlia ha la febbre. Non so se è denti o paura. —No importa qué sea. El cuerpo de los niños también extraña —señaló Teresa con una sonrisa nostálgica.

Ese día no hablaron más. Teresa acarició la cabeza de la niña y se fue. Así nació una amistad que Giovanni no veía con buenos ojos.

—No necesito brujas que me miren el vino —refunfuó una noche, mientras Doménica preparaba la comida.

—Teresa no es bruja. Es buena. Me gusta su charla, me ayuda —contestó la mujer, sin levantar la voz.

—¿Y qué ayuda necesitamos? Ya tenemos todo lo que hace falta.

Doménica no respondió. Discutir con Giovanni era como gritarle al viento. Tomó el cuenco de madera, sirvió la polenta y murmuró:

—A veces, lo que hace falta no se ve.

Con el tiempo, otras mujeres de campos vecinos comenzaron a acercarse. Algunas traían huevos, pan, tortas o ropa de niño. Otras solo se sentaban bajo el alero, a descansar los huesos.

Una tarde, Ana Müller llegó con su hija mayor de la mano. Había perdido a su esposo dos semanas antes, en un accidente con el carro. —Ich brauche Hilfe —dijo, sin llorar. “Necesito ayuda”.

Doménica la miró. No hablaba alemán, pero la pena no necesitaba traducción. Le hizo un gesto para que entrara. La casa olía a sopa. Ana se sentó sin soltar a la niña.

—Siamo tutte sole, a modo nostro —dijo Doménica, sirviendo dos platos. “Todas estamos solas, a nuestra manera.”

Ana bajó la cabeza. Se quedó en silencio un momento y luego, con voz baja, recitó algo que Doménica no entendió. Era un poema. O una oración. No preguntó. Solo le alcanzó el pan.

Afuera, el viento del campo agitaba las cortinas como un presagio. Pero adentro, en esa cocina sin lujos, comenzaban a crecer las raíces invisibles de una comunidad hecha de mujeres, de coraje callado, de gestos simples y memorias persistentes.

Pasaron los meses. Las visitas se hicieron costumbre. Los hombres seguían con las tareas que tantas veces compartían con sus mujeres: el arado, el ganado, la construcción; y dejaban a ellas la otra mitad del mundo: la de las sopas y los partos, la de las palabras que curaban sin levantar la voz. Fue Teresa quien propuso, casi en secreto, que se reunieran una vez al mes.

—Para recordar quiénes somos —dijo— Porque a veces el campo nos va borrando.

Al principio fueron pocas. Doménica, Ana, Teresa y dos más. Se encontraban en la casa más resguardada del viento, llevaban cada una algo: un hilo, una historia, una receta, una pena. Cosían, tejían, hablaban. A veces no hacían nada. Solo estaban. Y estar ya era mucho. Fue en una de esas reuniones que Antonella, una genovesa de mirada dura y espalda encorvada, enseñó a las demás a leer en castellano.

—A veces se burlan de nosotras —dijo— Dicen que no sabemos ni lo que leemos. Pues si es así, vamos a aprender. Y aprendieron. Con torpeza al principio, deletreando en voz alta. Después con más soltura. Teresa llevó una Biblia, Ana un libro de canciones. Doménica escribió su primer cuaderno con frases en castellano y también en piamontés.

Las noches de reunión fueron creciendo, como crece una planta que no se ve hasta que ya está florecida. Comenzaron a compartir más que recetas. Hablaron de cómo parir sin partera, de cómo espantar la tristeza, de cómo cuidar a los hijos cuando el hambre o la fiebre se volvía amenaza. Hablaron también de lo que no se podía decir en voz alta. De los golpes que dejaban moretones debajo del pañuelo. De los silencios obligados. De los sueños aplastados por la rutina. No se juzgaban. Solo escuchaban. Y en esa escucha tejían una fuerza nueva, que no tenía nombre, pero tenía raíces.

Una mañana, Doménica encontró a su hija menor, ya de cuatro años, jugando a hacer sopa con piedritas y ramitas. Imitaba los gestos de las mujeres, hablaba sola con voz grave. —Sono la Teresa, la que cura —decía seria, removiendo con un palito. Doménica sonrió y la miró largo rato. Algo vibró en su pecho. Supo entonces que esa niña no crecería sola. Que, aunque el campo era inmenso y los caminos de tierra separaban las casas, las mujeres habían construido un tejido invisible que las unía.

Como un gran telar extendido sobre la pampa, hecho de voces, manos y memoria. Una tarde de octubre, la comunidad celebró la cosecha. Los hombres asaron carne y los niños corrían detrás de los perros. Las mujeres, en cambio, armaron una mesa larga, cubierta de panes, dulces, flores y trapos bordados. Fue allí donde Teresa, ya vieja y con la voz temblorosa, dijo frente a todos:

—Este campo creció con sudor. Pero también con leche, con lágrimas y con palabras de mujeres. Si hoy florece, es porque no lo dejamos morir.

Nadie respondió. No hacía falta. En el aire tibio, entre el olor a alfalfa y harina, las mujeres sabían que estaban dejando algo más que hijos y costumbres. Estaban sembrando historia.

Voces Anônimas

La curandera

Lidia Ocampo Romero

Firmat

El caserío un tanto diseminado entre matorrales y árboles autóctonos, rodeado de calles de tierra casi intransitables, y algunas sólo reducidas a caminos angostos, ondulantes, semejante a los de hormigas que atravesaban campos llenos de verbenas, ammi visnagas y manzanillas, hacía que todo se tratara de solucionar en casa. El casco del poblado quedaba bastante lejos para ir caminando y más en tiempos de lluvias donde hasta las botas se perdían en el barro espeso y chicloso, de Villa Regules, que por entonces, contemplaba de frente y a lo lejos los progresos que ocurrían del otro lado de una vía que partía el nuevo pueblo en dos.

Los médicos eran casi un mito, prácticamente desconocidos y llevar uno a domicilio era caro. Los que había, no querían ensuciar sus autos o aventurarse a un viaje en sulky hasta el villorrio, donde no podían pagar por sus servicios. Por ende todos recurrían a los pocos remedios caseros cuyas recetas pasaban de generación en generación en forma oral. Era normal tener colgado de los tirantes de la cocina un poco de unto sin sal, hecho con la grasa de los intestinos de los cerdos, envuelto en diario, guardado de la carneada del año anterior, remedio para casi todo. Y así era normal también, andar todos brillosos, engrasados, con alguna mosca zumbando y un olor rancio que ni lavándose con jabón blanco se disipaba. Pero cuando la cosa pasaba a mayores o algún ratón se había comido el tan preciado remedio había que acudir a la curandera, ella era palabra mayor.

Te curaba desde un empacho, con una magistral tirada de cuerito, práctica tradicional que consistía en poner al niño boca abajo sobre la falda de la curandera y tirar suavemente la piel en la zona de la espalda, cerca de la cintura y escápulas, que a más de uno hacía llorar pero salían como nuevos, hasta te entablillaba un hueso quebrado o te curaba una quemadura de palabra para “sacarte el fuego”, y que no arda la herida ni se ampolle.

Su papel era fundamental para la curación de enfermedades físicas, emocionales y espirituales a través de la práctica de rituales, la utilización de hierbas y otros remedios naturales.

-¡El gurisito de la Martina se atragantó con bolillas de paraíso! Se va a morir- gritaban dos mujeres trayendo un niño en brazos, mientras otra lloraba desconsolada y fuertes golpes en una rústica puerta de madera eran la señal para que saliera Ramona con su pañuelo atado a la cabeza cubriendo su cabello, una larga pollera gris, camisa y un saco tejido. Rezando a Pancho Sierra hacía una imposición de manos en el cuerpito inerte, practicaba maniobras que hacían que el niño moribundo expulsara lo que había tragado y luego le entregaba en mano a la madre unos “yuyitos” como antídoto al veneno de las bolitas de la planta, días más tarde volvía el niño y su madre con unas sandías y otras verduras en agradecimiento por el favor recibido.

- A don Chalupa lo volteó la yegua que estaba domando, y le sacó el hombro de lugar, ¿está Ramonita? – preguntaban y enseguida se abría la puerta de una pequeña habitación llena de santos, rosarios y como protagonista principal un cuadro de Pancho Sierra con su larga barba.

Mientras le rezaba a los santos le daba un trago de agua, y con un movimiento rápido le volvía el hueso al lugar y el paisano se iba agradecido a cumplir con sus labores a la estancia.

Con una cinta en cuyo extremo había una medalla de algún santo te media en tres brazadas el estado del hígado, y te daba el remedio casero o si era algo más grave te aconsejaba que si o si tratarás de ver un médico.

Como así también acertaba el sexo del niño que venía en camino, curaba sinusitis, desgarros musculares, paraba hemorragias, y hasta algún que otro político que se quería postular a candidato a presidente comunal iba a consultarla. Con el correr de los años, venía gente de todas partes a su casa buscando el alivio para sus males, cuenta el mito popular que fue la dueña de uno de los primeros autos del barrio, un citroen 3cv, que supo regalarle un empresario de la provincia de Córdoba en agradecimiento por haberle curado a su hija de un mal con el cual ni los médicos pudieron.

A medida que su fama avanzaba al igual que su edad, supo ser consultada por médicos, y trabajar en colaboración con la medicina occidental, complementando la atención médica con sus conocimientos y prácticas tradicionales.

Es importante tener en cuenta que el papel de las curanderas en la sociedad es complejo y diverso, y puede variar dependiendo de la cultura, las tradiciones y las circunstancias de cada comunidad, pero Ramona Molina, “Ramonita” como muchos la llamaban, hija de una de las primeras familias en habitar las tierras de lo que años más tarde sería la ciudad de Firmat, desempeñó un papel muy importante para los vecinos de su comunidad brindando sus conocimientos con generosidad para aliviar con prácticas ancestrales combinadas con sus grandes conocimientos de herboristería, los males que acogían a un sector de la población que no contaba con una cobertura médica.

Aún hoy en día, luego de décadas de su muerte es recordada por muchos como la curandera de Regules.

Los sueños de la tía Marta

Ana Vera
Avellaneda

La casa de mis padres compartía el patio con la casa de la tía Marta, dividido por un tejido de rombos y un portón del mismo material.

Con mis primas Silvia y Andrea cursábamos la primaria en la escuela Nacional 6104 en el turno mañana. A las tres de la tarde mis padres partían a sus trabajos y yo tomaba mi portafolios, cruzaba el portón interno y hacíamos los deberes juntas, bien tempranito así nos quedaba el resto de la tarde para jugar.

Además del patio, la casa de mi tía Marta tenía una quinta con árboles frutales, donde nos trepábamos para comer naranjas, manzanitas verdes, higos blancos y negros y caña de azúcar. Luego, competíamos con los juegos del elástico, la rayuela y la embopa. El premio para la ganadora era librarse de lavar las tazas de la merienda.

La tía Marta recibía muchas visitas. Ella curaba el ojeo, el empacho y los dolores de oído. Cuando venía el señor de saco y corbata, muy afligido por su dolor de cabeza ella sacaba su cinta con la medallita de la virgen de Itatí, la apoyaba en el lugar de la dolencia y con el resto estirado medía entre su codo y mano murmurando una oración secreta. Luego hacía la señal de la cruz, se dirigía a su jardín y cortaba una ramita de carqueja para que el doliente tome una infusión todas las mañanas y así aleje todas las quejas producidas por su dolor de cabeza, o, a doña Pancha que comía los guisos con chorizo colorado, la tía Marta la curaba con la cinta y después le daba unas ramitas de poleo y manzanilla para que se hiciera una tisana. Ella plantaba en su jardín cedrón para el corazón, para la inflamación, malva, ruda para la mala suerte, salvia y otras hierbas más.

La Tía Marta rara vez sonreía. Siempre estaba preocupada. Trabajaba todo el día. Que la ropa, que las plantas, que la comida. Una de esas tardes llegó de visita Doña Aminda, muy amiga de la abuela Ana. Se quedó a merendar con cosas ricas que la tía Marta horneaba. Pasta frola, torta de manzanas y mermelada casera de limón, la favorita de la visita. Al finalizar la tía Marta la llevó al patio y mientras ella juntaba la ropa lavada por la mañana, doña Aminda observó las plantas y la quinta. Al atardecer, antes de la despedida, doña Aminda deslizó un comentario:

-Querida Marta –dijo-cumplís los deseos y sueños de otros, los sanás con tu sabiduría pero, no veo aquí tus sueños (señaló las plantas) ¿Dónde están?

Luego de la visita de doña Aminda, la tía Marta guardó la ropa, sacó un sillón y se sentó a observar el atardecer.

Esa noche la luz se apagó temprano en la casa de la tía Marta.

Con el paso de los días la tía Marta dejó de estar tan preocupada y seria. Abrió nuevos surcos y nos pidió que dispersemos semillas nuevas en ellos. En la primavera el patio se llenó de flores. Petunias, alegrías del hogar y margaritas, atraían mariposas y picaflores. Las regábamos y se nos permitía jugar con el agua. En tardes calurosas terminábamos las cuatro empapadas. Otros días cantaba despacito y sonreía más seguido. Recuerdo un atardecer en que esperamos ver las estrellas acostadas sobre el pasto mirando el cielo.

Cuando cumplí quince años, me regaló un acolchado hecho por ella con retazos de tela. Bordó en uno de los lados: “No olvides tus sueños. Planta flores en tus pensamientos”.

Hace muchos años mi tía Marta descansa en el infinito. Dejó muchas enseñanzas con su vida. Sanaba con sabiduría milenaria aprendida de relatos orales. Por mucho menos, en siglos pasados, a mujeres como ella las quemaban en la hoguera. Mujer-Medicina. Todos tuvimos una en nuestra familia.

Las vidas que contamos: dejando la piel

María José Platini

Ramona

Silvana nació y creció en la zona rural de una localidad de la provincia de Santa Fe, ubicada bien al norte, en uno de esos pueblos que parecen olvidados por el paso del tiempo. Alguna vez, este fue un pueblo pujante que permitió que muchas familias se asentaran en él en búsqueda de mejores oportunidades laborales, construyendo allí sus sueños y sus familias.

Silvana desde pequeña, fue una soñadora. Soñaba con ir a la escuela, soñaba con tener una muñeca y poder pasar sus tardes jugando con ella, soñaba con ser querida, soñaba. Su destino fue otro. Le tocó trabajar con sus papás en las tareas rurales, le tocó aprender en casa, pero no de matemáticas ni de lengua, sino a defenderse, a cuidarse, le tocó aprender a sobrevivir.

No era hija única, ella vivía con siete hermanos; alguna vez fue la más pequeña, pero después de ella vinieron dos varones y una niña. Todos compartían la misma habitación, pues su hogar era muy precario, incluso ella compartía la cama con una de sus hermanas, pero esto sólo era posible, en el mejor de los casos, si llegaba primera en la carrera de irse a dormir. Si no lo lograba, le tocaba dormir en un colchón tirado en el suelo del comedor con su tío.

Miguel, tío de Silvana, hermano de su mamá, vivía con ellos desde que Silvana tiene memoria. Al principio, a Silvana le gustaba mucho jugar con su tío, él era la persona más cariñosa y atenta que conocía. Ante tanta desatención y desinterés de sus padres, este tío resultaba ser para ella un refugio. A Miguel le gustaba mucho jugar a las

cosquillas con ella y Silvana reía mucho, hasta que un día dejó de reír. Una noche, mientras dormía, empezó a sentir estas cosquillas por debajo de su ropa, hasta que finalmente llegó a sus genitales.

“Tío, no es hora de jugar”, “tío, me haces mal”, pero el tío no frenaba.

Silvana no sabía si eso estaba bien o no, pero ¿cómo iba a estar mal si su tío la quería más que nadie? Una tarde, mientras lavaban los platos, le preguntó a Doris, su mamá, pero ella muy enojada sólo le contestó que “no debía ser una niña mala, su tío la cuidaba mucho y ella debía agradecerle”. Entonces, Silvana se quedó tranquila y creyó que “lo que Miguel hacía” estaba bien. Quien te quiere, no te lastima, o eso le hicieron creer a esta niña, y sin darse cuenta, por mucho tiempo esta frase la acompañaría, justificando así muchas situaciones de abuso.

La vida en el campo era sencilla. Todos los días se levantaba temprano, sus papás ya estaban trabajando, ponía la pava y se preparaba el desayuno, un mate cocido con pan sobrado del día anterior. Le gustaba llenar su taza con trozos de pan, como peces en el mar, pero a veces no había pan y esos días la panza dolía mucho. Lavaba su ropa a mano, la de sus hermanos, la de su tío y estaba aprendiendo a preparar el almuerzo. Ayudaba a su papá a darle de comer a los animales y, hasta alguna vez, le tocó estar presente en lo que llamaban carneada.

A pesar de sus carencias y de los juegos por las noches, su vida era feliz. Le gustaba correr, recolectar dientes de león y soplarlos pidiendo deseos, jugar en el barro con sus hermanos y cuidar de los pollitos, así pasaba todos sus días.

Un buen día, los dueños del campo donde trabajaban los papás de Silvana, “los patrones”, como ellos le decían, les pidieron que abandonen su puesto de trabajo en el campo. Era el 2001 y una gran crisis económica atravesaba al país. Los patrones habían perdido gran parte de su dinero y no tenían forma de continuar empleándolos, o eso es lo que les decían.

Silvana para ese entonces tenía 11 años. Unos meses antes, ese mismo año, su papá había enfermado y muchas de las tareas no las podía completar y su esposa “no tenía el mismo rendimiento”, por lo cual, la crisis resultó ser una excusa más.

Papá Hugo creyó que el mundo entero se le venía encima. A su edad, ya no iba a conseguir otro trabajo, la situación en el pueblo se había puesto también difícil. A decir verdad, toda su vida había trabajado en el campo y otra cosa no sabía hacer. Silvana, por las noches, se sentaba en el umbral de la puerta de la habitación de sus padres y escuchaba su pesar.

Los patrones, que tan solidarios eran con ellos, les habían permitido seguir viviendo en el campo, pero ya no en la casa principal, que ahora ocupaba otra familia, sino que debieron trasladarse a una más pequeña, en la que a veces llovía dentro. Era la forma que ellos tenían de saldar esta deuda con la familia, que había vivido allí casi 20 años y a la que nunca le habían hecho un aporte jubilatorio a uno de sus adultos. Esta vez no había un cuarto para mamá y papá y otro para ellos. Dormían todos en la misma habitación en la cual también comían.

Y fue ahí cuando Silvana empezó a trabajar fuera de casa por primera vez. Empezó limpiando la casa de una vecina del pueblo. Se trasladaba hasta allí en su bicicleta toda destartalada, a veces lo hacía a pie. La vecina le pagaba lo que ella quería, y muchas veces lo hacía con comida o ropa que ya no usaba, pero para ella era suficiente. Cuando llegaba a casa, seguía jugando con sus muñecas, corriendo por el campo, seguía siendo una niña.

Miguel continuaba viviendo con ellos, había empezado a trabajar de albañil, pero colaboraba muy poco con la economía del hogar, ya que disfrutaba de sus horas en el bar del pueblo. Había empezado también a salir con Lorena, una chica de la localidad. Sin embargo, Silvana seguía siendo su debilidad, y más ahora que su cuerpo estaba cambiando. Por las noches, cuando todos dormían, solía acercarse

mucho a ella, ya no le hacía cosquillas con sus manos, sino que hacía unos meses que había comenzado a penetrarla.

La primera vez, Silvana lloró, lloró mucho del dolor, mientras él le tapaba la boca y ahogaba un posible grito. No entendía lo que pasaba, solo sabía del dolor que esto le generaba, pero era un dolor raro que iba más allá de lo físico, algo que sentía que se rompía en su interior. Al día después, descubrió que ese dolor se había convertido en un sangrado que terminó estampado en su ropa interior. Le contó a su mamá, pero esta, otra vez, la obligó a callar. El tío se había convertido en una fuente de ingresos y no se podían dar el lujo de perderla. Ese día en que su mamá la obligó a guardar silencio, empezó a sentir que lo que Miguel hacía con ella estaba mal, así que trazo una distancia enorme con él, aunque no siempre era fácil.

El papá de Silvana nunca supo de esto. Él era un hombre distante, que nunca se había involucrado en la crianza de sus hijos y parecía que tampoco lo iba a hacer ahora que estaba enfermo y desempleado.

Estar en el pueblo la ayudó a conocer a más personas, a relacionarse con otros, a trabajar en más lugares y ser un sostén económico importante de su familia. Hablaba muy poco, pero escuchaba y observaba todo a su alrededor y cada vez que alguien se le acercaba, actuaba como quien intenta defenderse de un posible ataque. Con 13 años, y ya un tiempo largo trabajando en el mismo hogar se animó a hablar con “su patrona”, y ella le hizo dar cuenta de que todo lo que Miguel le había estado haciendo a lo largo de los años, era malo y tenía que parar. Silvana ese día lloro todo el camino del trabajo a su casa, lo que ella creía que se llamaba amor, cariño, cuidado, en realidad era malo, se sentía sucia por haberlo permitido, enojada, avergonzada.

Cuando Miguel se fue a vivir con Lorena sintió un gran alivio, iba a ingresar menos dinero en la casa, pero ella al fin se iba a liberar de su cariño. Antes de irse, el hombre se despidió de su sobrina preferida y producto de ello, Ángel venía en camino, ese era su regalo.

Cuando el papá de Silvana se enteró que estaba embarazada la golpeo tanto que ese día entero terminó tirada en una cama. Era la primera vez que este hombre hacía algo por su hija y no le salió nada lindo. Doris sabía que su hermano era el papá de este hijo, pero eligió no decir nada, prefirió que señalen a su hija como la “puta”, a cambio, Miguel los iba a seguir ayudando con dinero.

De a poco, esta niña que se estaba convirtiendo en madre a la fuerza comenzó a guardar algo de platita para su bebé, ya no entregaba todo a su mamá para el mantenimiento de la casa. Algunos vecinos del pueblo empezaron a regalarle ropita usada, pero a ella le hacía mucha ilusión comprarle algo nuevo. Nunca fue a un control médico, nunca nadie le habló de cuidados, nunca dejó de trabajar, no sabía de indicaciones, nadie la había aconsejado ni enseñado nada.

Miguel sabía que era su hijo, pero eligió mirar para otro lado. Lorena no podía enterarse de esto, ella también estaba embarazada.

Ángel nació en el Centro de Salud de la localidad, el 8 de noviembre del 2003, Silvana todavía tenía 13 años y se sentía que a su niña interior la había matado ahogándola con tantas lágrimas ese día. No sabía cuantas semanas llevaba de embarazo, había perdido la cuenta de tantas “despedidas” que había sufrido, no sabía si ya era la hora o era producto de los baldes que levantaba o los muebles que corría en su trabajo los que le habían generado ese dolor en el vientre. Acudió de urgencias, sin el bolsito que había dejado preparado en su casa para el niño. Gritaba del dolor, pero la única enfermera del pueblo la obligó a callar, lo tenía que aguantar en silencio, ella se lo había buscado “por abrir las piernas de tan joven”, Silvana eligió callar ante este ataque, pero una herida sin sanar se abrió en ese momento.

El parto tuvo complicaciones, la doctora, la enfermera, una practicante, todas le hacían tacto reiteradamente y sentían que no dilataba, le rompieron bolsa a la fuerza para agilizar el proceso y practicaron una episiotomía para que “pueda salir el bebé”, quizás aún no era el momento. Ángel nació con apenas 1kg 200 y debió ser

trasladado de urgencias al hospital más cercano. Silvana no lo pudo tener entre sus brazos, el personal médico actuaba con urgencias y no había tiempo para muestras de cariño, estaba su vida en peligro.

La enfermera lo envolvió con unas mantas y se lo llevó rápidamente. Silvana quedó unas horas en observación, pero como el Centro de Salud no contaba más que con un consultorio, la llevaron a su casa para que termine allí su recuperación. A los dos días, subió a su bicicleta y con mucho esfuerzo se acercó para saber noticias de su niño, pero nadie le dio respuestas. Volvió a trabajar de manera inmediata y durante un mes, todos los días, antes de ingresar y a la salida de su trabajo, Silvana se acercaba al Centro de Salud y quedaba ahí horas esperando, hasta que finalmente le dieron la peor noticia, Ángel no había sobrevivido.

Silvana nunca lo pudo ver, nunca lo pudo tocar, le dijeron que era un varón, pero ella nunca lo comprobó. Pidió sepultarlo con su abuela, pero le dijeron que era muy costoso el traslado del cuerpo y nunca se lo entregaron. Un día tuvo panza y al día siguiente ya no tenía nada, solo una pila de ropita coleccionada. Empezó a sentir como el mundo se le caía sobre la cabeza.

La doctora le habló de cómo cuidarse, del ciclo menstrual, de cosas que ella no entendía, le entregó una medicación con anotaciones que no supo leer porque nunca fue a la escuela.

Miguel y Lorena fueron papas de una nena, a Silvana le dolía tanto ver a ese bebé que no podía contenerse cada vez que ellos los visitaban. Elegía irse a vagar todo el día por los caminos rurales, sentarse en la plaza del pueblo, volver recién por la noche.

Fue en esas escapadas que conoció a Ricardo, un hombre que la triplicaba en edad. Ricardo trabajaba en el mantenimiento de espacios verdes, de lunes a lunes, iba a todos lados con su moto que anticipaba su llegada metros antes. Siempre fue con ella muy respetuoso y eso le gustaba, el día que le dio su primer beso, antes le pidió permiso. Silvana no sabía cómo se hacía eso, nunca la habían

besado y tratado con verdadero cariño, nunca le habían pedido permiso para algo, siempre la habían arrebatado, y eso se sintió muy raro.

Con el tiempo, Silvana le habló de sus sueños, de sus ganas, de su pérdida, le contó de Ángel, pero nunca contó quien era el padre de ese hijo que había perdido, ni como lo había concebido. Él no la juzgó y tampoco preguntó, solo le prometió averiguar qué había pasado realmente con ese bebé y eso la emocionaba, tenía dudas de si realmente había fallecido, se aferraba a una mínima gota de esperanza.

Cuando cumplió 15 años decidió escaparse con él, sin despedirse de su familia, solo lamentaba alejarse de su hermana más pequeña a quien había cuidado siempre, principalmente de Miguel. Una mañana se levantaron y simplemente Silvana ya no estaba. Nadie se preocupó por ella, nadie salió a buscarla. Lo venían planeando hacía meses, guardando pesito a pesito, hablando con contactos que tenía Ricardo.

Se mudaron a una localidad de la provincia a 300 kilómetros de donde vivían, eligieron que sea lo más lejos posible, para borrar el pasado de Silvana, para que los fantasmas y las habladurías no los sigan. Nunca tuvo noticias de Ángel y quería olvidar todo el dolor que dejaba atrás. Ricardo continuaba con el mantenimiento de espacios verdes y Silvana lo ayudaba, él cortaba y ella barría, habían formado un verdadero equipo. Muchos pensaban que eran padre e hija y eso les molestaba.

En la escuela del pueblo, una docente de esas viejas, de vocación, se ofreció a enseñarle a Silvana a leer y escribir, y así fue como emprendió ese viaje. La literatura le presentó un mundo nuevo, comenzó soñando con La Cenicienta y terminó viajando con Alicia en el país de las maravillas.

De a poco, empezaron a comprarse sus propios muebles, a proyectar un futuro.

Silvana no tardo en quedar embarazada nuevamente, esta vez, fue

por decisión de ambos, esta vez, con un final diferente. Fue mamá por segunda vez a sus 16 años, el miedo la invadía. Naiara nació con la llegada de la primavera y Silvana vio su vida florecer, se aferró tanto a esta hija que se prometió que ella nunca iba a pasar por las mismas carencias. Cuando tenía 18 años, nació Daniela, era el 2008 y una nueva crisis atravesaba el país.

El alquiler de la casa donde vivían se había vuelto para ellos impagable, y si lo pagaban, no les alcanzaba para comer. Afortunadamente consiguieron en la zona rural una casa donde vivir. Ellos no iban a realizar tareas rurales, solo de cuidado y mantenimiento del hogar. No había de por medio pago de alquiler, pero tampoco para ellos una retribución económica, sino una especie de trueque.

Silvana y Ricardo continuaban viviendo de changas, él había intentado ingresar a trabajar en una empresa local, pero al ser considerado mano de obra no calificada, sólo le ofrecieron trabajos temporarios. Con dos nenas pequeñas, Silvana ya no pudo salir a trabajar y le resultó difícil seguir estudiando con Andrea, la docente, pero esta le acercaba libros y sopas de letras cada vez que podía.

En el año 2009 muchas cosas a nivel social comenzaron a cambiar. Con la llegada de la AUH, la familia pudo contar con un ingreso estable, eso fue un gran alivio para ellos, ya que sabían que todos los meses iban a disponer con cierto dinero para comprar alimentos y pañales. Silvana les decía a todos que “ese dinero era para las nenas”, como si tuviera que rendir cuentas de un derecho que acababa de adquirir.

Fue en ese 2009 que se sanciona también la “Ley de Protección Integral a las Mujeres”, con el fin de prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres. Por primera vez, Silvana empezaba a escuchar de manera masiva que todo eso que ella había sufrido con su tío era violencia, su patrona se lo había advertido en un momento, pero ahora eran más las personas que hablaban de ello. Por primera

vez, Silvana dejó de sentir culpa y vergüenza, pudo ver a Miguel como el verdadero responsable de la situación, pudo ver a Miguel como un abusador y entender que en realidad no le hacía eso por cariño.

Llevaban tiempo allí y ella no sabía más nada de su familia, ni de Miguel. Ricardo sólo contaba con un hermano, que los visitaba esporádicamente con su esposa e hijos.

Cuando Naira comenzó el jardín, un mundo nuevo se le abrió a Silvana. Comenzó a tener por primera vez en su vida amigas, mujeres con quienes conversar, en quienes confiar. Se acercaba hasta el pueblo todos los días en su bicicleta, con una niña sentada delante en una sillita y con la otra atrás, hasta que pudieron conseguir otra moto.

– Abran bien las piernas – les decía – no vayan a querer enganchar sus pies en la rueda – y Naiara que iba atrás, apretaba los dientes y se aferraba fuerte de la cintura de su mamá.

Las horas de trabajo de Ricardo eran extensas, más tiempo pasaba trabajando, más dinero llevaría al hogar, o esa era la lógica. Muchas veces, el hombre no llegaba a la hora de la comida, muchas veces no llegaba con la comida y las niñas se iban a dormir con apenas una taza de leche en la panza. Esas necesidades que ella había pasado de niña, volvían a aparecer, pero no por falta de dinero, sino por irresponsabilidad de Ricardo.

El hombre también había hecho un grupo de amigos y a veces, después de trabajar, se juntaba con ellos en un bar a beber y jugar a las cartas. Esto a Silvana le molestaba y mucho, más cuando llegaba pasada la medianoche borracho, con ese olor a alcohol en su aliento que la derrumbaba.

– Ricardo, por favor, no tomes tanto.

– Yo hago lo que quiero, para eso trabajo, mientras vos andas todo el día de vaga con las nenas – habían comenzado los reclamos de su parte, sólo Silvana sabía todo el trabajo que implicaba ser ama de casa.

– Si querés, empiezo a trabajar, siempre trabajé, pero vos te haces cargo de las niñas – pero él solo respondió con una sonrisa burlona y se fue a dormir.

Una noche, después de una discusión, Ricardo la golpeó por primera vez. Al día siguiente, la tomó de la cintura y la besó en la frente, se disculpó, prometió que eso no iba a volver a suceder, que fue producto del alcohol que había ingerido, pero a la semana volvió a suceder y fue más fuerte aún.

Por unos días, Silvana dejó de juntarse con sus amigas, no querían que la vean con esas marcas en su rostro, ya se hablaba de violencia de género y no quería ser el centro de la conversación. Él ya no era el hombre respetuoso y atento que ella había conocido. Silvana se refugiaba en sus hijas y lamentablemente, el dinero de la asignación no era suficiente para irse y dejarlo también a él atrás.

Con 23 años, volvió a quedar embarazada. El sexo ya no era como antes, era violento, cuando él quería, sin tomar ningún recaudo y casi siempre, estaba borracho. Esta vez, producto de una gran golpiza, perdió el embarazo, se sintió culpable por experimentar alivio por ello. Esta vez, no quería a ese bebé.

Al poco tiempo, volvió a embarazarse y cuando Ricardo se enteró de este nuevo embarazo, volvió a ser atento nuevamente con ella. Por las noches llegaba a casa antes de las 20 horas, la ayudaba con la cocina y cuidado de las niñas, le traía regalos y abrazaba constantemente, jugaba con sus hijas. Silvana creía que finalmente había cumplido su promesa.

Fueron papás de Mateo, un varón volvía a su vida. Cuando lo vio, lo tomó tan fuerte entre sus brazos y comenzó a besarlo, se aferró tanto a la vida de este niño que sentía que una parte de ella empezaba a sanar.

Con tres niños, llegar hasta el pueblo resultaba ser todo un incordio, así que prefería que sea Ricardo quien lleve a las niñas a la escuela. Ya no frecuentaba a sus amigas y ellas la habían dejado de buscar, estaba

completamente sola. Los golpes habían cesado, sin embargo, de a poco, Ricardo volvió al bar a beber, el alcohol se había convertido ya en un problema de esta familia.

Un día, golpean la puerta de su casa, Silvana atiende con Mateo en brazos, un oficial de policía con una hoja en su mano la esperaba. Pensó en Ricardo, pensó en su alcoholismo, pensó lo peor, pero era su familia que la había encontrado, su papá, después de tantos años de enfermedad, había fallecido.

Lloró, apretó la hoja contra su pecho, beso a su hijo. Se sentía confundida, ¿esta angustia era por no haberse despedido de su papá o porque finalmente la habían encontrado? Nunca había recibido nada de ese hombre, pero su pérdida en algún lugar de su ser, le dolía.

Decidió no hacer nada, ya había dejado atrás a esa familia, esta era la suya, esta era la que debía cuidar. No quería volver a ver a Miguel, ni ver a esa mamá que la había hecho callar por un poco de plata, no quería volver a ese pueblo que le había arrebatado a su hijo.

Los años pasaron y la vida seguía igual. Ella iba a todos lados con sus tres hijos, Ricardo trabajando y bebiendo. Silvana había aprendido a callar, a aguantar. Ya no dormía más con su pareja, sino en la habitación de los niños, pero él una vez por semana se metía en su cama y la obligaba a mantener relaciones sexuales, ella quedaba en silencio mirando el techo, aguantando, esperando que él terminara y regresara a su habitación.

Había retomado sus estudios, esta vez en la escuela nocturna, sus hijos ya eran más grandes y tenía tiempo libre, a veces, vendía tortas en la feria del pueblo. Se sentaba en la plaza con su mate y un cuaderno, mientras los niños jugaban, los miraba correr y se veía a ella misma con sus hermanos, la nostalgia la invadía.

Hacía un tiempito que había retomado el contacto con su hermana más pequeña, tener de vuelta a Natalia en su vida la hacía feliz. Esta la había contactado por las redes sociales. Se escribían mensajes, se enviaban fotos. Natalia era mamá de una niña y había sufrido su

mismo destino con Miguel, Silvana se culpó por haberse ido y haberla dejado desprotegida, por no haberle advertido. Su mamá tampoco había hecho nada, incluso Natalia sentía que era quien facilitaba la situación a cambio de unos pesos, pero ella sí había denunciado.

Silvana quería que su hermana venga a vivir con ella, estaba tratando de conseguir dinero para los pasajes, pero se frenaba cada noche que lo veía llegar a Ricardo ebrio.

En la escuela, se había acercado mucho a Víctor, uno de sus compañeros. Se sentaban juntos, reía a carcajadas de las bromas que él le hacía, le llevaba chocolates para ella, caramelos para sus hijos, se estaba enamorando otra vez. Víctor era dos años mayor que ella y se había separado hacía poco tiempo de su esposa, trabajaba en un comercio desde sus 18 años, era responsable, de joven había jugado al fútbol en el club local, pero no pudo seguir con ello producto del trabajo.

Cuando quiso separarse de Ricardo, él le aseguró que iba a dejar la casa, pero que “ella debía empezar a ganarse el pan”, la extorsionaba con lo económico. Semanalmente le entregaba algo del dinero que cobraba de su trabajo en mercadería, nunca le entregó dinero. Él elegía que comprar. Fideos, arroz, polenta, leche, almorzaba con ellos, pero a la hora de cenar lo hacía en el bar con sus amigos.

Una noche, regresó del bar borracho y volvió a abusar de ella, lo hizo con muchas fuerzas, la lastimó. Silvana lloraba, le pedía que se frenara, pero a él no le importó, todavía era su mujer y tenía deberes que cumplir. Después de ese día comenzó a poner llave en la habitación que compartía con sus hijos, le pidió a sus hijas que cada vez que vayan al baño hagan lo mismo, el fantasma de lo vivido con Miguel la atormentaba, no confiaba ni en el padre de sus hijas.

Hasta que finalmente, un día, Ricardo se fue y ya no supo más de él. La desesperación la invadía, que iba a hacer con los chicos y sin un trabajo, ahora solo dependía de la AUH y la venta esporádica de tortas.

Víctor consideraba que era muy pronto para empezar a convivir, no estaba preparado para ser padre de tres niños que no eran suyos, así que se alejó de ella. Este, era el cuarto hombre en su vida que la defraudaba.

Naiara y Daniela ya eran grandes, la primera con 14 y la segunda con 12 años. Ellas empezaron a hacerse cargo del cuidado de su hermano, cuando no estaban los tres en la escuela, mientras Silvana trabajaba. Ella prefería trabajar en ese horario y ausentarse lo menos posible de su casa. Afortunadamente, en el pueblo la conocían y no dudaron en darle trabajo, trabajaba en tres casas diferentes para ese entonces, en todas, realizando tareas de limpieza, algo en lo que ella sentía tener experiencia de sobra.

Natalia y su hija vinieron a vivir con ellos, entre las hermanas se fueron ayudando con el cuidado de los niños y el mantenimiento del hogar.

Se sentía aliviada, sentía que podía proteger a quienes amaba y evitar que la historia se siga repitiendo. Se sentía fuerte, invencible, y no iba a permitir que nunca más un hombre vuelva a lastimarla. Les enseñaba a sus hijos sobre valores, sobre cuidados, les habló de la importancia de hablar con las personas de confianza, de decir que “no” cuando es necesario, de no permitir que nadie toque sus cuerpos sin su consentimiento, de elegir en libertad a quien amar y de que siempre iban a contar con ella.

En la comunidad se volvió una referente. Comenzó a participar de una ronda de mujeres, donde finalmente habló de su vida con Miguel, con Ricardo, de la pérdida de su hijo, de los abusos, de la violencia, de ese hombre con el que se había ilusionado, de cómo había podido enfrentar las adversidades y salir adelante gracias a su fuerza de voluntad, Naiara la admiraba y hablaba con orgullo de su mamá.

Cuando finalmente pudo sacar la venda de sus ojos, no se quedó en silencio, su voz, su fuerza fue luz para otras mujeres y se volvió parte de una lucha social que ya era colectiva.

Una flor rosa

Mariano Crippa

Elisa

"Cuando nací, el médico me alzó entre sus brazos y, como quien presenta un milagro, anunció al cielo: ¡Es una nena!"

Mi papá me esperaba afuera de la clínica con una flor celeste, pero cuando se enteró de que yo también traía una flor pequeña entre las piernas, la cambió por una de color rosa.

Me llamaron María, como mi bisabuela, para continuar con la tradición familiar. Ella era una alemana fuerte, reservada y muy estructurada.

Vestía esos batones floreados y se sentaba en un rincón de la cocina, en un sillón viejo de madera marrón oscuro. Lo que ella decía era palabra santa; era como la voz de la conciencia de toda la familia. De ella, supongo, heredé el coraje y la fortaleza.

Crecí en un pueblito del norte de Santa fe, rodeado de verdes campos, inmersa en la belleza de la naturaleza. En esta zona muchos pueblos de la provincia tienen nombre de mujer, en homenaje a personalidades destacadas, a hijas de sus fundadores o simplemente porque hacen referencia a figuras religiosas.

Elisa significa pueblo de dulce nombre, el cual fue elegido en honor a la hermana de Don Pedro Bovó, a quien cariñosamente llamaban "la tía Elisa".

Si tuviera que definir mi infancia, diría que un torbellino de emociones invadió todo mi ser. Crecí rodeada de afecto y momentos que aún atesoro, pero también enfrenté muchas situaciones que me exigieron más de lo que una niña debería vivir.

La muerte de mis hermanos, el dolor de mis padres por enfrentar esas pérdidas, los instantes cargados de ausencia y los silencios que ruidosamente aturdían mis sentidos.

Pero a pesar de haber vivido momentos difíciles, tengo recuerdos muy bellos, como la familia, el amor, la naturaleza, la amistad y el arte.

La casa donde yo vivía era el bar del pueblo, era como un almacén de ramos generales, allí se reunía toda la gente a comer, a bailar y a divertirse.

Ese sitio tenía una magia especial, una calidez que no se encuentra en otros lugares. Un espacio sencillo, auténtico, con mesas de madera gastada, sillas desparejas y ventiladores que giraban lento sobre la gente que visitaba el lugar.

Allí todos se conocían, y mi papá que era el mozo, sabía casi todo lo que los clientes iban a pedir, ya que siempre visitaban el lugar. Se saludaba a la gente por su nombre propio y se sabía la historia de cada uno.

Este bar era el corazón del pueblo, era el centro de encuentro de las familias. Los hombres mayores jugaban al truco, al pool o al billar, leían el diario y tomaban su vermut. En cambio, las mujeres solo acudían al bar si lo hacían en familia, nunca solas, porque en esa época estaba mal visto.

Recuerdo ese lugar lleno de gente a toda hora, mientras yo correteaba con gran alegría alrededor de las mesas.

Era una niña, con corazón de niño. No jugaba a ser un nene, lo era. Sabía que era diferente a las demás, pero no me importaba, solo disfrutaba del placer del momento.

Me gustaba jugar a la pelota en los descampados o en la plaza, la mayoría de mis amigos eran varones, me llevaba mucho mejor con ellos que con las niñas.

Tenía una gran colección de autitos de todos los colores y tamaños. Y por supuesto que con mis amigas jugaba a la casita, pero yo era el papá de familia, aquel hombre que vestía con la corbata vieja de su abuelo y

con los zapatos grandes de su papá.

Me gustaría mucho regresar a esa época, porque mi mundo estaba lleno de ilusión y fantasía. Amaba jugar y disfrutar de las cosas simples de la vida, algo que a los adultos nos cuesta mucho sostener.

Mi adolescencia fue un poco más compleja, mi cuerpo empezó a cambiar y yo no me identificaba con él. Es difícil de explicar, me caracterizaba mi esencia femenina, pero no lo sentía así exteriormente. Tenía la sensación de que mi alma estaba en un cuerpo equivocado y esa incongruencia me lastimaba demasiado.

Sufrí mucho, porque no le podía contar a nadie lo que me pasaba. Además, me había enamorado de una mujer, y eso en esa época y en ese lugar estaba absolutamente prohibido.

De algún modo empezaba a ser consciente de cual era mi verdadera identidad. Tuve momentos de mucha confusión y de aislamiento, donde me sentía incomprendida e invisible. Temía revelar mi verdadero yo, consciente de los prejuicios y de la falta de comprensión de la sociedad.

Pero cuando todo parecía oscuro, cuando sentía que estaba en un laberinto del que no podía salir, apareció de repente un ángel disfrazado de música que me salvó, se metió en mi alma y me sostuvo por siempre.

Aprendí a tocar la guitarra y empecé a volcar todo lo que sentía en canciones. Ellas me recordaron que todavía había luz del otro lado del camino, y me dieron fuerzas para no bajar los brazos.

Me decían “María la del techo”, porque siempre me subía a él con mi guitarra, un par de hojas y una lapicera. Desde allí me sumergía en el mundo de la composición, mágicamente transformaba mis sombras en luz, se producía una metamorfosis en la que las tristezas morían y las esperanzas renacían una y otra vez.

La música se convirtió en el refugio donde encontraba paz en medio del caos y la confusión. De algún modo siempre marcó mis pasos.

Me llevó por caminos misteriosos, divertidos, inciertos pero muy luminosos.

Es por ello por lo que comencé a estudiar Profesorado de Música en el Liceo Municipal “Antonio Fuentes del Arco” en la ciudad de Santa fe, en el que conocí unos amigos locos por el arte al igual que yo.

Desde el momento en que descubrí el poder transformador de la música en mi propia vida, supe que quería compartir ese regalo con las otras personas. Mi misión se convirtió en ayudar a los demás a través de la música, ya sea enseñando o cantando en eventos para inspirar y elevar corazones.

Poco a poco me fui acostumbrando a vivir en la ciudad, ahí todo es diferente, la gente tiene otras costumbres y lleva otro ritmo de vida. La diversidad es más visible, y con ella la posibilidad de expresarse con mayor libertad.

Yo estaba deslumbrada porque descubrí un mundo nuevo, un mundo en el que podía ser yo misma, auténtica y transparente. Ya no me sentía limitada por las demandas desafiantes de un pueblo pequeño y estructurado.

Fue entonces que decidí agregar dos letras a mi nombre, la n y la o. Y sin más tapujos ni explicaciones nació Mariano. Ese ser que había estado escondido y oprimido durante mucho tiempo, colmado de miedo y muerto de dolor.

Comencé un tratamiento hormonal para adecuar mi cuerpo a mi género auto percibido, algo que hacemos algunos hombres trans para sentirnos plenos y felices. Me realicé una toracoplastia, que es una operación para quitar los pechos y masculinizar el tórax. No fue una decisión fácil de tomar, pero les puedo asegurar, con mucha satisfacción, que esas cicatrices que hoy tengo, representan las huellas de mi libertad.

Ser transgénero y habitar un cuerpo masculino no significa negar mi esencia femenina, sino integrarla.

No significa renunciar a esa mujer que soy, se trata de abrazarla con amor. No es negación, es completitud.

Siento mucho orgullo de ser la mujer que soy, extremadamente sensible, apasionada y enérgica. Y también respeto a este gran hombre, valiente, luchador y transparente.

María y Mariano yacen unidos, en esta vida no todo es blanco o negro, también existen los grises, hay más matices que nos definen. En mi situación, ambos nombres se superponen entrelazados por la feminidad y la masculinidad que los caracterizan, fusionándose en un todo, complejo pero real.

Por supuesto que tengo muchos errores y defectos, pero aquí no se trata de ser perfecto, se trata de aceptarnos, nada más y nada menos que en nuestra totalidad, con nuestras luces y nuestras sombras, con nuestras virtudes y nuestras miserias. Se trata de ser auténticos, a pesar de la mirada desafiante de los demás.

Agradezco a todas esas mujeres luchadoras, valientes y decididas, que de algún modo fueron un faro de luz en mi vida y también a aquellos hombres que con sus enseñanzas marcaron mis pasos.

Después de todo, la vida es una sola y debemos aprovecharla al máximo, tenemos el maravilloso poder de manifestar nuestra realidad, el amor es el motivo y la esperanza nuestra salvación.

Contamos con la increíble capacidad de reinventarnos una y otra vez, renacemos cada día, todos atravesamos por esa metamorfosis constante y debemos aprender a fluir, como lo hace la corriente en las aguas turbulentas del mar.

La vida es maravillosa en todo su esplendor, con sus increíbles vaivenes, intensa, inesperada, fugaz y todos merecemos vivirla profunda y apasionadamente, con integridad, gratitud y determinación.

Que los sueños nos abracen intensamente y que el universo nos siga bendiciendo por siempre con toda su magia.



Antología
**SANTAFESINAS
QUE INSPIRAN**

Veinte relatos que recuperan la fuerza, la memoria
y la inspiración de mujeres de nuestra tierra,
para que sus voces sigan marcando caminos
de igualdad y libertad.



Maximiliano Pullaro

Gobernador de la Provincia de Santa Fe

María Victoria Tejeda

Ministra de Igualdad y Desarrollo Humano

Alicia Ester Tate

Secretaria de Mujeres, Género y Diversidad



Ministerio de Igualdad y Desarrollo Humano
Secretaría de Mujeres, Género y Diversidad

Corrientes 2879
3000 Santa Fe, Argentina
0342 457-2888
seiguldadygenero@santafe.gov.ar
@igualdadygenerosantafe

ISBN 978-631-00796-1-6



9 786319 007961 6